Angelina Muñiz-Huberman

LAS CONFIDENTES

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN
LAS CONFIDENTES

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Las confidentes

Historia 1. Los brazos necesitan almohadas

Historia 2. Yo nunca cruzaré una calle

Historia 3. Una prima en Casablanca

Historia 4. Un pequeño puerto catalán

Historia 5. El mensaje

Historia 6. Regalo esperado

Historia 7. Melibea ha muerto

Historia 8. Sueño al azar

Historia 9. Soy bruja

Historia 10. Sibila y los gemelos

Historia 11. La niña de Auschwitz

Historia 12. Fragmentos de madre
o la imposibilidad de hacer preguntas

Historia 13. Benita y Bonita

Historia 14. Paul Klee en Hyères

Historia 15. El campanero de Stepenholmer

Las confidentes

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

A Isabel Castillo, confidente

A la memoria de Carmen Sacristán,
dueña de las historias

Las confidentes

—Yo sé que te gustaría (lo veo en tu cara: estoy segura) que te contara alguna historia. Una historia antigua, de aventuras o de encantamientos. Una historia de hadas, de doncellas y guerreros. De caballos alados, de unicornios y de espadas centelleantes y cantadoras. En el fondo siempre te han gustado esas historias y siempre te gustarán. Eres la escucha ideal. Milenaria. Dispuesta a estar callada por horas mientras dure el relato. Había un vez. Erase que se era. ¿Quieres que te lo cuente otra vez? Hasta diría que estás harta de las historias modernas y que añoras las otras, las de tu infancia, las verdaderamente increíbles. Las que te trasladan y te alejan. ¿No es así? Las de las pruebas y los secretos, los anillos y los tesoros. Los príncipes convertidos en cisnes y las sirenas que se convierten en niñas. Lo que me ocurre es que no puedo contarte esas historias. No puedo porque ya no soy sencilla y mis cuentos no son sencillos. Me han pasado cosas y estoy desolada.

—Y bien, cuéntame esas cosas y esas desolaciones. Con tal de escucharte. Si yo soy la escucha milenaria, tú eres la cuentista milenaria. Reuniste todas las historias, desde las primeras, ¿recuerdas? Las historias de la creación y el paraíso tú me las contaste. Las historias de los pueblos, de los ríos y las montañas tú me las enseñaste. Los pastores, los navegantes, los mercaderes, todos desfilaron entre tus palabras. ¿Por qué no, ahora, contarme tus propias historias?

—Tú no te has dado cuenta, pero entre todas esas antiguas historias me puse yo. Me intercalé en los relatos y usurpé nombres. Atribuí a héroes y heroínas mis pensares y sentires. Lo que yo no había hecho se lo adjudiqué a ellos. Mi unicidad se me multiplicó. No quise ser una sola persona, sino todas las del universo. No vivir una sola vida, sino todas las vidas. La inconformidad con la muerte me llevó a ambicionar el pasado, el presente y el futuro, y ser la

humanidad entera. Abarcar el tiempo para siempre: desde los orígenes hasta el fin. Por eso, te contaba cuentos.

—Por eso y por algo más. Quieres que yo sea la heredera: la custodia: la que repite las palabras y los sucesos en cadena interminable. A mis hijos. Y mis hijos a sus hijos. Y los suyos a los de ellos. ¿No es así? Pero aún así, quiero que me cuentes un cuento. Aunque sea el último.

—No. No digas el último. Nunca será el último. Volverás a pedirme otro y otro y otro.

—Y tú volverás a contar y a contar y a contar. Hasta el día de tu muerte. Y aun después de muerta quedarán tus cuentos. Dime: ¿son solamente para mí?

—Para ti y para los escuchas. Los compañeros de barco, de todo barco, ¿te acuerdas? Los de las mil historias que se cuentan mientras dura la travesía de la vida.

—¿Y yo venía en ese barco?

—Sí, pero tan pequeña que no lo recuerdas.

—Entonces, cuéntamelo todo otra vez. Aquí, a mi lado, empieza a contarme las historias. Habíamos salido huyendo de la guerra, del horror y de la muerte. De la tortura, de la injusticia y de las tinieblas. Hasta que llegamos al mar que todo lo lava. Donde nos esperaba un barco encantado, con marineros que nos conducirían, y víveres y literas para dormir. Pero nada fue así. Hubo un corte entre lo que deseábamos y lo que sucedía. Nada ocurría como debería ser.

Ni el mar lava todo ni el barco estaba encantado.

Y olvidamos la travesía.

Tus historias eran otras.

Eran historias que podría haber contado una doliente profetisa.

Una maga desaforada.

Una hechicera enloquecida.

Desordenaste las personas y a veces eras yo: otras, tú: y otras más, ella. Tuve que aprender a nadar en el mar de los ahogados y en los cambios de tormentas y huracanes.

Después de oír tus historias ya no fui la misma.

Perdí también el punto de vista y el horizonte me señalaba a ti o a mí indistintamente. Podía ser yo por dentro o contemplarme como una extraña. Y lo mismo me pasaba contigo. No sabía si eras tú o yo.

Aquí empiezan nuestras historias.
Mi-historia-tu-historia.
Las historias de las confidentes.

Historia 1

Sentadas cómodamente sobre la cama, rodeadas de almohadones que ellas mismas habían bordado, las confidentes enhebran historias.

Milenarias.

La Historia 1 contiene, entre otras obsesiones, los recuerdos de un viaje por mar, las entrefronteras de madre e hija, la bien fundada infancia, y algunos problemas del cuerpo humano. Por eso se llama:

Los brazos necesitan almohadas

Todo empezó cuando no sabía cómo colocar los brazos al dormir. Me despertaba a las cuatro de la madrugada. Pero eso había ocurrido toda mi vida. Así que lo inquietante no era el hecho de despertarme a las cuatro de la madrugada. No. Los pensamientos se me agolpaban: como si no hubiera descansado en el sueño anterior. Pero tampoco eso era lo inusitado. La duermevela es siempre confusa. Origen de las ideas más extrañas que puedan ser concebidas. Ya estaba acostumbrada al desorden y al deshilván: al recuerdo del suceso bochornoso del día pasado: a la palabra que me afrentó: a la actitud que me ridiculizó. También al ritmo establecido de frases: por ejemplo: la propaganda de productos comerciales («Una historia muy bonita les diré / de un tomate que se convirtió en puré»), que tornan y retornan: o, tal vez, un estribillo de una antigua canción («¡Ay, amor! Si la nieve resbala, ¿qué haré yo?»), sin poder recordar lo que sigue después. Y sobre esto: insistir e insistir. Luego: iniciar una discusión: fluida: perfecta: límpida: sobre la caída del imperio romano.

En fin: entretenerme en obsesiones somnolientas y en ojos que no se cierran. Pero eso era todo. El cuerpo, por lo menos, no

se portaba tan mal: sí daba vueltas y buscaba su acomodo y el frescor de las sábanas hacia donde no había presionado su peso y su calor. Pero eso era todo. No formaba parte del proceso rotativo de la mente en caos. Lo notaba un poco torpe y que se tropezaban unas partes con otras: una pierna en un doblez desusado o una mano aplastada por un muslo: las pestañas clavadas en un antebrazo o un cabello rozando los labios y, de pronto, hormigueando en la lengua. Pero eso era todo. No molestaba. No estorbaba. Acompañaba a la mente alterada.

Todo iba bien. Hasta la madrugada en que recordé una frase de mi madre: «No sé qué hacer con los brazos al dormir». Era una frase que había oído en la infancia y que me había parecido absurda y con cierto tinte de llamar la atención. No es posible: los brazos no estorban: se acomodan muy bien: uno bajo la almohada: el otro cae por su propio peso en forma relajada, suave. (Como duermen las hadas.) Los brazos no estorban: ideas de mi madre de ser diferente de los demás. Pensé entonces. Y seguí durmiendo tranquilamente.

Hasta otra noche en que empezó a pasarme a mí: yo, que no quería parecerme a mi madre. Poco a poco: no ocurrió la primera madrugada: ni la segunda: ni la tercera. Tampoco fue de manera total: no: no. Al principio fue la frase recordada que, como las otras que se me repetían monótonamente, pasaría después al olvido. Eso creía. Lo malo es que los brazos empezaban a molestarme. A molestarme intensamente. A no saber qué hacer con ellos: cómo colocarlos: cómo doblarlos: si dejarlos arriba de las sábanas o debajo de ellas. Y entonces fue el cambio: pasó de ser una obsesión mental a convertirse en una obsesión corporal: ¿qué hacer con un sistema de músculos, nervios y huesos que se ha vuelto confuso y no encuentra el orden: cuando el pensamiento no importa y la piel y la forma reclaman su presencia urgente: cuando lo que hay que resolver es cómo colocar los brazos al dormir?

Al no encontrar la respuesta daba vueltas y revueltas en la cama: y empezaba a desesperarme.

Recordaba: el tiempo ha pasado: regresan las frases de la infancia. Los sucesos. Recobro las imágenes del viaje. Del gran viaje de la infancia. Del gran viaje de la infancia que fue cruzar

el océano Atlántico. Las aventuras habían empezado temprano para mí. Primero la huida, la desbandada de la guerra civil española: la pérdida, que habría de ser para siempre, de la tierra propia. Y, de pronto, encontrarme en medio del mar. Mar por todos los costados del enorme barco. Olvidar que el barco es barco y pensar, en cambio, que es una casa muy grande. De la cual no se puede salir: más que de un cuarto a otro: de un salón a otro. Curioso: el barco lo recuerdo desierto: solamente yo estaba en el barco. ¿Dónde habían ido a parar los demás? ¿No había pasajeros? ¿No había tripulación? No: yo y nadie más. Y, ¿cómo la comida estaba lista a sus horas? Y, ¿cómo la cama estaba hecha con las sábanas estiradas y la colcha impecable?

Para mí era un barco fantasma: donde todo estaba resuelto sin la presencia de seres humanos. Y yo me divertía: el funcionamiento prodigioso de lo invisible. Cuando, años después, mi madre me contaba la presencia de la gente y sus nombres y el capitán y los oficiales, no le creía: imposible: su imaginación le había hecho ver a esas personas. Como a ella no le gustaba la soledad, las inventó. La verdad es que no había nadie en el barco: ni siquiera mis padres.

El mar era la más abierta de las fronteras: con el cielo y con una profundidad insondables. Entre dos misterios: el barco. El balanceo era suave. El viento cosquilleaba. La perfección absoluta. Lo de la tormenta que contaba mi madre, tampoco lo creo. Si el viaje fue idílico: nadie vio el mástil dar vueltas en redondo y provocar el mareo y el vómito. No: a nadie le pasó eso. De nuevo: exageraciones de mi madre. Sólo contaba el mar: el espléndido mar de plata: espejo que reflejaba el sol estático y que dolía en los ojos: y que cegaba.

El mar, que parecía una pista de hielo, si no fuera por leves ondulaciones, había sido mi primer recuerdo de vida. Una gran casa flotante que no parece moverse, pero que se dirige hacia algún lugar. Con la idea de que todo está resuelto: todo planeado: todo previsto. Por lo que no queda más remedio que pensar y pensar. Lo más divertido que puede pasarle a una niña es ponerse a pensar. Descubrir que si no se habla, nadie, absolutamente nadie, puede saber lo que una piensa por dentro. Es decir, que por dentro es la posesión íntegra del secreto. Que

cualquier cosa puede ocurrir por dentro: y nadie se enterará. Que aun estando rodeada por toda la gente que una pueda imaginar y que estén al lado, casi rozándola, casi pisándola, sintiendo su respiración, su olor, no puedan, ni tan sólo uno de ellos, saber lo que la niña piensa. Esta es una de las grandes maravillas de la vida. Es más, hoy creo que ésa es la prueba de que vale la pena vivir la vida: el secreto inviolable. (Si no fuera por los brazos al dormir.)

Y bien: de la aventura del pensar en el mar, me sumergí en otra aventura: la aventura de vivir en una isla sola. Porque después del viaje por mar, el barco atracó en una isla del Caribe. Y según recuerdo, nada más yo vivía en ella. A veces estaban mis padres: pero la mayor parte del tiempo yo estaba sola.

La isla fue igual de maravillosa que el barco: ésta sí era una enorme extensión de tierra y nunca vi el mar: debí vivir en el centro exacto de la isla. De nuevo, lo que preocupa a los adultos no era mi preocupación. Durante los años que viví en la isla comí dos veces. Una vez, una naranja, de la cual me tragué una semilla y estaba segura que iba a morirme. Mi madre me convenció que no moriría y, en efecto, no me ocurrió. La otra vez, fue la mejor comida que haya comido en toda mi vida: un atardecer en el balcón de madera, con un plato hondo frente a mí, lleno de frijoles con arroz. En tres años tuve suficiente con dos comidas.

Solamente recuerdo haberme bañado una vez. Un anochecer: antes de ir a dormir. Cuando hacía mucho calor: tanto calor que las ventanas del cuarto de baño estaban abiertas de par en par: y lo mismo la puerta: para que corriese un poco el aire. Podía ver las plantas del exuberante jardín y aún más lejos la maleza del campo y los árboles del monte. Alguna estrella: tal vez Venus: y cierta vaga aureola de la luna. Yo estaba en una inmensa tina llena de agua y me sentía muy contenta. A mi lado, en una mesilla, la luz de un quinqué creaba formas en el alto techo. Hasta que ocurrió un suceso pavoroso: por la ventana abierta penetraron velocísimas dos o tres mariposas negras, tan grandes como cuervos, que revolotearon sobre mi cabeza y rozaron mis mejillas. Ni siquiera pude gritar y nadie estaba a mi lado: prueba de que yo vivía sola en la isla, como Robinson. Por lo

que nunca más recuerdo haberme bañado.

Doy más vueltas en la cama y los brazos no encuentran su acomodo. Se me representan otras imágenes: las de otro viaje: esta vez en avión. Mi primer viaje en avión. Ahora rumbo al continente: primero a Mérida, Yucatán: luego a la ciudad de México. Llegar a Mérida fue entrar en un libro extraño: las imágenes ya eran conocidas: esos hombres vestidos de blanco, con pantalones cortos y sombreros de cazador africano, ¿qué hacían en el aeropuerto de Mérida? Eran imágenes que provenían de libros que yo había hojeado pero que no esperaba encontrar en aquel momento: ¿y si nos hubiéramos equivocado de país?, ¿y si mis padres tomaron el avión errado? Los cazadores actuaban de manera normal: todo estaba en orden y no había de qué extrañarse. Papeles, pasaportes, boletos, sellos eran los correctos. ¿Y si de Mérida me hubiera ido a la selva?

Pensamientos como ésos son los que impiden acomodar bien los brazos al dormir. Empiezo a creer que la confusión interna es la que desordena la posición de los brazos. Los noto largos, muy largos: como si llegaran al suelo. Y pesados, muy pesados: como de cien kilos cada uno. Lentos: insensibles: ajenos. ¿De quién son estos brazos? Mejor dicho: ¿qué son estos brazos? Extremidades superiores movibles: doblables. Con articulaciones. Con dedos. Con falanges. Con uñas en las puntas. Extraños instrumentos.

Pues bien, sí. De Mérida me podría haber ido a la selva. Sería una especie de Tarzán. Una Tarzana. Columpiándome en las ramas de los árboles. Saltando de liana en liana.

Pero, volviendo a los métodos de conciliación del sueño, podría utilizar el antiguo de contar ovejas. La monotonía me haría dormir y me olvidaría de los brazos. Lo malo es que me aburre contar ovejas y no me da sueño. Los brazos son obsesivos. No hay peor obsesión que la de los brazos. Y no lo entiendo. Porque de niña me llevaba bien con mis brazos. Me gustaban. Me ayudaban. Me servían. Solían ser muy prácticos. De piel suave: con un ligero vello: algunos lunares bien colocados. Hombro, codo y muñeca en funcionamiento perfecto. Y tan dóciles para dormir. ¿Qué me pasaba ahora?

Como si mis brazos no fueran mis brazos: sino unos pedazos

de madera. Tiesos. Molestos. De pino.

Si no quería parecerme a mi madre y fue ella la que me habló de la imposibilidad de dormir con los brazos puestos, ¿por qué me ocurre esto precisamente ahora, cuando ya creía haberla olvidado? ¿Un pago con retraso? ¿Una promesa que debe ser cumplida? Simple y sencillamente debo olvidar. Olvidar las enseñanzas recibidas. A ver si los brazos se me acomodan de nuevo.

Al dar vueltas y revueltas en la cama, los brazos sólo me sirven como punto de apoyo. Como punto de referencia también. Me indican en qué posición me encuentro. Sigo sin saber cómo colocarlos. Ni qué hacer con ellos. Porque no puedo desatornillarlos y ponerlos a un lado. Carecen de tornillos.

Me pongo a pensar por qué no quiero parecerme a mis padres. Casi todos los hijos están orgullosos de sus padres. Desde niña me avergonzaba de ellos. Lo que no entiendo es por qué. A primera vista no lucían tan mal. Es más, lucían muy bien. Buena presencia. Elegantes. Bien hablados. Bien educados. Comportamiento normal. ¿Cuál era la falla? Pues que, cada cosa que decían, era lo contrario de lo que yo hubiera querido oír. Me daba la impresión de que no empleaban el lenguaje adecuado. Había algo entre lo que ellos decían y el mundo que los rodeaba que no encajaba: que era incomprensible para uno y para otro. Ellos no se daban cuenta que provocaban una conmoción, hasta el grado de que lo que ellos decían podía ser lo opuesto para los oídos que lo escuchaban. Sus palabras sonaban como las que pronunciaban las otras personas, pero significaban otra cosa. Es indudable que el aparente mismo lenguaje de España y México no lo es. Por lo que los malentendidos eran indescriptibles. Y esto me avergonzaba. Tanto que no me atreví nunca a explicarles esta situación. Por ejemplo, ellos siempre ignoraron que chino no es un habitante de China, como se cree en España, sino una persona con pelo rizado, como se sabe en México. Lo que ocasionó más de una equivocación y largas discusiones en las que mis padres, a pesar de su pelo rizado, insistían en no ser chinos.

Vuelvo a repetir esas escenas ocurridas en la infancia y el sueño sigue sin venirme. Los brazos. Los ponderosos brazos.

¿Por qué mi madre me dijo esa frase? ¿Qué hacer con los brazos al dormir?

Pues nada. Lo acabo de descubrir. Lo que pasa es que los brazos necesitan una almohada. No solamente la cabeza necesita almohada: ese privilegio para la parte pensante. También la parte cargante necesita su apoyo. Una pequeña almohada de plumas de ganso, con una bonita funda, blanca y con puntilla, para cada brazo. Sí. Indudablemente: los brazos necesitan almohadas.

Termina de narrar la confidente.

Historia 2

Las confidentes cambian de posición en la cama. Ahuecan y sacuden los almohadones para arrellanarse plácidamente. Esto de contarse historias, verdaderas o ficticias, resulta de lo más divertido. Un arte casi perdido, pero fascinante: un juego recuperado de la infancia. Mueran la televisión, el cine, la videocasetera. Abajo todo lo nuevo. Arriba el mágico invento de los cuentos.

—Pues ya que me has contado esa historia de brazos y almohadas, te contaré, a mi turno, otra de una ciudad, los rugientes automóviles y cómo cruzar o cómo nunca cruzar una calle.

—Adelante. Soy toda oídos.

Yo nunca cruzaré una calle

Una vez, las cosas llegaron a tal extremo que decidí detenerme en la esquina de una calle y no cruzarla nunca más. Me quedé absorta. Mi cuerpo no obedeció la orden mental de seguir caminando. Me invadió el pánico: no por tener que atravesar la calle por delante de filas y filas de automóviles de todas formas y colores y, a pesar de que el semáforo en verde me aseguraba que podría hacerlo sin correr riesgo, sino porque la mente aceptó la inmovilidad del cuerpo y no di un paso. A mi lado, el resto de las personas que habían esperado respetuosamente el verde como yo, ya iban caminando a mitad de la calle. Por lo que calculé que sería imposible alcanzarlas y buscar protección en medio de ellas. Yo sola no lo haría, ni aunque corriera para darle prisa al mal paso. Prefería quedarme a que terminara el verde, esperar el rojo completo y, en el mismo instante en que empezara el cambio, aprovechar y cruzar de inmediato. Claro que tampoco podría ser tan rápido. Si un

automóvil viene demasiado veloz, no frenará a tiempo, se pasará el alto y me atropellaría. Es mejor esperar a que el verde del semáforo lleve un rato encendido, antes de cruzar. Pero he ahí que ese rato es el difícil de calcular. Si me quedo quieta más de lo debido, de nuevo surge la duda de si me dará tiempo de hacerlo.

Esto de tener que cruzar calles es un verdadero dilema. Entre la acción y la inacción. Refleja mis vacilaciones: nunca puedo decidir nada de una manera inmediata y tajante. Y si lo hago, sospecho de mí: ¿estaré abandonando mi antiguo ser?: ¿al que estoy tan entrañablemente acostumbrada?: ¿el que me es querido, cariñoso y cómodo? No. No. Mejor cien veces seguir vacilando.

Cuando me da por ser freudiana, sin haberme nunca sicoanalizado (en eso soy un ser puro), me digo: *Cherchez l'enfance*. Algo, algo debe haber en mi infancia que me impide cruzar las calles. Mis padres no eran expertos en cruzar calles. Cuando yo era niña iba entre los dos, con mi mano derecha en la izquierda de mi madre y mi izquierda en la derecha de mi padre. Así cruzábamos en compañía y con valentía. En medio de ellos dos, me era difícil observar qué ocurría con el movimiento de los automóviles. Me confiaba a ellos y adelante. Incluso procuraba no ver qué estaba pasando, con lo cual no adquiría experiencia. Mas tampoco sufrimiento. En mi infancia no había semáforos: así que el simbolismo de los colores tuve que aprenderlo tardíamente. El rojo: alto. El verde: siga. El temible amarillo (porque puede ser saltado): preventiva. Todo lo más que había en mi infancia era un desesperado farol rojo que agitaba el policía de cada esquina, únicamente en las noches (y, sobre todo, si llovía), pero no para detener el tráfico, sino para alentarlo. Es decir, para que los automóviles pasaran, los de una dirección y los de la contraria. Para el peatón no había posibilidad alguna de indicarle cuál era su turno. Por lo tanto: nunca podía pasar. Los paraguas se abrían y la gente esperaba.

Ese debió ser mi adiestramiento: esperar y esperar bajo la lluvia. Y tener confundidos los colores, porque cuando el policía se apiadaba de los peatones (o ya estorbaban al ser muchos), les indicaba con el agitado e impaciente farol rojo que podían

pasar. Para mí, el rojo significa que puedo atravesar la calle, de esquina a esquina, bajo ruborizada protección policiaca. Después, con la modernización, se instalaron semáforos por toda la ciudad: primero con cierta timidez: sólo en los cruceros de gran tráfico e importancia: luego con gran atrevimiento: en cada esquina de la ciudad. Con lo cual el caminar se convirtió en un ritmo desigual de parar y esperar, cruzar y correr, desarrollo de la vista y el oído. Los miopes y los daltónicos tuvieron que corregir sus defectos y esmerarse en ver mejor. Los perros de los ciegos tuvieron que aprender el significado de un poste alto con tres luces que se encienden y se apagan. Aprendieron, y ahora cruzan a los ciegos. A veces, yo he pensado: ¿y si me compro un perro de ciegos? Puede ser que lo haga. Así cruzaría tranquila.

Con frecuencia siento vergüenza de que me estén observando y adivinen mi pánico. Pero, ¿quién va a estar observándome? Cruzar es tan complicado que cada peatón tiene que cuidarse a sí mismo. En cuanto a los conductores de automóviles o camiones, no pierden el tiempo en los seres pedestres. Por lo que ni los unos ni los otros van a detenerse y observarme a mí. Este es uno de mis problemas: siempre me siento vigilada. Un gran ojo está pendiente de mis movimientos. Tengo que cuidarme en extremo, para no defraudar al gran ojo.

Disimulo y finjo que no me interesa cruzar. Puedo estar esperando algo o a alguien, ¿no? Puede ser el lugar de una cita. Pero, ¿y si me dejan plantada? ¿Qué van a pensar los demás? Aunque casi es mejor que piensen eso y no que descubran que tengo miedo de cruzar la calle.

Hay otro detalle que debo confesar: yo vengo del campo. De un pequeño pueblito de la serranía. Antes de llegar a la ciudad ni siquiera sabía qué es una calle. Una carretera sí: pero eso quedaba muy lejos. Y ahí sí que quien cruzara lo más seguro es que muriera atropellado. La asociación entre asfalto y muerte es indisoluble.

Vaya. El semáforo ha cambiado a rojo de nuevo. No puedo cruzar. Me acercaré al puesto de periódicos y leeré los titulares. Pero sólo unos cuantos. En seguida va a aparecer el verde. Justo.

Ya está el verde. Pero, ¿y si le falta poco? No creo que me dé tiempo. En fin, esperaré otro rato. También podría irme a mitad de la cuadra, que se ha hecho un claro entre los automóviles, y cruzar por ahí. Para cuando llegue, será tarde y me habrán ganado otros automóviles.

Lo que debo hacer para poder cruzar es esperar a las doce de la noche, o a las seis de la madrugada. Puedo esperar a que sea domingo y, en ese caso, no tengo que levantarme tan temprano y a las ocho de la mañana podré cruzar. Claro que si voy a comprar comida, las tiendas no estarán abiertas. Tendré que esperar a que abran. Pero no importa. Mientras tanto pensaré en estrategias de cruce de calles. A la salida de la tienda el tráfico será temible, por lo que daré varias vueltas a la manzana hasta que sean las doce de la noche. Comprar dos naranjas, una pera y un plátano puede significar ver la salida y la puesta del sol desde la misma esquina, con sólo girar el cuerpo. Sin embargo, tengo que cuidarme. Por eso lo hago.

¿Y por qué tengo que cuidarme? ¿Quién dijo que tengo que cuidarme? ¿El gran ojo que me vigila? ¿O mis padres, que no les gustaría que me pasara algo?

Mis padres me cuidaron mucho de pequeña. De todos los hijos que tuvieron fui la única sobreviviente. Todos murieron atropellados. ¡Cómo! ¡Atropellados! Sí. Sí. Atropellados. Uno tras otro. Claro. Ahora me lo explico: he ahí el origen de mi pánico. (Luego Freud tenía razón, a pesar de que no lo he experimentado en espíritu propio.) (Me da por pensar que ese gran ojo es Freud.) (Si Freud viviera, ¿me enseñaría a cruzar las calles?)

Sí, mis padres me cuidaron mucho de pequeña. No iba sola a la calle, siempre en medio de ellos, como preso entre dos policías. Si nos atropellaran que fuera a los tres juntos. Si viajábamos en automóvil, también me colocaban en medio, y un poderoso brazo de cada uno de ellos se impulsaba automáticamente para detener mi cuerpo si el coche frenaba de repente. Protección no me faltaba.

Desde entonces, viajar en automóvil empezó a provocarme sospechas. Podría suceder que, en lugar de ser atropellada, el automóvil en el que viajara chocara con otro. De todos modos,

se trataría de una muerte violenta. Parece que no me escapaba.

Esas muertes tan aparatosas se me representaban con toda claridad e influían en una de las estrategias que había pensado, mientras corrían las horas, ante el hecho de cruzar una calle. ¿Cuál era esa estrategia? Una formidable: tomar un taxi para que me transportara al otro lado de la acera. Pero, ante la posibilidad de un choque, me ocurría la parálisis de la mano derecha que es la que utilizo cuando quiero llamar la atención de un taxi para que se detenga a mi lado.

En fin, me doy cuenta que mi situación es complicada.

Desde luego que, pensándolo bien, si tomo un taxi para atravesar la calle sólo podrá hacerlo si el semáforo está en verde, lo cual quiere decir que para el otro lado está en rojo y que los automóviles no se mueven. Pero, un accidente es un accidente: ¿y si uno de los automóviles se salta el rojo y choca contra el mío?

Tendré que pensar en otra solución. Ésta no es buena.

Para seguir disimulando qué diablos hago en esta calle sin cruzarla, me decido a comprar una revista en el puesto de periódicos y me pongo a leerla. Así me entretengo un rato y el tiempo corre. Empieza a darme hambre. Descubro que hay un vendedor de pepinos y jícamas con chile. Me acerco a él y le compro una ración. Está riquísima. Esto me da ánimos. Tal vez ya pueda cruzar la calle. Ahora me ha dado sed. Sí, el vendedor también tiene refrescos. Le compraré uno. Delicioso. Verdaderamente estoy disfrutando esta salida a la calle. Si no fuera porque tengo que cruzar al otro lado, me daba la vuelta y regresaba a mi casa. Por hoy ha sido suficiente.

No. Debo ser valiente. He de morir de algún modo. Si salgo disparada en cuanto se ponga el próximo verde me dará tiempo de cruzar. ¿Y si me resbalo? Pues nada, me levanto y sigo corriendo. ¿Y si no puedo levantarme del pánico? Es verdad, debo ser precavida. Creo que no voy a cruzar la calle.

Pero, ¿cómo es posible que me dé por vencida? Ya está el rojo de nuevo. Esto es el cuento de nunca acabar. Rojo, verde, rojo, verde, en medio el amarillo. Cada vez cambian más rápido

las luces. El semáforo debe estar descompuesto. Yo tengo razón: es un peligro cruzar la calle. A lo mejor me decido a caminar y, súbitamente, se pone rojo el semáforo: de inmediato me atropellan.

Es una pesadilla. No me queda más remedio que juntarme a alguien. Pero, ¿a quién? Porque no puede ser a cualquiera. Tengo que escoger muy bien a la persona con la que voy a cruzar la calle. Tiene que ser alguien que no sospeche lo que me ocurre. Lo malo es que cuando la gente cruza la calle, lo hacen uno detrás del otro, no se ponen a la misma altura ni muy juntos. A no ser que se conozcan o sean amigos o sean una pareja o sean niños. Los viejos tampoco, pues aunque se trate de una pareja, siempre hay uno que marcha antes que el otro. Si yo me adelantara para ponerme al lado de alguien éste se ofendería o se sentiría molesto. ¿Por qué le robo su territorio andante? El espacio que se escapa con cada pisada del peatón le pertenece mientras tiene su pie puesto en él. Yo sería considerada una intrusa, una persona que no conoce de reglas, de reglas transitorias.

Lo de emparejarme con alguien tampoco sirve. Claro que si me hago la desenvuelta, me importa un comino lo que piensen los demás, me acerco a alguien y le digo: «Perdóneme usted, me da pavor cruzar la calle, padezco de crucifobia, no me malinterprete, ¿puedo hacerlo junto a usted?». Se sorprenderá sin medida y no me lo negará. Mientras tanto, habremos perdido un tiempo precioso y ya estará a punto de cambiar el verde. Otro acto fallido.

¿Será que nunca cruzaré esta calle? Otras veces lo he hecho. ¿Qué me pasa hoy? ¿Qué es esto? Están cayendo gotas. Lo que faltaba, ahora llueve. El tráfico va a dislocarse. Los semáforos se estropearán. Los coches patinarán en el asfalto recién mojado. Qué horror. Será el fin del mundo. Tengo que protegerme. Me ampararé bajo ese alero lo que dure la lluvia. Ni siquiera puedo regresar a la casa: me calaría hasta los huesos.

Cuántas desgracias me ocurren. Si lo mejor es no salir de la casa. El vendedor de periódicos ha cerrado su puesto y en cuanto al de pepinos y jícamas no me he dado cuenta en qué momento se ha ido, pero ya no está aquí. Empieza a oscurecer.

Amaina la lluvia. Y yo sigo en el mismo lugar. No he tenido la oportunidad de cruzar la calle. Las cosas se ponen contra mí. ¿Por qué no me dejan cruzar la calle? ¿Por qué tienen ventaja los automovilistas sobre los peatones?

Ya no sé qué más intentar para poder cruzar la calle. Porque por mí no ha quedado: lo he intentado todo. Llevo aquí, parada en esta esquina, todo el día. Efectivamente todo el día. No sólo ha oscurecido, sino que hace frío. Al salir en la mañana hacía calor y no me puse ni suéter ni chaqueta. Además era por un momento. Estoy tiritando. Me siento mal. Una de dos: o me lanzo sin pensarlo, esté el semáforo en rojo o en verde, o me doy la vuelta y entro en mi casa. Esto nunca me había pasado. Por lo menos hasta antes de que murieran mis padres, también atropellados: como es costumbre familiar.

Acabo de darme cuenta: me faltan mis padres: yo siempre cruzaba la calle en medio de los dos, dándole la mano derecha a la izquierda de mi madre y la izquierda a la derecha de mi padre.

Yo nunca cruzaré una calle.

—¿Y qué te parece esto de no cruzar calles?

—Propio de ti.

—¿Ahora comprendes porque prefiero quedarme en la cama contando y oyendo historias?

Historia 3

Las confidentes piensan que es hora de comer y beber algo. No una comida formal, sino como otra distracción más. ¿Qué sería bueno comer? ¿Una fruta? ¿Un vaso de jugo? ¿Café con leche y pastel? Sí: eso es: todo.

Las confidentes se levantan de la preciada cama, estiran las piernas y se dirigen a la cocina. Escogen los alimentos, se asoman al jardín, observan que el día es tan agradable que bien vale la pena ir a sentarse bajo la magnolia y absorber el perfume de las flores. Dicho y hecho: una vez instaladas discuten qué otra historia se contarán.

—Es mi turno, ahora. Te contaré la historia de una prima mía según me la contaron, pues yo nunca la conocí. Así que pon atención.

—Espera, que me termine el vaso de jugo y ya estoy lista.

Una prima en Casablanca

No sé si es verdad o no lo que voy a contar. Oí la historia varias veces, pero con el tiempo se me olvidó. No porque no me interesara, sino porque solía ocurrirme de niña que cuando me contaban una historia aunque yo creía esforzarme intensamente en grabármela, el procedimiento que utilizaba no era bueno. Miraba con atención los ojos del narrador y perdía el hilo de su narración. Me distraían los gestos que acompañaban el relato y, de pronto, los ojos me parecían muy grandes o las cejas muy tupidas. Me molestaban las gotitas de saliva que saltaban de la boca o el brillo de oro de alguna pieza dentaria o los vellos que sobresalían de la nariz. Entonces, regresaba a escuchar y el hueco de frases que se me habían perdido era rellenado por

otras que me inventaba. Cosa que me hacía dudar de la veracidad de la historia.

Si la historia me la habían contado mis padres, lo más probable es que me la repitieran en otra ocasión: y aquí intervenía otro factor. Me abandonaba en las partes que me sabía de memoria y el aburrimiento naciente le restaba atención a las palabras, perdiéndome como en un laberinto. Aprendí a asentir, a sonreír o a poner cara de tristeza según la descripción: de una manera mecánica, aunque convincente.

A estos dos factores, se agregó un tercero: el paso del tiempo: y mi palabra tajante para interrumpir una historia más que conocida. Que yo creía más que conocida. Porque la verdad es que ya se me había olvidado entre tanta distracción. Momento en el que entró mi arrepentimiento. Ante la imposibilidad de que se me repitieran las historias (o las personas habían muerto o ya no vivían en el país o me había peleado con ellas) y mi capacidad de confusión, los golpes de pecho fueron inútiles. He tenido, pues, que conformarme con una verdad a medias.

Y bien, regresando a la historia que quiero contar: puede que sea verdad o puede que sea mentira. El caso es que yo tenía una prima que vivía (no sé si aún vive) en Casablanca. Esto sucedió en la misma época de infancia en que vi dos películas que también se me han mezclado: *Casablanca* y *El halcón maltés:* las dos con Humphrey Bogart. Actor que me disgustaba por su tono de voz nasal y que me producía miedo.

Volviendo a mi prima: la verdad es que no recuerdo nada de ella. Solamente que vivía en Casablanca. Y que los hechos de su vida, según me contaron, sobrepasaban los de *Casablanca* y *El halcón maltés.* En fin, ésta es su historia.

Olalla, al estallar la guerra civil española, se inscribió como miliciana y estaba dispuesta a ir al frente a pelear. Su prometido, Evar, se lo prohibió. Así que no le quedó más remedio que quedarse en Madrid deshilando sábanas para hacer vendas para los heridos. Quien sí se fue al frente fue Evar. Y nunca regresó. El parte de guerra decía: «Desaparecido en acción». Y de- saparecido quedó. Nunca se supo de él. Mas sí se

supo de la pequeña semilla que dejó en Olalla. Que Olalla no lo quería admitir, porque Evar nunca la había penetrado e insistía en decirse virgen. Tal vez el fenómeno de ósmosis operó en este caso.

La semilla siguió el proceso y el orden natural de las especies y Olalla se vio acompañada de una pequeña Olallita. Cuando la guerra fue perdida, salieron al destierro. Primero a Francia, donde unos parientes las acogieron. Y donde también sucedieron extrañas cosas (como que Olalla fuera violada por su tío o accediese). Y luego a Casablanca. ¿Por qué a Casablanca? Eso nunca se me ocurrió preguntarlo cuando me contaban la historia. Así que sacaré alguna conclusión inventada. Tal vez en Casablanca podían diluirse los orígenes y ampararse bajo una especie de refugio internacional donde la discreción evitaba preguntas comprometedoras: se podía ser cualquier cosa en Casablanca: a juzgar por lo que ocurre en la película de Humphrey Bogart, Ingrid Bergman y Peter Lorre.

Olalla huía de algún secreto o de alguna obsesión. ¿Y si Evar no hubiese muerto y ella ya no lo quisiera? ¿Y si durante la ocupación nazi en París se hubiese visto implicada en alguna delación? ¿Y si se hubiese enamorado de un muchacho judío que peleaba en la resistencia y hubieran tenido que escapar juntos? No lo sé. Esta es una de las partes oscuras de la historia de mi prima.

Pudo haber ocurrido que se uniera a alguna compañía de teatro que fuera a dar a Casablanca y que se quedara ahí. Esto último podría no ser tan disparatado, sobre todo, sabiendo que sus padres eran actores. ¿Se sintió ella atraída por el teatro en alguna ocasión? Tampoco lo sé. Imaginemos que sí. O que no. Pero algo de actuación sí debería de haber entre sus rasgos de personalidad. Era muy guapa, a juzgar por la única fotografía que tengo de ella. Una fotografía tomada en el sur de Francia, cerca de una playa de veraneo: ¿Saint-Tropez? Alta y delgada: el cuerpo de semiperfil y la cara inclinada, mirando a la cámara. Una melena regular, de espeso pelo y de ondulado simétrico, peinada hacia atrás y descubriendo una hermosa frente. Una sonrisa tan agradable, tan sin miedo, que no se me olvida. Porta una especie de gabán ligero, de color oscuro, y la mano derecha

la ha metido en un bolsillo. Lleva calcetines blancos y zapatos bajos blancos. El lugar parece una carretera y la línea asfáltica se extiende hacia el fin del horizonte. Unos cuantos pinos a los lados. Imagino al fondo un acantilado y la bajada al mar. Me da gusto verla y de que sea mi prima.

¿Cómo habrá vivido en Casablanca? Tampoco me lo han contado. No habrá sido fácil. Sola con su niña. A la que habrá internado en un colegio y se habrá desentendido de ella. Para poder salir adelante de algún modo. Y hasta se habrá casado con un médico judío. O el muchacho con el que huyó se habrá hecho médico.

A veces me llegaban noticias indirectas y yo seguía armando la historia de mi prima. Nunca recibí carta alguna de ella, ni supe cómo era su letra ni cómo se expresaba. Mucho menos cómo pensaba. Ni cómo era el tono de su voz. Sólo sabía que estaba en Casablanca.

Creo que para mí era motivo de orgullo tener una prima en Casablanca. Algo no comprobable y asociado con la más tangible de las ficciones: el cine y el teatro. Que, de pronto, tomó ciertos visos de realidad. Esta vez, por otra película, cuyo nombre no recuerdo, pero actuada por Georges Marchal y localizada ¿en Casablanca? Yo, de niña, sentada en un cine de la ciudad de México, el *Magerit*, y mi padre, a quien se le escapa un grito porque cree haber reconocido a su hermano, el padre de Olalla, en una brevísima escena. A su hermano que no ve desde la guerra civil, hace diez años. Y se le escapan lágrimas y discute con mi madre sobre si será o no el hermano. Seguirán hablando de esto días y días y todos querremos creer que es mi tío. Pero no se nos ocurre acudir a la prueba definitiva y volver a ver la película una y otra vez para atrapar la instantánea en que aparece. Dejarlo así: en la duda. (Aunque sí: sí es mi tío. El padre de Olalla.)

Entonces empiezo a imaginarme cómo será su marido. Es la época en que leo a A. J. Cronin. Y los personajes médicos se me convierten en mis héroes. Hasta pienso en ser médica cuando crezca. Por lo que me parece muy bien que el marido de mi prima, a quien pongo por nombre Yankl, sea médico. Así, a larga distancia, su figura me impone. Creo que le estoy

adjudicando la cara de Humphrey Bogart. Me lo imagino en su consultorio de blancas paredes y con mucho calor: con un ventilador y las persianas bajadas ocultando una puerta que da a un balcón con vista al mar. Mi prima, en la casa, aterrorizada, pues se le ha aparecido una especie de Peter Lorre que pretende amenazarla y extorsionarla con historias inverosímiles. Ella pide tiempo para urdir alguna coartada. La primera decisión que debe tomar es si le cuenta o no a su marido lo que le ha pasado. Escoge desarrollar sus dotes histriónicas, pero no sabe si con Humphrey o con Peter. Esa noche, cuando regresa Yankl del consultorio, van al bar de un hotel a beber unas copas. Entre el humo y la música se adivina la presencia de Peter. Olalla se impacienta y regresan abruptamente a la casa. Luego viene la escena en la cama. Retoman una discusión y una práctica que son sus favoritas: Olalla tiene la capacidad de seguir siendo virgen siempre: no lo creen y de nuevo lo comprueban. De pronto, Olalla se da cuenta que no necesita coartada alguna ante las amenazas de Peter: por disipación sexual no se la puede acusar: su virginidad renovable la protege. La escena en la cama se alarga placenteramente.

Escuché otras historias de mi prima. Que se remontan a la salida de España. Los parientes que la acogieron, apretujados en un pequeño departamento, ensayaron las pasiones entre sí y contra sí. Ella todo lo aceptó como si no comprendiera o como si comprendiera demasiado. En su manera de no rechazar incluía la absoluta indiferencia y la perfecta complacencia. Podían hacer cualquier cosa con su cuerpo, que su alma no lo resentía. Su capacidad de olvido y de falta de rencor eran asombrosas. No era de muchas palabras y esto ayudaba. Que la familia la repudiara y que la promiscuidad fuera su norma nunca alcanzaron índices de escándalo. La guerra civil primero y la mundial después fueron celestinas permisivas. Ya nadie temía a los jinetes apocalípticos.

Tal vez por eso Casablanca era su lugar idóneo para vivir. Por lo menos, así me lo parecía. Mi prima caminaría por las blancas calles con la gente vestida de blanco, bajo un sol refulgente. Vida y obras de Olalla eran un caudal de relatos que me divertía contarle a mis condiscípulos en el colegio.

Disfrutaba sorprender a alguien diciéndole: «Tengo una prima en Casablanca».

La siguiente historia es la del halcón maltés que encontró mi prima en el mercado o *shuk*. En donde también intervenían Bogart y Lorre. Esto tuvo que ver con la conferencia de Casablanca entre Churchill y Roosevelt. Que ahí se acordaran importantes medidas, como la fecha del desembarco aliado en Italia, convertía a la ciudad en un centro de espionaje que reunía a británicos, a franceses, a alemanes, a italianos, a japoneses, a apátridas y también a la estatuilla del halcón maltés con un oculto mensaje en su interior (que se descubriría sabiendo hacer girar unos goznes minúsculos). El mensaje oculto del halcón maltés sería descubierto muchos años después por mi prima, cuando lo pulía esmeradamente y los goznes secretos saltaron ante la leve presión de los dedos. En efecto, ahí estaba escrito un papel con la fecha del desembarco en Sicilia que, afortunadamente, nunca llegó a manos de los enemigos.

Algún viajero que pasaba por México y que conocía a mi familia traía noticias de mi prima. Nunca recientes. Siempre envueltas en cierta niebla. Un dato no bien recordado. O reticencia en contar un suceso extraño. Mi prima escapaba largas temporadas y no se podía saber de ella. Yankl la buscaba sin dejar rincón por escudriñar. En los hospitales. En los burdeles. Con los tratantes de blancas. Sin encontrarla. Sin rastro alguno. Como perdida en un espacio sólo por ella medido. En una invisibilidad propia.

Y regresaba. Porque sí regresaba. Pero no era ella. Macilenta. Ojerosa. Despeinada. La ropa en desorden. Sin medias. Descalza. Como si viniera de hacer penitencia en el desierto. Como si una visión extraordinaria hubiera trastornado sus sentidos. Vacía. Vacía por dentro.

Se pasaba días durmiendo. Sin moverse en la cama. Apenas despertando para alargar un brazo y beber unos sorbos del agua que había en la mesilla de noche. Y seguir estática. Sin notar la luz ni la oscuridad.

Cuando despertaba, no recordaba ni explicaba. Había sido un paréntesis cerrado. Retomaba la vida en el punto exacto en el que la había dejado. La conversación en el momento

interrumpido. La caricia que seguía en el acto del amor. El sueño que se hilvanaba.

Luego, empezaba el ritual. Se bañaba. Se perfumaba y se aceitaba. Sus manos acariciaban su cuerpo. Se deslizaba desnuda entre las sábanas y llamaba a Yankl. El día se continuaba en la noche y ellos no lo notaban. En la madrugada se levantaban y comían y bebían algo. Hablaban entonces, largas horas: de la guerra: de sus guerras. De la muerte: de la muerte de ellos. Y renovaban su pacto. No esperarían a que los alcanzara la enfermedad y la vejez. Al primer síntoma de debilidad, y aún en pleno estado placentero, se quitarían la vida. Se deleitaban escogiendo el tipo de muerte preferida. Como Yankl tenía acceso a drogas no sería difícil obtener la que necesitaran en el momento preciso. Claro que, a veces, pensaban en otras salidas. Embarcarse en un velero y dejar que una tormenta o cualquier otro accidente les resolviera el problema. Hablaban y el alba rasgaba las nubes. Cuál fue su última decisión, no pude saberlo.

Los viajeros no han vuelto a pasar por mi casa. Mis padres han muerto. Mis tíos de España también. Ya no hay quien me cuente historias. Me he cansado de inventar. Lo último que diré acerca de mi prima de Casablanca es que, del entremezclamiento de recuerdos e intenciones, de olvidos y deseos, su imagen me obsesiona hasta el grado de impedirme definir mi propia imagen y de ya no saber quién soy yo.

—Tu problema es que te crees tus historias.
—O que quisiera que me hubieran pasado a mí.
—La eterna esquizofrenia.
—Esquizofrenia deseada.

Historia 4

Las confidentes deciden regresar a la cama, luego de haberse contado la historia anterior a la sombra de la magnolia. Empieza a refrescar y el sol se pone. Entran en la casa y hacen una variante: no irán a la cama: se instalarán en los sillones de la sala: dejarán la cama para más tarde.

—Ahora es mi turno de entrar en esta historia que voy a contarte, que tratará de otro punto del Mediterráneo: de un pequeño puerto catalán, cuyo nombre nunca pude saber.

—Seguimos en las vaguedades, como buenas reminiscentes.

Un pequeño puerto catalán

Y bien, ésta es la historia de Orlandina y un cuadro. El cuadro siempre había colgado de alguna pared de las casas por las que había pasado Orlandina. Cuando se mudaba, lo primero que envolvía cuidadosamente era el cuadro: el único que poseía: lo único que poseía. La acuarela, ya desvaída por el tiempo y tantos soles que había recibido, era la historia de su vida. Contemplarlo era revivir el pasado y preguntarse qué ocurriría con él a su muerte.

Orlandina carecía de posesiones: salvo su preciado cuadro: que siempre había cargado bajo el brazo en sus múltiples fugas y cambios de país en país. A veces, enrollado. A veces, con marco y cristal. Otras, con nuevo marco y cristal.

Había heredado el cuadro de sus padres y nunca se separaría de él. Al principio, de niña, no le gustaba. Los matorrales que aparecían en primer plano semejaban extrañas formas grotescas: enormes insectos: madejas amenazantes de un verde oscurísimo. Que luego se le repetían en pesadillas. La fiebre y las

enfermedades agrandaban esos manchones y despertaba en las noches gritando y empapada en sudor.

Si podía suprimir esa parte del cuadro y pasar a los siguientes trazos, aparecían muros blancos y techos inclinados de casas mediterráneas, cuyo reflejo marino mostraba azules ventanas. Casas por aquí y por allá, entreveradas de espigas, de árboles, de huertos. Donde le hubiera gustado vivir. Donde le hubiera tocado vivir. Si no hubiera sido por la guerra. Ahí: en una de esas casitas viviría. Y entonces no tendría el cuadro. Porque el cuadro lo tuvo por la guerra. Unas cosas se pierden. Otras se ganan.

Después de las casas, más cerca y más lejos, otro gran manchón verde. Tal vez, un parque. Que no le daba miedo. Pero que también le parecía algo extraño: una cabeza enorme, acostada, con una nariz protuberante. Y, a su lado, la gran construcción: una iglesia fortificada, vista de espaldas. Al final: el deseo: lo que nunca puede olvidarse: el mar: el azul intenso de un pequeño puerto catalán.

Según crecía Orlandina y según se cambiaba de casa, el cuadro se las arreglaba para quedar frente a ella. Por lo que no podía evadirlo. Por lo que no podía sonreír. Porque el cuadro le traía malos recuerdos. A veces, lo miraba intensamente, para acabar con esos recuerdos. Otras, lo ignoraba: el cuadro no existía: no colgaba del muro.

Orlandina se conocía de memoria el cuadro: podría pintarlo ella de nuevo. Lo intentaba. No era posible.

Orlandina se preguntaba: ¿cómo sé que el cuadro es un pequeño puerto catalán? No estaba segura. Sí, sí podría estarlo. Se lo habían dicho sus padres. A quienes, a su vez, se lo había dicho quien pintó el cuadro. Luego, era verdad.

Años, años después, alguien, alguien a quien quiso mucho Orlandina no sólo se lo volvió a confirmar, sino que le enseñó una foto: éste, éste debe ser tu pequeño puerto catalán. Y para Orlandina fue un alivio: su pequeño puerto catalán existía.

¿Y quién fue el pintor? En el extremo derecho inferior aparece una firma ilegible. Tal vez: una letra ge, una u, una i,

una elle, una eme: guillm. Pero no puede ser: ése no es el nombre que decían sus padres. No pudo volver a pedirle a sus padres que le contaran otra vez la historia. Murieron cuando era muy joven y cuando no lo esperaba. Esas muertes desprevenidas, como las de la guerra. En un accidente: los dos juntos: en la carretera de Puebla: cuando desconocían todo de México: como que un automovilista no quiera ceder el paso y provoque la muerte deliberada del otro. Así que un día, al regreso del colegio, ésa era la noticia que le esperaba. Sus padres habían sobrevivido a la guerra civil española y a la segunda mundial para morir en la carretera de Puebla.

Lo que recuerda de la historia del cuadro es así: sus padres y ella estaban en la *Gare du Nord* a punto de abordar el tren que los llevaría a embarcarse en La Pallice rumbo a América, cuando llegó jadeando Louis Pierre y apenas tuvo tiempo para decirles: es mi último regalo: un pequeño puerto catalán.

Orlandina creyó durante mucho tiempo que Louis Pierre era el autor del cuadro. Pero ahora, cuando contempla esa firma ilegible, las letras no coinciden. ¿O serán las letras del apellido? ¿O habrá sido otro el pintor y Louis Pierre se lo regalaba para que siempre tuvieran ante ellos un paisaje de España?

Imposible saberlo. Orlandina no lo sabrá.

Poseer el cuadro era poseer algo de España. Porque aunque no supiera quién lo pintó, el que lo pintó había visto con sus ojos ese mismo paisaje que ahora ella tenía ante sí y que cargaba de casa en casa, de país en país. La suya era una trasmisión de pupila a pupila. Era un reflejo, una luz, un instante gozoso detenido en la pintura que podía contemplar siempre que quisiera. Era aun mejor que vivir en España: ese paisaje no se movía de su vista. Un paisaje no habla, no contradice, no increpa. En cambio, acompaña dulcemente y puede ser observado todo el tiempo habido y por haber. Como está enmarcado, tampoco varía: no cambia de estación: no se derriban ni erigen casas: no se talan árboles: no llueve ni hay tempestades: el azul del mar es siempre azul y el blanco de las nubes es siempre blanco. Si en alguno de sus múltiples peregrinajes Orlandina arribara al pequeño puerto catalán, lo más seguro es que no lo reconocería, a pesar de conocérselo de

memoria. Tantos serían los años que han pasado y tan estática es la imagen que guarda de él.

El cuadro no es grande: mide sesenta centímetros por treinta y seis centímetros. El tamaño más apropiado que Orlandina pueda querer. Un cuadro de bolsillo: que cabe en cualquiera de sus pequeñas maletas: porque Orlandina aprendió a viajar ligera desde las últimas guerras que padeció: y la costumbre se le quedó. Es más: Orlandina no aprecia ninguna posesión: sabe que todo es perdible y reemplazable. Salvo su pequeño cuadro de un pequeño puerto catalán. Ah, y una pequeña navaja suiza que es lo más útil que pueda ir con ella. Así, espíritu y materia los ha reducido a su mínima expresión. Orlandina es muy práctica. Orlandina es una artista. Valora lo esencial. Viaja con lo puesto y exactamente con otro par más de lo mismo en su equipaje. (Y el cuadro y la navaja.) De ahí que le sea tan fácil cambiar de casa y de país.

Orlandina es nostálgica. Se repite a sí misma, en noches de insomnio, las historias que alcanzaron a contarle sus padres antes de morir. La vida en Madrid, antes de los bombardeos. La vida en París, sin bombardeos. Su vida se dividía en antes y después de los bombardeos. El durante lo escabullían. Le relataban cómo se hicieron amigos de Louis Pierre. Cómo se habían conocido en Valencia cuando él era miembro de las Brigadas Internacionales. Cómo después de la desbandada del ejército republicano se reencontraron en Francia. Y cómo recibieron el cuadro de sus manos: sí: un momento antes de que arrancara el tren que habría de llevarlos al puerto de La Pallice.

Ya en México, los padres de Orlandina recibieron una carta de Louis Pierre. Una sola carta. Y luego años de silencio. Hasta que un día un viajero les contó lo que había pasado. Cuando la ocupación nazi de París, Louis Pierre fue delatado en la calle por judío y ahí mismo fue ametrallado.

Aunque Orlandina decidiera ir a París a buscar a Louis Pierre sería un acto inútil. Lo más que podría encontrar sería el impacto de las balas sobre el muro donde fue asesinado. Pero no sabe ni siquiera en qué calle lo mataron ni en qué cementerio

fue enterrado. Por lo que Orlandina no irá a París. El cuadro de Louis Pierre está vivo y frente a ella.

Ese alguien a quien quiso mucho Orlandina y que le había enseñado la foto del posible puerto catalán, también le había dicho que un día ella tendría que aventurarse y descubrir cuál era el lugar. Que si no, no alcanzaría la paz final. Que, en realidad, ésa era su meta en la vida: descubrir el pequeño puerto catalán. Que para eso habían muerto sus padres y que para eso había nacido ella.

Al principio, Orlandina no hacía caso de esas palabras. Locuras de ese alguien a quien ella quería tanto. Pero, como lo quería tanto, le hacía caso y, poco a poco, sus palabras fueron marcando levemente su colección de obsesiones. Tal vez sí sería una buena meta en la vida: descubrir el pequeño puerto catalán. Embarcarse, ahora en sentido contrario, de Veracruz hacia Barcelona. Luego, recorrer la Costa Brava y, finalmente, dar con su añorado puerto.

Y ahí empezaban los problemas: qué hacer con un puerto descubierto. Sobre todo: qué hacer con su cuadro. Pues nada: colgarlo en el museo del puerto. A la manera de reliquia del exilio, le decía su alguien a quien ella quería. No, no, eso no puede ser, le contestaba Orlandina: el cuadro y yo somos uno. Bueno, pues quédate a vivir en el cuadro o en el puerto: ¿no es eso lo que siempre has querido, Orlandina? Sí y no. Orlandina, decídete.

Orlandina no se decide. Y el alguien a quien quiere tanto se impacienta. Orlandina, Orlandina. ¿Qué va a ser de ti? ¿De mí? Nada. Si me quedo a vivir en el cuadro no tengo que marcharme. Si me quedo a vivir en el puerto, pues ya no regreso aquí. ¿Qué haré?

Orlandina piensa: si me voy a mi pequeño puerto me volveré pintora como Louis Pierre. Pintaría siempre el mismo cuadro: el del puerto. Con todas las variantes y en todos los estilos. Desde antes de la perspectiva hasta después. Pasando por el realismo, el romanticismo, el impresionismo, el expresionismo, el superrealismo. Con todas las técnicas: empezando por el arte

rupestre hasta llegar a la acuarela, el óleo, el pastel.

Tonterías, absolutas tonterías, sigue pensando Orlandina.

Vaguedades. Vaguedades.

De eso sirve el exilio.

De no haber hecho nada.

Ni siquiera haber descubierto cuál es el pequeño puerto catalán.

Paralizada. De los pies a la cabeza. Paralizada.

Es un grave problema. Esto de ir por la vida acompañada de un cuadro: es un grave problema. Un cuadro de historias: pero que sólo representa un paisaje. Desconocido. Un buen cuadro. Anónimo. Al que tuvo que irse acostumbrando, poco a poco, mucho a mucho, Orlandina. Al que tuvo que dejar de tenerle miedo. Porque también era la muerte ese cuadro. Y la guerra. Aunque fuera un tranquilo paisaje de casas blancas, de verdes oscuros, de mar azul y nubes blancas.

Un cuadro que sólo significará para ella.

El cuadro del pueblito mediterráneo era un cuadro de aferramientos. Aferrarse al último sueño de la pasión. Al último tren y al último barco. A lo que ya no puede ser. A pedir ser enterrada en un lugar que no sabe cuál es. Y que, además, es extraño. Porque lo único no extraño es el cuadro. En el cuadro no puede ser enterrada. ¿O sí?

Ese alguien a quien quiere mucho Orlandina se esfuerza por hacerle comprender que la vida está fuera del cuadro. Pero Orlandina no comprende. La vida está dentro. Tras de esas ventanas azules y bajo los techos de teja de color rojizo. Ahí es donde bulle la vida.

No, no, la vida bulle en nosotros, dice ese alguien tan querido. En el cuadro, contesta Orlandina.

Diálogo de opuestos.

Orlandina besa el cuadro. Su herencia. Le quita el polvo. Pule el cristal.

Decide que es hora de ponerle un nuevo marco. Como si lo vistiera y desvistiera.

Le preocupa separarse de él y no le cambiará el marco.

No le cambiará el marco por otra razón. Una de las veces que se acababa de mudar de casa y que estrenaba nuevas habitaciones, descubrió en la calle de la Parroquia una tienda donde enmarcaban cuadros. Envolvió solícita su amado cuadro. Caminó despacio hasta llegar. Lo depositó con cuidado sobre el mostrador. Escogió el nuevo marco: de caoba y con cristal antirreflejante. Entonces ocurrió algo. Orlandina miró hacia la trastienda, y, ahí, sobre una pared, en lugar de honor, colgaba un retrato de Hitler. Sí: un retrato de Hitler. Preguntó: eso qué es. Y la dueña le dijo con orgullo: es un retrato de Hitler: el regalo que más aprecia mi marido: se lo dieron de niño en Alemania por su excelente conducta. Orlandina envolvió de nuevo, solícita, su amado cuadro y salió de la tienda, sin siquiera escupir, como hubiera sido de esperar. Porque Orlandina escupía en grandes momentos de furor de su vida.

Nunca más le cambiaría el marco a su puerto catalán.

Camina por las calles Orlandina, ensimismada. ¿Por qué se ha ido ese alguien al que ella quiere tanto? ¿Por qué llegó el momento de que se embarcara? De partir por esos mares de Dios en busca de aguas ignotas. De puertos bienhechores. Ese alguien a quien ella quiere que lleva en la memoria la imagen del cuadro del pequeño puerto catalán: que dice que lo encontrará, que no cejará, que no se detendrá, que no parará. Hasta el día en que lo tenga frente a sí. Para llamarla y regalárselo. Quedarse a vivir en una de las casas pintadas de blanco y arrojar, entonces, al mar el cuadro del pequeño puerto catalán.

—Ese final no me gusta. No quiero que se pierda el cuadro.

—Lo que pasa es que ése no es el final. Ese alguien a quien Orlandina quiere nunca encontrará el pequeño puerto catalán.

—Podría ser un final feliz: que sí lo encontrara y que no tirara el cuadro.

—No entiendes: Orlandina tiene que librarse de todo cargamento, sobre todo del cuadro.

—No del cuadro: no. Que nunca se separe de él.

—Por eso, lo dejo abierto al gusto del oyente.

Historia 5

Las confidentes dejan de contarse historias un rato. Empieza a refrescar. Se levanta un viento fuerte. El sol se ha puesto. La primera estrella ya ilumina el cielo. Se echan sendos chales sobre los hombros. Miran por la ventana cómo vuelan las hojas caídas.

—Pues a ver ahora qué historia me cuentas.

—Una triste: acerca de un breve mensaje.

—No califiques de triste que, a veces, no pensamos igual.

—O despiadada. Tú decidirás.

El mensaje

Había escrito el mensaje (unas pocas palabras, nada más) en un trozo de papel arrancado de la vieja libreta donde anotaba cosas que le sucedían, frases que juzgaba importantes, refranes escuchados, canciones de infancia recordadas. Había escrito el mensaje, había arrancado el papel, lo había doblado a la mitad y lo había escondido cuidadosamente bajo el mantel bordado en punto de cruz de la mesa-camilla de su cuarto.

Echó una última mirada a su alrededor, como quien se despide para siempre. Porque sabía que sí, que estaba despidiéndose para siempre, que su cuerpo ya no resistía y que la muerte la aguardaba. No era el cuarto que hubiera deseado ver al final de su vida. Ni el cuarto. Ni la casa. Ni la ciudad. Ni el paisaje. Ni el país. Pero nada podía corregirse ya. Era demasiado tarde.

Uno tras otro había cometido errores. Fue difícil aprender a vivir y, en cambio, el morir se le venía solo encima. No tenía que hacer nada: ya no importaba la voluntad: igual sucedería. Y hasta cierto punto era un consuelo. Esta vez, sería el descanso

absoluto: el reposo anhelado.

Qué lejos había quedado su infancia forzada, setenta años atrás, y, sin embargo, qué cerca las imágenes en que se veía de niña. En ocasiones, su único refugio era encerrarse en sí e ir devanando la madeja de la memoria: ir escogiendo los mejores recuerdos y recrearse en ellos: a solas: en silencio.

Paula había vivido la menor parte de su vida en paisajes lejanos, pero paisajes propios, paisajes de ancestros en ancestros, suyos, heredados, y no podía encontrar acomodo en los nuevos paisajes en los que pasó la mayor parte de su vida. Siempre acudía a la comparación y lo perdido fue lo mejor: la imagen incomprobable era la más querida. Nunca halló su lugar después del exilio. Quedó suspendida, entre paréntesis, en espera de quién sabe qué ilusiones vanas.

Podía recordar la sierra de Guadarrama con todas las sendas que recorrió en su infancia. Los tonos vagos que suelen acompañar las primeras imágenes percibidas, se le convertían en colores definidos y precisos al paso de los años. Aquellas presencias eran ahora tan exactas como si las hubiera vivido el día de ayer. Cada piedra y cada árbol eran como habían sido en su origen. Los grandes huecos del rompecabezas mental dejaban de serlo para ser rellenados con la pieza adecuada. En su recuento, nada faltaba ni sobraba. Empezaba a llegar a la perfecta reconstrucción de la memoria. Que no le servía de nada porque al querer trasmitir esa memoria reconstruida a sus hijos y a sus nietos, se encontraba con que la memoria de ellos la contradecía. (No mamá, tú nunca nos contaste eso así: ya no te acuerdas.) (Abuela, no nos cambies las historias.)

Sólo ella sabía la verdad y nadie más. Su enojo era grande y no tenía cómo descargarlo. Su decepción también: si ella era una carga de recuerdos y era eso lo único que podría dejar de herencia, a quién iba a dejárselo si nadie le creía. Y su cabeza se movía de un lado a otro con pesadumbre.

Si recordaba los veraneos en la playa de Santander no sólo se le representaba con nitidez una tarde definida, de fines de julio del año de 1920, con un súbito oscurecimiento, el cielo gris y el amago de tormenta, con las barcas de los pescadores regresando apresuradas a puerto seguro, con su institutriz al lado

conminándola a volver a la casa. Sino, también, lo que había pensado y sentido en esa misma tarde, cuando si hubiera dependido de su voluntad, ella no hubiera buscado refugio y hubiera preferido, en cambio, quedarse a la intemperie y haber conocido todos los aspectos de un cielo ennegrecido, de un oleaje furioso, de una barca estrellada contra las rocas o de su cuerpo empapado y zarandeado por el agua y el aire.

Esas reminiscencias le traían consuelo, como ciertos sueños que no se recuerdan pero que se saben agradables.

La memoria de Paula era un instrumento de ordenación. Su mundo se había caracterizado por la destrucción sistemática de lo seguro y de lo estable, no por parte de ella, sino de quienes la rodeaban. Aspiraba a borrar el desorden y nunca lo logró. Tal vez, ahora, en estos últimos momentos de su vida el poder de evocación alcanzara ese cometido que la había obsesionado desde sus primeros años. Para comprender que la paz era insostenible y que la vida no podía vivirse de varias formas. La única posesión era la memoria insidiosa y el falaz orden inservible. ¿Para qué, entonces, el esfuerzo? ¿Por un pequeño indicio de retener aún la vida que se le escapaba?

Una de las grandes violencias que le fue perpretada a Paula fue la de la guerra civil. ¿Quién instituyó contra ella ese suceso? ¿Por qué tuvo que ser deshecha su vida cuando apenas se iniciaba? ¿Por qué nunca pudo sobreponerse? Inútiles preguntas y respuestas. Su abatimiento, en lugar de decrecer con los años, fue en aumento y desconoció la resignación: desde el exilio exigía el retorno a la tierra perdida y negaba el tiempo vivido fuera de ella. Sus hijos le decían incomprensiblemente: ya no somos de allí: no se nos ha guardado el lugar.

Se exaltaba y gritaba: ¿qué importa?

Entonces regresaba a sus recuerdos: los que atesoraba y pulía y renovaba. Para dejarlos en forma de mensaje cuando llegara el momento.

Paula poseía otra cara de la moneda: la que presentaba cuando salía a las calles de la ciudad de México. Como su secreto era grande y poderoso, no debía ser traicionado. La

envolvía el afán de sobrevivir. Se inmiscuía, serpenteaba, aprendía el nuevo lenguaje. Parecía feliz y adaptada. Pero el regreso a la casa era el recuento de las diferencias: de los engaños: del estar en guardia: de las hipocresías: de las mentiras. Salir a la calle era la contemplación de un teatro ajeno, violento y desaforado. Durante años se consoló con la idea del inminente retorno a su tierra, a las calles de su ciudad, a su paso a paso caminada Madrid. Le describía celosamente a sus hijos cómo partían las calles desde la Puerta del Sol. Cómo ella había vivido de niña arriba del Café de Levante. Cómo en Año Nuevo se escuchaban las doce campanadas y se veía bajar la bola del reloj mientras se comían las doce uvas. Les hablaba del calor en verano y del frío en invierno. De los tranvías y del metro. De los cafés y de las tascas. Siempre agregando algo nuevo, como cuento de nunca acabar. Y a veces la escuchaban y a veces no.

Cosas que le habían ocurrido: tranquilamente: su desaparición por dos días de la casa paterna. ¿Cómo había sucedido? Pues durante una corrida en la plaza de toros. Sus padres se descuidaron y ella empezó a caminar entre el público por juego, por divertirse un rato y ver si la echaban de menos. Cuando quiso regresar no supo por dónde y, sin inmutarse, miró a su alrededor. Entonces notó un matrimonio que la observaba y que le hacía señas para que se acercase. Le ofrecieron caramelos y al final de la corrida le dijeron si quería irse con ellos. Paula aceptó y pasó dos días muy contenta con la nueva familia sin acordarse de la suya. Mimada, regalada, adoptada por este matrimonio sin hijos llegó a pensar que vivía mejor con ellos que en su propia casa. Tal vez se hubiera quedado ahí para siempre, si no hubiera llegado la policía a reclamarla.

La salida de su casa fue la puerta que abrió el deseo de seguir escapando. Aunque a partir de entonces la vigilaran constantemente, pudo hallar recursos para huir por un par de horas alguna que otra ocasión. Fue así como se recorrió Madrid a pie y como regresó a visitar al matrimonio que la había recogido. Como instauró la costumbre de considerarlos también sus padres y de sentirse más unida a ellos que a los verdaderos. Tito Pepe y Tita Moncha eran los padres que hubiera querido.

Con los que jugaba, con los que saltaba en la cama, con los que se disfrazaba con sábanas para fingirse cualquier personaje de cualquier época. Con quienes todo podía ser dicho: los pensamientos ocultos ser revelados: el desbordar de la mente sin nada que la trabara: las palabras prohibidas ser pronunciadas: el mínimo capricho ser satisfecho: en plena carcajada: en pleno abandono. Esa hubiera querido Paula que fuera su verdadera vida. Su única vida. Que duró poco, muy poco. Que también le fue arrebatada, sin comprenderlo nunca. Ellos desaparecieron. Tito Pepe y tita Moncha nunca más fueron vistos. Ni los vecinos ni nadie supieron decir a dónde habían ido a parar. Se desvanecieron con todas sus pertenencias, sin dejar huella, como si nunca hubieran existido.

Y eso fue lo que se preguntó Paula: ¿existieron?

Y se lo sigue preguntando: ¿existieron? ¿Cuántas cosas pasaron o no pasaron? Y si existieron, ¿por qué se fueron de esa manera? Si ella era como su hija: o por lo menos lo había creído así. ¿Cuántos engaños más sufrió en su vida? ¿Sería todo formas de espejismo?

Su condena era no saber qué era lo que había sucedido y qué es lo que sucede. Enfrentarse siempre a múltiples versiones. Caminar por tambaleantes piedras sobre tierra húmeda. (Como ocurrió el día de lluvia que visitó la casa de Trotsky en Coyoacán y al ver las fotografías antiguas, desvaídas, pensar en sus padres apócrifos.) (Recordar que había guardado una foto de ellos: la única que encontró, tirada en el suelo, en la casa vacía, abandonada, como esperando a ser recogida por ella.) (Y después, siempre que pensara en la casa de Trotsky y en las tambaleantes piedras sobre tierra húmeda, acordarse de tito Pepe y de tita Moncha: del bigote de puntas retorcidas de tito Pepe y del sombrero de fieltro claro y cinta negra de tita Moncha.)

—Ya nos has contado esa historia, mamá.

—Sí abuela, ya nos la sabemos de memoria.

Aunque no quieran, ellos guardarán mis historias, piensa Paula. Se consuela Paula. Sabe que va a morir, pero también

quisiera no morir. Olvidar todo. Volver a empezar. La oportunidad que no habrá de surgir: la no oportunidad. Las versiones dando vueltas: las versiones: las interpretaciones: los pasajes mal forjados: la revuelta memoria. Basta, que todo acabe, basta, se repite Paula dentro de su mente cansada, de sus circunvoluciones fatigadas, de los surcos del cerebro que tal vez empiezan a borrarse, a invadir espacios vírgenes, a sobreponerse. Aún intentará un último esfuerzo: aún repetirá las mismas historias: aún desprenderá las palabras. Al final, ni sus hijos ni sus nietos podrán olvidarla. Las historias se resolverán: clavadas firmemente. Esa será su venganza: el sentido de su vida: la herencia calculada. Lo que ya nadie quiere oír se grabará con letras de fuego, dolorosas y profundas.

Hoy la abandonan. Paula es relegada a un rincón. Estorba. Algunos sueñan con su muerte. Paula lo adivina. Paula sólo piensa en su imagen de niña: en la playa de Santander: en la sierra de Guadarrama. No puede centrar el momento de la ruptura: cuando dejó de ser niña y era ya mujer: cuando empezó a contarle cuentos a sus hijos y era para ellos un deleite. Hasta que empezaron a burlarse y el deleite se convirtió en pesadilla: no querían escuchar sus cuentos. Se resistían a recibir la herencia. No comprendían el mensaje cifrado. No querían esforzarse. Aspiraban a la independencia: como si no fueran sus hijos: como si hubieran surgido de la nada.

En un cuaderno había ido anotando pensamientos inconexos, fragmentos de antiguas canciones, refranes recordados, recetas de cocina. ¿Para quién? Con esmero. Con letra clara. ¿Para quién? Nombres de pueblos de España. Nombres de amigas de infancia. Nombres de enamorados. ¿Para quién? En otro cuaderno había ido pegando crucigramas resueltos, recortados de los periódicos. Lo que no ordenó fueron las fotografías que quedaron dentro de una caja grande, revueltas, sin fechas, sin anotaciones. ¿Recordaría alguno de sus hijos a la familia perdida, muerta, enterrada en España?

Sentía que el fin se acercaba y ahora hubiera querido que se apresurara. No dejaría instrucciones. No legaría últimas palabras. Ni un suspiro. Ni un grito de dolor. Ni una petición. Si ellos recordaban lo que ella había repetido durante años sabrían

qué hacer. Si no recordaban, inventarían. No era asunto que le incumbiera.

Y, sin embargo, se resistía a romper deliberadamente el cordón umbilical. Aún podría tramar una leve venganza. Aún podría enredar los hilos. Instaurar la discordia. Hundir la garra de la presencia. Marcar la cicatriz de la duda. Para que ellos recordaran siempre. En arrepentimiento. En culpabilidad. En impotencia.

Había hojeado su vieja libreta. Había escrito el mensaje. Había arrancado la página, la había doblado cuidadosamente y la había colocado debajo del mantel de la mesa-camilla: «Los hijos no son nada».

Silencio embarga a las confidentes.

Historia 6

Siguen en silencio las confidentes. Pero tendrán que continuar con sus historias. Su papel es ése. No importa qué otras cosas hagan. No importa que la noche avance. No importa que sus labios se resequen. No importa que crean que ya no tienen historias que contar. Las confidentes sólo tienen el deber de contar.

—Te contaré otra historia. Una historia de una mujer muy parecida a Paula. Una mujer y el regalo que se hizo en el día de su cumpleaños.

—Cuéntamela.

Regalo esperado

El día que cumplió cincuenta años, Aniella decidió hacerse un regalo. Un regalo especial. Para el cual había esperado toda su vida. Al principio, con impaciencia. Después, con tranquilidad.

Se había casado casi niña, a los quince años, con Alarco, que le doblaba la edad. Lo había conocido en un carnaval y no le había simpatizado. Pero su madre la había convencido. No le quedaba otra salida: el padre muerto: sin dinero: y con cuatro hermanos pequeños. Por lo menos, si se casaba podría ayudarles. Y así lo hizo. Proveyó para todos. Fue la salvación.

Extraño día el del carnaval ya lejano. Cuando se entablaban relaciones. Cuando se mencionaba el fin de la guerra mundial y el tratado de Versalles. Cuando todo empezaba para Aniella y no podía ni siquiera adivinar los grandes caos que le esperaban. En el Madrid que todavía cantaba: *¿Dónde vas, Alfonso XII, dónde*

vas, triste de ti? En el Madrid de los atentados anarquistas. De las violeteras a la salida de los teatros: *Cómpreme usted este ramito, no vale más que un real.* De los mantones de Manila. De la verbena de la Paloma. Del día de San Isidro Labrador (*quita el agua, pon el sol*).

Tantos recuerdos que guardaba Aniella, para desgranarlos en México, en el exilio. Para contárselos a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Para que no olvidaran. Para que, a su vez, los guardaran y los desgranaran cuando llegara el tiempo. Aniella era como una sacerdotisa que tuviera que cumplir con un rito de la memoria, de la palabra encarnada, de la cadencia del encantamiento. Decía a veces: yo soy bruja: yo soy adivina. Pero más bien era guardiana de un antiguo culto, de no se sabe qué recovecos del alma atada a una tierra perdida.

Quería que sus hijos heredaran una pasión imposible. Les recriminaba sus distracciones: su no constante pensar en el retorno. Sí. Había que retornar al lugar de origen. A los antiguos altares enterrados. Al otro lado del mar. Había que retornar. En nave sumergida proponía el regreso. En concha sobre aguas sedosas. En caracol de estrías blancas.

Había construido su vida poco a poco. No se sentía víctima. Aunque hubiera querido tener la capacidad de elegir. Que se le había reducido sólo a pequeños gestos, a mínimas inflexiones. Los grandes decidires nunca habían provenido de ella: su matrimonio: la salida de España: el abandono de Europa: el quedarse para siempre en México. Que había aceptado como signo que marcaba su frente, pero que cada día le desataba una rebelión en súbita oleada. ¿Por qué no regreso a España?, se decía. Para debatirse en una respuesta cuerda, que aún más encendía sus ojos de brillo casi alucinado. Febril. Existía la instancia justificadora y esto es lo que la enardecía. Siempre la posposición. Cuando caiga Franco. Cuando los hijos crezcan. Cuando tenga dinero.

Se hundía en ciénagas de barro pesado. Lasitud. Lentitud. Inercia. Luego aspiraba a elevarse por el aire. Volátil. Inconforme. Exaltada.

Le quedaban los libros. Se había traído unos cuantos de España. Y compraba otros en las librerías de viejo. Les leía a los hijos. Era una forma de la nostalgia como cualquier otra. Alarco le decía: ¿qué buscas en los libros? Porque Aniella buscaba algo en los libros. No sabía a ciencia cierta qué. Pero algo. Una especie de consuelo. De tierra recobrada. De llanto permitido. ¿Un regalo? ¿El regalo esperado?

Recordaba sucesos insensatos a la salida de España. Su embarazo. ¿Por qué un embarazo en ese momento, cuando más triste estaba? Le parecía cargar todo el peso de la tierra en su vientre. Todos los niños muertos en la guerra. Toda España.

La madre de Alarco la exhibía: ved, ved: está embarazada: saca más el vientre: que todos lo sepan. Y la obligaba a cruzar las calles cuando más automóviles había para que frenaran repentinamente y le cedieran el paso. Mientras señalaba con la mano su vientre hinchado y se reía como una niña. En las calles de París, después de la guerra civil, ése era el entretenimiento de la madre de Alarco.

Pero Aniella tenía otras cosas en qué pensar. Un suave abstraerse del entorno y vivir por dentro en otro imaginar y en otro sentir. No importaban las calles parisinas ni después las mexicanas. Se veía en égloga de Garcilaso: esos diluidos paisajes: o en romance de García Lorca: esos violentos limonares. Lo que era su consuelo. Luego hacía que sus hijos se aprendieran de memoria esos poemas. Y era mayor su extrañamiento.

Ahora, al cumplir los cincuenta años, imaginaba con deleite su regalo. Pero aún no lo mencionaba.

En Francia nació su hija, la última que habría de tener,

después de tres varones. A la que decidió moldear como a hija de sacerdotisa, para que fuera todo lo que ella no fue. Primero, habría de ser mujer fuerte: una mezcla de Yerma y Bernarda Alba. La apartaba de la idea de casamiento y le recalcaba la debilidad y pequeñez de los hombres. Una mujer sola puede conquistar el mundo. Segundo, tenía que hacer una carrera y ser independiente. Tercero, debería desarrollar antiguas cualidades perdidas, propias de la mujer, como la intuición, la adivinación, el sentido de los sueños premonitorios. Cuarto, interpretar el mundo latente a su alrededor por los signos aparentemente muertos, pero que podrían renacer. Quinto, si amaba, amar sin medida, sin restricción, paganamente. Sexto, mejor no tener hijos, no tener ataduras. Séptimo, ser absolutamente libre. Octavo, crear lo que nadie había creado. Noveno, inventar lo que nadie había inventado. Décimo, hacer lo que nadie había hecho.

Aniella creía, a pie juntillas, en el programa que le había propuesto a su hija y estaba segura que su hija lo cumpliría. Algún día lo cumpliría. En su caso no ocurriría como la historia que leyó, años atrás, en el *Heraldo de Madrid*, sobre la mujer que también esperaba mucho de su hija y que le había planeado la vida paso por paso. Y la muerte también. Cuyo argumento era: si le di la vida a mi hija, puedo darle la muerte. No, Aniella no llegaría a tanto. Además, el regalo que iba a hacerse colmaría todos sus deseos y tendría para entretenerse un buen rato.

La verdad es que había pensado poco en sí misma. En lo que ella hubiera querido hacer (por eso el plan que le dedicó a su hija) (para que la hija hiciera lo que ella no hizo). Pero, agrega para sí: nunca es tarde si la dicha es buena: manos a la obra. Aunque no es que no hubiera pensado en ella o en lo que ella hubiera querido hacer. La prueba es que se acercaba el día del regalo. Sino que nunca lo puso en marcha. Ahora, el momento había llegado y ésta era su felicidad. Su turno en el juego de azar. Y contaba con la carta ganadora. Ni qué dudarlo.

Su regalo era tan especial que no había que ir a comprarlo a tienda alguna, ni envolverlo, ni adornarlo. Ni guardarlo. Ni esconderlo hasta el día del cumpleaños. Ni encargarlo con anticipación, ni temer que no estuviera a tiempo. Era perfecto.

Un producto de su mente. El colmo de la abstracción. Aniella se preguntaba: ¿existirá mi regalo? Veremos, cuando llegue el día.

Todos hacían planes para el cumpleaños de Aniella. Cada uno le regalaría algo muy especial: cincuenta años: medio siglo. Alarco había estado pensando qué obsequiarle desde meses atrás. Después de recorrer las joyerías del Centro, encontró en la calle de Bolívar lo que buscaba. Un medallón antiguo, ovalado, que tenía las iniciales de su nombre y diamantes alrededor, con una cadena trenzada de oro. El medallón y cincuenta rosas serían su regalo. Se impacientaba por dárselo, le hacía bromas y le insinuaba algunos detalles, como si se tratara de una adivinanza. Apenas podía guardar el secreto. Aniella, en cambio, no sentía ilusión alguna. Lo único que la emocionaba era la idea de su propio regalo.

Cada hijo había hablado con los otros y se habían puesto de acuerdo sobre qué regalarle a la madre. Cada uno pensaba en algo diferente: una prenda de vestir, un chal, un adorno. Y la hija, que sabía lo que le gustaba leer, recorría las librerías para descubrir un título nuevo.

La hija, moldeada como hija de sacerdotisa, para la que habían sido elaborados los diez preceptos, sabía que encontraría la obra adecuada. La que le demostrara a la madre que sí había heredado en forma precisa sus enseñanzas. Era muy importante no defraudarla en ese día. Era muy importante encontrar el libro. Un libro que ella misma no conocía, pero que reanudaría la certeza de la herencia. Porque la hija no siempre cumplió con los diez preceptos. No siempre se acordaba de ellos y, a veces, los interpretaba al revés y ya no había manera de enmendarlo. La hija, que se acercaba a la madre en momentos de iluminación y que se alejaba de ella en grandes oscuridades y derrotas. El libro. ¿Qué libro? Si hubiera libros de antiguos ritos, de fórmulas mágicas, de trasmisión de madres a hijas. Libros que aclararan las tortuosas relaciones. Que olvidaran el lenguaje cifrado y todo lo dijeran tan claro como suma, resta, multiplicación o división aritméticas. Mejor aún, con la operación más sencilla que pueda haber: uno más uno igual a

dos. Si hubiera un libro así: que en todas y cada una de las páginas se estableciera esa única verdad (uno más uno igual a dos), he ahí el libro que la hija de Aniella escogería para regalarle a su madre.

Aniella sabe que lo que le regale cada uno será el regalo más importante de su vida. De la vida de ellos y de la vida de ella. También sabe que será el último regalo. Después de que sepan cuál es el que ella se hace, nadie volverá a regalarle nada. Ni Alarco. Ni sus tres hijos. Ni su hija. Porque ya no harán falta regalos. Se habrá trascendido una costumbre sin sentido.

Aniella le dirá a su familia: se acabaron los regalos: nadie puede igualar el mío: ni tú, hija, que te obsesionas por entender y cumplir los diez preceptos que nunca lograrás. Estupendo regalo el mío: qué gran sorpresa: inesperada para ellos: para mí: el gran premio: merecido.

La familia de España, la que no pudo escapar al sitio de Madrid en la guerra, también piensa en qué enviarle de regalo a la hija, a la hermana perdida. La madre le escribirá con tiempo una carta, porque su pulso tiembla y tiene que aprovechar el día en que la letra le sale mejor. Los hermanos reunirán dinero entre ellos y le comprarán un billete de la lotería que besarán cada uno, para que le toque y pueda viajar a España cuando Franco muera. Calcularán muy bien lo que tarda en llegar el correo y enviarán con tiempo suficiente sus regalos, antes del día de su cumpleaños. (Nos acordamos tanto de ti. ¿Cuándo podremos estar juntos?)

Aniella se acuerda de su madre y de sus hermanos. Quisiera regresar a España. La verdad es que, a pesar de los años trascurridos, todavía no se adapta a México. Cosas pequeñas y cosas grandes son las que le molestan. (Eso de que la llamen *güera* en el mercado, cuando ella es morena. O *marchantita*. Palabras deformadas y palabras en diminutivo. El detestable *habemos* y el insoportable *calientito*. No se trata del error-horror, sino del constante recordatorio: no aceptarás esas palabras

porque no eres de aquí: no mostrarás misericordia por la ignorancia: no darás cabida al perdón. Si tú, tú, deberías haberte quedado en España, con Franco y todo. Con monjas y con falangistas. En prisión y desahuciada. Como le pasó a tu hermano, encerrado en la plaza de toros. Cinco años en la cárcel y a la salida impedido de trabajar en su profesión. Y tu cuñado, teniendo que ir periódicamente a la estación de policía y pidiendo permiso para trasladarse cuando viajaba de una ciudad a otra. ¿Eso es lo que querías? ¿No amabas la libertad? Entonces, ¿de qué te quejas?)

Aniella se contradice. No encontrará otro lugar para vivir. México deja su marca. El país-pulpo. Quien llega no sale. Pero no por amor. No. No. Por comodidad. Por facilidad. Por afán de ser diferente. Tú, ¿dónde vives? Yo, en México. Qué interesante. Ojalá yo viviera en México. Vives. Vives. ¿Vivo?

A lo mejor es interesante vivir en México. Tantos viajeros famosos así lo afirmaron. Escritores de paso. Pintores. Músicos. Embajadores. Filósofos. Pensadores. Ideólogos. El clima es paradisiaco. El paisaje, nunca visto. Todo es asequible. La ley del menor esfuerzo. Todos los europeos quisieran vivir en México: pero no viven. Eso ocurre solamente en las novelas de Valle- Inclán, de Graham Greene o de Malcolm Lowry. Piensa Aniella.

Aniella que sí vive, no sabe todavía si es una ventaja o una desventaja. Seguirá pensándolo.

Mientras tanto, afina y acaricia más la idea de su regalo. El día se acerca. El día ya está aquí. La familia se ha reunido alrededor de la tabla redonda. El juicio de damas y caballeros da comienzo. Entre platillo y platillo, todos elaborados a la perfección por Aniella, tortilla de patatas, alcachofas a la vinagreta, cocido a la madrileña y de postre, flan, la festejada abre cada regalo con circunspección. A todos les da las gracias. Y, a continuación, anuncia el regalo que ella se ha hecho:

—Queridos todos. Espero que os parezca bien. He decidido divorciarme de todos vosotros. No os aguanto. Quiero vivir mi vida a solas y para mí. Ni enseñanzas, ni preceptos (los diez

famosos), ni fidelidades. Muera la hipocresía. Viva la traición. Soy una absoluta descreída. Que os vaya bien a donde os mando. A la mierda. Que yo me voy a España. Si os he visto no me acuerdo.

Historia 7

—Pues vaya historia que me has contado.

—¿Qué quieres, historias sencillas?

—No. Historias diferentes.

—Bueno, pues ésas las tienes.

Las confidentes se levantan un rato y como se acerca la hora de cenar, van a la cocina a ver qué podrían prepararse. Cocinar, cocinar, no les gusta mucho. No son adictas a intercambiar recetas culinarias y, mucho menos, a confeccionarlas. Y menos aún, a intercalarlas entre sus historias. Lo mejor será pedir por teléfono a un restorán algo ya hecho. Mientras esperan a que llegue la comida pueden contarse otra historia.

La confidente en turno se decide por una historia de antiguas mujeres. Más bien, la muerte de una mujer y de su fiel perra, llamada Melibea. Es también una historia de entrecruzamientos o de afinidades con la historia de la santa Teresa de Jesús. Pero, en términos laicos. Ojo. Es también una invocación a la muerte o, mejor dicho, a la mujer muerta. A la que tutea.

Melibea ha muerto

(¿Cómo pudo decir el padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios que olías tan bien al morir, Teresa santa, y que tus pechos eran hermosos y turgentes?)

Si tardaste tanto en morir, querida madre mía. Si el cáncer te había invadido y ni un milímetro de tu piel se salvaba.

¿Tuviste razón en no decirle nada a tus hijos, a tus nietos? ¿En no querer alargar tu vida? ¿Estirar tu cuerpo elástico? ¿Tu alma que no habló?

Te dejaste morir por propia voluntad. Como Teresa santa. Y

como Teresa te llamabas. Sufriendo hasta el último momento. Tal vez gritando. Sí. Gritando. Grito de dolor en la noche que no quería alterar su silencio.

Gritabas.

Prolongado sonido gutural.

Que rompía el alma de quien te oía.

Desahuciada. Ni siquiera la morfina calmaba tu dolor.

Después de tu muerte. Poco después. Unos días. Murió Melibea, tu perra. Sola. En el último piso de tu casa abandonada. Encerrada en la azotea. Sin que nadie se acordara de ella. Sin comida. Sin agua. Sin ya poder ladrar. Enferma también, como tú, de quién sabe qué enfermedad.

Fui yo quien lo descubrió el día que vine a recoger tus libros y tus papeles. Me había sentado en el suelo y había esparcido tu herencia: cartas: fotos: escritos. No sabía qué hacer con ellos. No sabía si leerlos o si guardarlos. Si tirarlos. Pero no. Tirarlos no podía. Leerlos, no me atrevía. Temía descubrir algo que no me perteneciera. Aunque tú me habías contado toda tu vida. Hasta cosas que yo no hubiera querido saber. Luego, sentía curiosidad y quería llegar hasta el fondo: conocerlo todo: desdoblar los papeles: leer las cartas: los escritos. Algún día lo haría.

Iba ordenando los papeles y los libros en cajas que había traído: eso era más fácil de guardar casi sin ver. Las fotos era lo que me entretenía. Y de pronto me dije: ¿y por qué no? ¿Por qué no puedo pasarme toda la tarde aquí revisando foto por foto y recordando nombres y parentescos y las historias que acompañaban a cada una? Era mi herencia la que custodiaba. Teresa me había dejado a mí sus papeles. No a sus hijos. Ni a sus nietos. A mí.

Así que me tomé mi tiempo y me puse a revisar una por una cada fotografía. La historia de Teresa estaba en las fotografías. Desde la infancia hasta la vejez. De España a México. No importaba la que yo tomara entre las manos: sabía a qué se refería y cuándo había sucedido. Durante años, Teresa me había explicado pacientemente cada detalle retratado y yo todo lo había guardado en la memoria.

Aquí estaba Teresa a los cuatro años: disfrazada de ángel. A los cinco: disfrazada de marinero. A los seis: de holandés. A los siete en la playa de Santander, con traje de niño y contestando a quien se lo preguntaba que su nombre era Juan José. (Como el de su padre.) A los catorce, en traje de montar a caballo. Después, las fotos de la guerra civil. Las de la salida a Francia. Las de su marido. Las de los hijos que nacieron en el exilio. Las de los nietos en México. Sus fotos de niña. De mujer joven. De madurez. De vejez. Todas. Cada una las fui repasando y acomodando en la caja que iba a llevarme.

(¿Cómo pudieron decir que tu cuerpo desprendía un perfume que invadió las habitaciones y que duró varios días?) Teresa.

Si yo fui la primera en llegar cuando moriste y no me atrevía a oler por miedo a sentir la corrupción de la carne. Y cuando olí, porque ya no podía contener la respiración, no sentí nada. Nada. Ni buen olor. Ni mal olor. (¿Cómo entonces hablar de perfume?)

Tu vida había terminado. Sin que nadie se diera cuenta. Melibea a tu lado, lamiéndote las manos. Melibea, que no permitía que los camilleros se llevaran tu cadáver. Que hubo que encerrarla en la azotea.

Y vuelvo a ver las fotos. Los disfraces. La idea obsesiva que te acompañaba de que representabas papeles: de que actuabas la vida. De que tú no eras tú. Eras un ángel. Eras un marinero. O un holandés. Hasta en la guerra llegaste a pensar que eras un soldado. Y, sin embargo, no te movías de tu casa: en Madrid: con tu hijo el mayor recién nacido y las bombas cayendo en las casas vecinas, menos en la tuya, salvada por milagro. Tú te veías peleando en el frente: disparando: en las trincheras: defendiendo tu tierra: tu libertad. Sin moverte de tu casa. Dándole el pecho a tu hijo.

El mismo pecho que causó tu muerte.

Y la corrupción de la carne.

El cáncer invasor. El cangrejo que avanza torpemente.

Inmisericorde.

Te creías otra, otro, pero eras tú. Creo que lo que te pasaba es que querías ser otra, otro. Siendo muy tú. Me es difícil explicarlo.

Me contabas que, de niña, olvidabas tu nombre y que usabas

el de tu padre: Juan José. Y que como te vestías de niño, la gente te lo creía. Me contabas que te vestías de niño porque era más cómodo para subirse a los árboles, para montar a caballo.

También me contabas, a mí que te conocí vieja y enferma, lo bella que habías sido y cómo te llamaban la maja de Goya. Y veo, en este momento, esta foto tuya, recostada en un sofá, con la misma lánguida sensualidad de la maja. Todo era posible en ti.

Otras veces eras implacable: la decadencia de los tiempos había hecho presa en ti: y me lo hacías notar: cada arruga: cada pliegue de la piel: cada temblor: cada vacilación. Me parece que entonces eras igual de vana. Pero vana amenazante: vana bordando en la muerte.

Desde niña tenías un gesto de saber quién eras. Pero tú me decías que no sólo olvidabas tu nombre y no reconocías a nadie a tu alrededor, sino que dejabas de tener sensibilidad en tu cuerpo y que lo único que te hacía regresar a ti era clavarte las uñas en las palmas de las manos hasta sangrar. Que sólo así te reconocías. Yo soy yo, me decías que te decías. Habías olvidado a Teresa. (La otra Teresa, ya en el catafalco, con los cirios escurriendo y la gota que quemó su dedo y el súbito despertar de la muerte.)

No te reconocías y tu gesto era el de quien sabe muy bien quién es. ¿Qué te ocurría? ¿Cómo conocerte? Yo no llegué a hacerlo.

Parecías tan segura de ti. Habías destruido, con placer lento, las vidas de quienes te querían. Apartaste a tu marido. Desequilibraste a tus hijos. Acercabas y alejabas a tus nietos. Mientras por dentro te debatías. Buscabas y no encontrabas.

Lo mejor tuyo era cuando recordabas tu infancia. Para mí era tener vivo el pasado: conocer algo desconocido: la posibilidad de imaginar una vida tan lejana de la mía. El carnaval en las calles de Madrid. Tú, desde el coche de caballos, descubierto, viéndolo todo. Las carrozas engalanadas. Las vestimentas. Los disfraces. Las serpentinas arrojadas de coche a coche. Tanta risa. Tanta palabra seductora. El Paseo de la Castellana, el Parque del Buen Retiro. Y yo conociéndolo desde aquí, desde esta calle, desde este barrio, desde esta ciudad mexicana.

Yo soy como la otra Teresa, decías. Y yo no sé por qué lo decías. Ni siquiera creías en Dios. Hay que vivir en Ávila, continuabas. La alta muralla que se ve desde la carretera. (Esa foto tuya, delante del automóvil, con Ávila al fondo.) Pero vivías en México, ¿te das cuenta?

Ese ir y venir teresiano de una idea a la otra. Porque saltabas de pensamiento en pensamiento y perseguías una frase interna y se te volvía palabra cualquier cabo suelto. Teresa y Teresa. El idioma te fluía tan fácil como una parte de tu cuerpo. No lo agregado. Sino lo esencial. Teresa y Teresa. Por eso, tal vez, te deleitabas en los refranes. Y los apuntaste. Que acabo de encontrar hojas y hojas. Y no sólo hojas, sino un cuaderno lleno de refranes escritos con tu letra ancha, grande. Firme hasta el último momento. Tantos refranes. Qué hacer con ellos. Lanzarlos al aire y dejarlos caer poco a poco. Hasta que se acomoden en su lugar exacto. Preciso.

También me contabas de tu perra, Sita. Loba. Más loba que perra. Que te había regalado de cachorrita el pastor de la casa de Guadarrama. Que había crecido contigo. Que trotaba a tu lado cuando salías a recorrer la sierra. Que te avisó del incendio en la noche, cuando dormías, y alcanzaste a escapar de la casa en llamas. Que otra vez volvió a salvarte cuando oyó, antes que tú, la serpiente que se arrastraba entre los matorrales y con su ladrido la espantó. Que cuando llorabas sus ojos se entristecían y lamía tus lágrimas. Que cuando tu padre se disparó un tiro en la sien enderezó sus orejas, ladeó la cabeza, se precipitó hacia él y fue la primera en llegar.

Sita. Ahora Melibea. Tu compañera final. Tu círculo cerrado. Por lo menos tuviste el cariño de tus perras.

Abro el cuaderno de refranes. ¿Qué sentido tiene que lo abra? No voy a encontrar nada más de lo que sé. Solamente confirmaciones. ¿Para qué? Refranes. Poemas que copiabas. Frases que se te ocurrían. ¿Por qué la mano conduce a escribir y al afán de dejar por escrito? Sí: lo sé. Como tú lo sabías. Pareciéndote a Teresa. Que también dejó por escrito. Que lo escrito queda y el cuerpo se vuelve cenizas. La muerte llama. La muerte está aquí. A mi lado.

Hojeo el cuaderno de refranes:

Los que vienen y los que van.
Las aves que vuelan cerca de la mar.
Las nubes que pasan y no volverán.
La rubia cabeza del niño.
Los ojos de color de río.
El rítmico galopar del caballo por la sierra.
La canción de los contrabandistas.
La de los marineros.
La del viento en la puerta entrecerrada.

Refranes. Pero éstos no son refranes. ¿Qué serían refranes para ti? Para mí. Canciones más bien. Romances. ¿Cuáles eran los recuerdos que escogías? Anotaste:

> Yo me levantara un lunes,
> un lunes antes de albor:
> hallé mi puerta enramada
> de rosas y nuevo amor.
> Ni me la enramó Beyacos,
> ni hijo de labrador;
> me la enramara don Carlos,
> que de mí se enamoró.
> Después que me la enramara,
> por la mi puerta pasó;
> vihuelita de oro en mano,
> cantando iba esa canción;
> —Rosa blanca, Rosa blanca,
> Rosa blanca y nuevo amor,
> ¿quién te me diera esta noche
> dos horas a mi temor?

Amor. ¿Qué fue el amor para ti? Porque debiste amar aunque no me lo dijiste. Pero, ¿cuál era tu amor? La palabra. El silencio. El mar no. No amabas el mar. La montaña. Tal vez la montaña. La sierra de Guadarrama. Me hablabas mucho de la sierra de Guadarrama. ¿Cómo saberlo ahora? Todo quedó para después, y, después fue tarde.

Amor a Dios. Ese fue el de la primera Teresa. No el tuyo. Le

dijiste a tus hijos y a tus nietos que no existía Dios. No querías que tu cuerpo se corrompiera, a pesar del padre Jerónimo Gracián. Y pediste ser incinerada después de muerta. No había ninguna esperanza para ti. Era natural que así fuera. No te conmovías.

Y, sin embargo, yo te quería. Tal vez porque no era tu hija. Porque escuchaba tu historia y la guardaba en la memoria. Porque sabía que podría completarla el día que me dejaras tus papeles. Y esperaba. Tranquilamente.

Por eso yo fui la única que pudo estar a tu lado hasta la muerte. No me asomaba nada más, como ellos. Podía entrar y darte de beber y podía limpiarte y podía bañarte y podía arreglarte el pelo. Y leerte las noticias y cantarte, en voz muy queda, una canción.

El miedo era de ellos. Porque tú no lo sentías. Me pediste que la próxima dosis de morfina fuera la última, para acabar contigo. Y te hice caso. Porque lo que yo no soportaba era tu dolor y los gritos. Los gritos. Te escapabas en un grito. Un grito.

Aquí están tus papeles. Escribías y no tenías esperanza. Salvo la esperanza de escribir. ¿Para qué? ¿Alguien habría de heredarte?

Se me había olvidado Melibea. Aquí, sentada en el suelo. Con los papeles y las fotografías. Melibea. ¿Por qué no ladra?

Fue entonces cuando lo supe. Me he levantado de un salto y he corrido a la azotea. La puerta está cerrada. La puerta. ¿Cómo abrirla? Empujo con fuerza. No, no puedo. Con más fuerza. Cede poco a poco. Con más fuerza. Más fuerza. Sí. Ya hay una ranura. Podré meter la mano. Y empujo aún más. Arrastro el cuerpo. Arrastro el cuerpo con la puerta. Melibea ha muerto.

Historia 8

—De cada historia vamos haciendo una.

—Avanzamos como cuadros de una colcha de punto de crochet.

Eso dicen las confidentes, mientras se disponen a abrir las cajas de comida que les han enviado del restorán. Ponen el mantel en la mesa, colocan los platos, los cubiertos, las tazas para el té. El pollo empanizado les parece delicioso: la ensalada, en su punto de aliño: las frutas y el arroz con leche, inmejorables. Qué bueno es comer cuando otros han cocinado. Se toman un breve descanso mientras saborean la comida y beben a sorbos el té de jazmín.

Luego, recogen la mesa. Lavan los platos. Los dejan secarse en el escurridor y regresan, esta vez, a la cama.

—Ahora es mi turno de contarte una historia y ésta saldrá de las brumas del sueño.

—¿Entonces no sucedió?

—Sí sucedió: con más fuerza: dentro de la enmarcada realidad del dormir. Un sueño al azar.

—No sucedió.

—Sí sucedió.

—Veremos.

—Veremos.

Sueño al azar

En un pequeño pueblo hay una casona en las afueras. Se trata de un pequeño pueblo puritano. Hacia el anochecer, la visión es borrosa y el alumbrado no llega a la antigua casona. Luce tétrica y tácita. Propia para malentendidos. O malevolencias. O perversidades.

En ella habita una mujer maravillosa: alta, delgada, de largo

y rizado pelo negro. Le dicen la Malmaridada. Aunque no se sabe porqué. Porque nunca tuvo marido, ni bueno ni malo. Tuvo a Mambrú, pero Mambrú se fue a la guerra civil española y nunca más volvió. Visitantes sí tiene. Visitantes nocturnos. Cada noche viene un marinero a pasarla con ella. O así dicen en el pueblo. Lo cual es extraño porque en los alrededores ninguno de los caminos ni encrucijadas conducen a puerto alguno. Pero los hablares son los hablares. Y a eso hay que atenerse.

De día, la casona se ve muy bien. Tiene mucha luz, es amplia y toda pintada de blanco. Los cristales de las ventanas relucen y están emplomados con pequeñas figuras geométricas, casi todas rombos, por lo que parecen diamantes. La antecede un espléndido jardín que, a veces, se convierte en patio de baldosas andaluzas. Algo que no cambia y que siempre permanece en su sitio es un majestuoso laurel, en el centro. Al fondo hay una casita adicional, con techo de dos aguas y tejas de color rojo, que a veces es gris, sobre todo cuando llueve. Ahí vive el mayordomo, que se pasa el día puliendo la vajilla de plata, dándole betún a los zapatos y frotando suavemente con franela todo tipo de objetos, identificables e inidentificables. Sus dos rasgos de carácter más acentuados son: la calvicie y la fidelidad. Su especialidad: preparar el té con pastas a las cinco de la tarde. Es alguien con quien siempre se puede contar.

En el pueblo creen que la Malmaridada vive sola, pero también esto son rumores. Vive acompañada de otra hermosísima mujer: alta y delgada, de largo y lacio pelo rubio. Se llama la Beladona. Las dos son casi iguales: dos versiones de un mismo molde: en positivo y en negativo. Sus cuerpos son muy parecidos y sus piernas musculosas, como de bailarinas. Gustan de saltar a la comba y se divierten mucho, trasformando el jardín en patio, el patio en jardín, según los saltos.

Cuando en el pueblo descubren que no es una la habitante de la antigua casona, sino dos, ya no tienen dudas: se trata de dos brujas o de dos mujeres enamoradas entre sí. Lo de los marineros se les ha olvidado. Además no los han vuelto a ver pasar. Y, por si fuera poco, descubren otra cosa. En la antigua casona habitan también dos gatas: una negra y otra blanca, semejantes a sus amas, que retozan y juegan y apenas duermen.

Gran pecado.

En el pequeño pueblo puritano hay un banco. A falta de cine, teatro o campo deportivo. Todo el mundo goza haciendo cheques, ahorrando dinero, efectuando depósitos y retiros, llenando papeletas y poniéndose en cola durante horas. Lo que resulta excitante. Gran pecado. Hasta que ocurre el temido castigo. El banco quiebra. Sí. Quiebra: sin más ni más. Gritos de dolor y de espanto. Pero, ¿dónde está el dinero?, ¿cómo ha podido desaparecer?, ¿acaso por arte de magia? El banquero no sabe ni entiende nada. Todo es confusión y casi lo matan. En eso, se le ocurre una idea: sortear el dinero que queda: y al que le toque, le tocó.

¿Y a quiénes había de tocarle el dinero sino a la Malmaridada y a la Beladona? Por algo se dijo que por arte de magia.

Ellas están en su antigua casona y no se han enterado del alboroto que ocurre. El mayordomo pule y pule la vajilla, y mira el reloj por si es la hora del té. Las gatas se afilan las uñas en el laurel y trepan por las ramas. La Malmaridada toca el piano y la Beladona canta.

Cuando vienen a avisarles del banco para que pasen a recoger el dinero que les ha tocado, no saben de qué se trata. Así que dejan de tocar y de cantar, y caminan hacia el pueblo. Sienten sobre ellas miradas esquivas y envidiosas y hasta oyen alguna que otra palabra malsonante.

En el banco se enteran de lo que ha pasado y de la buena suerte que han tenido: la gente del pueblo ha perdido su dinero y ellas, en cambio, son inmensamente ricas.

De regreso a la antigua casona van pensando qué hacer con tanto dinero y no se les ocurre nada. Según se acercan, oyen extraños murmullos y palabras ininteligibles, como fórmulas de encantamiento. En el último recodo del camino, se dan cuenta de lo que pasa. La gente del pequeño pueblo puritano ha invadido el jardín-patio y la antigua casona y hasta la casita del fondo.

«¡Brujas. Brujas!», gritan. «¡Brujas la Malmaridada y la Beladona!» «¡Brujo el mayordomo!» «¡Brujas las gatas!»

El mayordomo no ha podido proteger el lugar: su vajilla ha

quedado sin pulir y sus franelas han sido desgarradas. Yace golpeado en el suelo. La gente se ha abalanzado sobre las gatas blanca y negra y las torturan: han empalado una dentro de la otra y las llenan de improperios: ellas ayudaron a las brujas a obtener el dinero.

La Malmaridada y la Beladona se apresuran a entrar en la casona: logran salvar a las gatas malheridas y obligan a la gente a irse.

Esa noche es verdad que pasa un marinero. Se queda en la casona para consolar a la Malmaridada y a la Beladona. El mayordomo, vendado y con pasos vacilantes prepara algo de cenar. Todos tienen mucha hambre. Comen pan y queso. Beben vino tinto y se retiran temprano a sus habitaciones. El mayordomo recoge las piezas rotas y se dispone a coser las franelas desgarradas. La Malmaridada acaricia a las gatas y limpia sus heridas con paños remojados en agua de tila. La Beladona y el marinero se acuestan a descansar.

Todos duermen tranquilos. El peligro ha pasado. Mañana tendrán qué hacer. Es bueno tener qué hacer. Es bueno que ocurra un trastorno. Un trastorno y un golpe de suerte. Porque eso de que les haya tocado a la Malmaridada y a la Beladona una fortuna es algo en qué pensar. Que hayan sido atacadas por los puritanos pobladores es también algo en qué pensar. Esto último se resuelve mejor. Tendrán que tomar precauciones de ahora en adelante. Prever alguna fórmula para cuando vayan a salir. Proteger al mayordomo y a las gatas. Hacerlos saltar y cambiar de lugar y que el patio y el jardín se intercambien de manera continua. Crear la confusión: que los vidrios emplomados se vuelvan de aumento y reflejen pequeñas arañas e insectos magnificados y temibles. Muchas, muchas cosas se pueden inventar.

Ahora, lo de la fortuna en buena suerte habida, eso sí crea problemas. Si la Malmaridada y la Beladona tienen de todo. ¿Qué hacer entonces con el dinero excedente? Pero, vayamos por partes. A la mañana siguiente hablan el mayordomo, el marinero, la Malmaridada y la Beladona, mientras las gatas, Alfa y Omega, ronronean y se relamen los bigotes alrededor de un plato hondo de leche. Sí, vayamos por partes.

Habla el mayordomo: ese dinero alcanzaría para otra vajilla de plata y para muchas franelas y frascos de pulimento: ¡qué felicidad!

Habla el marinero: ese dinero alcanzaría para un velero y muchos días en altamar.

Habla la Malmaridada: con ese dinero podría tener un buen marido.

Habla la Beladona: con ese dinero viajaría a cantar y a bailar en las ciudades más famosas del mundo.

Maúllan Alfa y Omega: marramiaumiaumiau.

Dicen todos: pero, ¿qué haremos en este pueblo de puritanos empedernidos?

Repiten: sí: ¿qué haremos?

Silencio. Carecen de respuesta.

El dinero es el poder: no nos harán nada, piensan los habitantes de la casona. ¿Nada?

La Malmaridada y la Beladona vuelven a las andadas: cantan y bailan. El mayordomo también vuelve a las andadas y les prepara cada tarde a las cinco, el té y las pastas. Las gatas se la pasan entre las piernas de los habitantes de la casona. El marinero está a punto de marcharse, a pesar de que no hay un puerto en la vecindad. Los pobladores siguen con sus habladurías. El banco ha entregado el dinero sobrante a las dueñas de la antigua casona.

A la Malmaridada se le ocurre: ¿y si regreso el dinero al banco y que todo siga como antes?

Al mayordomo y al marinero les parece bien. El dinero no cuenta en sus profesiones.

A la Beladona le parece un error.

Alfa y Omega no opinan.

Siguen días de discusión. No salen de la casa. No saben cuál será la reacción del pequeño pueblo puritano. ¿Les tirarán piedras?

Deciden olvidar un poco y distraerse. El marinero, la Malmaridada y la Beladona se van a la cama y realizan operaciones y cálculos eróticos. El mayordomo empieza a pulir la vajilla, pieza por pieza. Las gatas se afilan las temibles uñas en el laurel inmutable. El laurel seguramente siente cosquillas.

La gente del pueblo empieza a desesperarse: ¿qué van a hacer sin dinero? El odio contra los moradores de la antigua casona va en aumento. Los banqueros tendrán que cerrar el banco.

En las noches todos sueñan. Sueños al azar. Los puritanos abrazan a las brujas. Algunas puritanas invitan al mayordomo a pulir sus vajillas y otras, al marinero, a compartir sus lechos. Las gatas aparecen, bajo la luz de la luna, correteando por todas partes, entre alfa y omega.

La Malmaridada, la Beladona, el mayordomo, el marinero, las gatas no necesitan soñar: forman parte de los sueños de los demás y así se divierten.

Todos viven un intermedio: las cosas no pueden seguir de este modo. La Malmaridada toma una decisión. La Beladona no sabe cuál es. El mayordomo permanece indiferente. El marinero empieza a aburrirse.

En la noche del sábado, los cuatro beben pócimas y se untan los cuerpos con aceites maravillosos para salir a volar un rato. Se dirigen al claro del bosque por si llegaran sátiros, faunos, ninfas, nereidas y otros seres simpáticos. Todos los que llegan se ponen a bailar al compás de la música de Debussy. Nijinsky encabeza la ronda y anima a los asistentes a ejecutar saltos tan elevados que cuesta trabajo regresar a la tierra. Las gatas Alfa y Omega han reunido a otros felinos y organizan su propio concierto.

El domingo no se oye ni un suspiro en la casona. Todos duermen el sueño de los justos. La que se despierta primero es la Malmaridada, de leve dormitar, con las dos gatas adaptadas a la forma de su cuerpo compartiendo entre las tres suave calor. Luego, el mayordomo, que ya echa de menos las franelas y el movimiento de frotar y pulir. Además, debe preparar un exquisito desayuno, propio para el despertar de un aquelarre. Bate la masa para una tarta de fresas. Fresas que tuvo la precaución de recoger en el bosque mientras los demás bailaban y retozaban. Pone a hervir el agua fresca de la fuente para la ceremonia del té. Que el té es lo que mejor cae después de tan exhausta noche.

La Malmaridada es la primera en bañarse y en enjabonar perfectamente su cuerpo para que desaparezcan las espesas capas aceitosas y los ungüentos y los perfumes. ¡Qué agradable un cuerpo limpio!

Los puritanos van puntualmente a la iglesia. Las familias caminan en fila. Entran. Cada una ocupa su lugar y reza fervorosamente. Quisieran resolver los problemas del mundo.

La Malmaridada sigue pensando en la decisión que va a tomar. Lo malo es que no sabe qué decisión tomar. La Beladona ni siquiera lo sospecha. Menos aún los demás. Por lo que mejor toman todos el té tan delicioso que ha preparado el mayordomo. Esta es una decisión tomada.

Llega el momento de las separaciones. ¿Por qué? Porque es una regla infalible. La Beladona ha decidido irse con el marinero. ¡Qué bien! Así, la Malmaridada dispone del dinero y se lo entrega a ellos. Esos papelitos con cifras y letras y caras de personajes o algún que otro paisaje, no le dicen nada. Sabe que, para los demás, es importante. Ella no lo necesita: tiene su pequeña fábrica alquímica que le suple de lo que pueda desear. Puede emplearla en darle cierta alegría a los pesarosos puritanos del pueblo para que dejen de dar lata, ya no le tiren piedras y los pobres banqueros tengan qué especular. Sí. Esa es su decisión.

Para el puntual y calvo mayordomo, especialista en fieles galletas y pasteles, además de deliciosos y siempre inigualables tés, le regalará otra vajilla de plata, muchas franelas y gran cantidad de pulimento para que se pase las tardes sentado a la puerta de su casita, ocupado en su quehacer favorito.

Alfa y Omega serán felices, como siempre lo han sido, afilando sus elegantes uñas en el rugoso tronco del viejo laurel.

En cuanto a ella misma, la Malmaridada, no esperará marido (se sabe que Mambrú no viene ya), aunque sí a la Beladona que, tarde o temprano, se cansará de los viajes del marinero y de las camas balanceadas de los barcos. Regresará como si nada, y volverán a sus cantos y a sus bailes. Los habitantes del pueblo recomenzarán sus habladurías y nadie aprenderá la lección.

El mayordomo, siempre fiel, será el más experto y veloz pulidor de piezas de plata de la región.

—Pues si estamos en el terreno de la brujería, ahora es mi turno de contarte mi historia. Autobiográfica o no, pero es mi historia. Una historia de adivinaciones.

Esto se lo dice una confidente a la otra, en la cama y con los pijamas ya puestos.

Soy bruja

De alguno de mis antepasados debí heredar la capacidad de predicción, de vista interna, de conversión y reconversión. Tal vez de Miguel de Cervantes. Porque cuando leí su pequeña novela de Cipión y Berganza, me sentí en terreno conocido. Eso de emplear ungüentos, pócimas, brebajes, bálsamos me era muy familar. Pero, pensándolo bien, ¿por qué Cervantes habría de ser antepasado mío? Pues nada menos que a causa de mi nombre, que es Cervantina.

Es extraño lo que me sucede. Estas ideas son mías únicamente. Nadie en casa empleaba ese lenguaje brujeril. Aunque, claro, alguien tiene que ser la primera. Alguien tiene que salir con la lanza en ristre. No sólo no se mencionaba ese lenguaje, sino que nadie creía en brujerías, ensalmos, rezos, conjuros ni encantamientos. Pero más extraño aún: yo tampoco lo creo. Sin embargo, así me salieron las cosas. Para ser bruja hay que ser descreída. ¿Cómo sería posible creer en esas cosas? ¿En semejantes invenciones y patrañas? Mientras más descabellado el asunto, más creíble. Mientras más estrambótico, más aceptado. Yo mantengo el tenue hilo de las fronteras que se tocan sin saber dónde empieza o termina una y otra. Así que, para decirlo de una buena vez, soy una bruja increíble.

Increíble, incrédula e increyente.

Cuando empezó la guerra, esa famosa guerra civil, empezaron mis predicciones. Esta guerra la perdemos. Cállate, Cervantina, que pareces ave de mal agüero. Que sí, que la perdemos. Que no, Cervantina. ¿No oyes caer las bombas en Madrid? Sí, pero Madrid resistirá, Cervantina querida, y no pasarán. ¿No? Sí pasarán, aunque les tome tres años.

Y, justo, eso les tomó. No es que yo lo quisiera. Ni lo deseara. Ni lo promoviera. Ni lo influyera. En absoluto. Pero así sucedió.

Lo de la batalla del Ebro, eso también lo predije. Nada, que lo que hay que construir es pontones. ¿Pontones, Cervantina? Sí, sí, pontones. Ya verás como alguien lo hace. Y dicho y hecho. La palabra *pontones* fue un efecto de las artes de hechicería. Yo nunca había usado semejante palabra para nada en mi vida: ¿por qué se me puso en la mente y salió por mi boca en el preciso momento de comenzar la batalla?

Y tantas, tantas otras cosas. Yo supe de los campos de concentración en Argelès-sur-Mer, en Barcarès, en Saint-Cyprien, antes que los franceses: los hombres apretujados en las barracas: la comida escasa, poco pan, arroz, lentejas: las ratas, las pulgas, los piojos: las enfermedades, los vómitos, la sangre, el frío, la inmovilidad: la muerte: y, por encima, la esperanza: todo debe llegar a un término. Sí. Pero cuándo.

Yo supe que, después de nuestra guerra, vendría la otra gran guerra. La de incontables millones de muertos. La final. La apocalíptica. La sin retorno. La inconcebible. La incalificable. Que era la que más se relacionaba con mis dotes casándricas.

También supe, antes que nadie, del largo viaje por mar. ¿Qué largo viaje por mar, Cervantina, de qué hablas? Hablo del sueño que tuve. Porque primero fue un sueño. Había una vez un puerto, un día gris, lluvioso. Había una vez olas que batían contra los muros. Había una vez gritos de marineros. Gaviotas alejadas, bajo cobijo. Había una vez gente amontonada, con unos cuantos bultos o maletas desastradas, amarradas con cordeles. Había una vez palabras sueltas sin frases en las que encajar. (Por lo que había que adivinar qué era lo que se estaba

diciendo, cosa que yo sabía.) Había una vez alguna exclamación de espanto o de dolor. (¿Qué irá a suceder después?) Había una vez familias semicompletas, con falta de un padre o de un hijo: muertos: desaparecidos: perdidos. (¿Dónde está Antoñito? ¡Antoñito! Tú lo estabas cuidando. ¿Dónde está? ¡Antoñito! ¡Antoñito!)

Pero yo sabía lo que ha pasado con Antoñito. Antoñito, de cuatro años, se habrá ido tras de algo que se mueve diferente, tal vez un perro en busca de sobras o una veloz rata despistada. Antoñito, aburrido de que lo hubieran dejado sentado sobre una maleta tantas horas y sin que pasara nada. Se han olvidado de él y se ha lanzado a la aventura. Ahora los adultos gritan. Que griten. Él los dejará gritar. Desde donde se ha escondido los observa. Carece de miedo: a él no le está pasando nada y es tan divertido ver a papá y a mamá y a Lucía y a Amalia y a la tía Agus, a todos, buscándolo y gritando su nombre. ¡Antoñito! ¡Antoñito! ¿No habéis visto a Antoñito?

Años después, en el exilio mexicano, reconocí a Antoñito y él me contó cómo se perdió en el puerto de La Pallice. Yo le dije que ya lo sabía. Pero, cómo, Cervantina. Es que soy bruja.

El largo viaje por mar no me inmutó: predecía lo que iba a ocurrir en cada momento. Antes de que el capitán diera la orden de «A cubierta», yo había puesto esas palabras en su boca. Una mañana, antes de que Pedro Garfias bajara de su litera y le recitara a los compañeros de camarote su poema *Entre España y México*, yo ya lo había elaborado durante la noche. Lo que me pasó fue que tenía algunas dudas sobre la métrica y esperé a que él las resolviera.

Podía predecir no sólo lo que pasaba a bordo del barco en el que iba, sino todo lo que sucedía en alta mar. Simultáneamente o en distintos momentos. Sobre las aguas o bajo ellas. Como cuando profeticé que otro barco, el *Oropesa*, habría de ser hundido por un submarino nazi. Sí. Yo lo profeticé. Pero, cómo es posible, Cervantina. Así nada más: esas cosas no tienen explicación. Lo que te aseguro es que después, cuando mis amigos me han contado sus historias, siempre que se refieran al

exilio, yo ya las sé y les arrebato la palabra para terminar de contarlas. A veces, hasta las sé mejor que ellos y recuerdo lo que ellos han olvidado. Es decir, que también profetizas hacia el pasado. Ah, sí. Hacia el pasado de los demás y ahí donde yo no estuve.

Cómo me ocurre esto, no lo sé. Tal vez no soy una bruja, sino una musa o una diosa. Por eso de la omnisciencia y la ubicuidad. Lo que me falla es la omnipotencia. Con eso sería perfecta: acabaría con los males de este mundo. De nada me sirve saber lo que sé si no puedo evitar lo que debería evitarse. Sólo en el caso de acciones positivas me quedo tranquila. Claro que, a Dios suele ocurrirle lo mismo: cuando debería intervenir, no interviene y cuando no debería intervenir, interviene. Tal vez, seamos parecidos.

Otro hecho que me predije a mí fue el nacimiento de mi hija. El cómo o por quién fue concebida no tiene importancia. Un milagro más de la naturaleza. Seguramente intervino algún santo espermatozoide, de esos espirituales, que suelen tomar forma de alba paloma o de discreto arcángel. El caso es que mi hija, de escasos dos años, iba conmigo a todas partes a bordo del barco. No me dejaba en paz. Ni a sol ni a sombra. Siempre tras de mí: dando sus pasitos cortos y precipitados: observándome. Y, en seguida me lo imaginé. Ella también tenía mis dones. Así que, o nos aliábamos o entrábamos en competencia.

Nuestro primer choque fue por una muñeca. El famoso episodio de la muñeca levantó mis sospechas. No es normal que una niñita de dos años, salida de una guerra, desdeñe una muñeca. Una preciosa muñeca: de tersura de porcelana: de cuerpo de aserrín: que giraba la cabeza y articulaba los codos: con un traje de seda azul y un sombrero de encaje: que le había sido regalada por una hermosa dama caritativa antes de embarcarnos. Mi querida hija no sólo desdeñó la muñeca sino que la eliminó para siempre. Sin el menor remordimiento. Algo así como un crimen perfecto. Lo planeó y lo llevó a cabo con absoluta frialdad. Premeditación. Ventaja. Y.

Mi hija empezaba temprano a superarme. A esa edad era

capaz de adivinar mi pensamiento, de enfrentarse a mí y de poner en práctica su voluntad. Simple y sencillamente me ganó la primera batalla.

Fue así como pasó. Nuestras pertenencias eran mínimas. En una pequeña maleta cabía lo poco que poseíamos. A último momento apareció en el muelle una hermosa dama caritativa que quería ayudar a los pobres exiliados. Entre las cosas que traía estaba la preciosa muñeca que, gracias a mis artes brujeriles, le regaló a mi hija. Desde el principio fue a mí a quien le encantó. Era una muñeca gordita, de mejillas sonrosadas y ojos azul pálido, casi gris, que hacían juego con el vestido. Una belleza. Las pestañas largas, las cejas apenas delineadas y la boquita con un rojo mohín. Maravillosa. Era la imagen perfecta de como debería lucir mi hija si no viniera de pasar una guerra. Cuídala, le dije, no hay otra como ella. Apenas lo dije, comprendí el error que había cometido y lo que ella iba a hacer. ¡No, no la tires al mar!, aún intenté gritar para detener su acción, pero la muñeca ya volaba sobre la borda y poco después se escuchaba el leve chasquido contra las olas. Imposible salvarla: «¡Muñeca al agua!», no hubiera movido a ningún marinero a lanzarse a su rescate.

Monté en cólera y nunca se lo perdoné. Es más, siempre se lo estoy recordando. Esas cosas no se le hacen a una madre. Menos a una madre-bruja.

Lo que más me preocupaba era el juego de velocidades que habíamos establecido y cómo la suya era mayor que la mía. Tendría que contrarrestar esto de alguna forma. Que no se diera cuenta de sus poderes. Mejor aún, que no descubriera que los poseía.

Si no los hubiera tenido, yo se los habría ido desarrollando poco a poco, pues una hija de bruja debe ser su digna heredera. Pero que, de buenas a primeras, fuera dotada en tan alto grado no era aceptable de ningún modo. Me sobrepasaría y me dominaría.

Decidí acortar el viaje por mar, pues el elemento del agua le era favorable a mi hija y no quería que sucesos como el primero siguieran mutiplicándose.

Sin pensarlo más, ya estábamos frente a las costas

veracruzanas, donde una muchedumbre nos aguardaba. Representantes del pueblo, de los trabajadores, de los sindicatos, en una palabra, del amado proletariado, nos mostraban banderas y carteles con lemas de apoyo. Hasta las lesbianas o tortilleras recibían con gusto a los pobrecitos refugiados españoles. Nuestra situación no podría ser mejor. Verdaderamente envidiable.

En la ciudad de México yo sabía que nos esperaba otra bienvenida. Se trataba de la estatua de un trabajador (que más parecía estalinista que indigenista), con la mano en la frente sudorosa, como diciendo: «¿Qué, todavía más gachupines?».

Pues bien, heme aquí instalada, yo, Cervantina, de profesión bruja, con mi pequeña hija, aprendiz de ídem. Nuestro piso da al monumento a la Revolución: enorme mole gris sin ninguna gracia: que debo confesar que me asustaba (y no digamos a mi hija, que se negaba a pasar bajo sus arcos). Creo que estas primeras visiones de la ciudad resultaban deprimentes. Nada se parecía a lo que habíamos dejado atrás. Nada despertaba la nostalgia y, por eso mismo, la nostalgia se volvía más nostálgica.

Si hubiera encontrado algún parecido, algún recoveco, algún gesto o trazo, me hubiera conformado. Sólo me quedaba reunirme con mis compatriotas y llorar entre nosotros. Nos sentíamos desolados: en tierra tan diferente a la nuestra. Mis compatriotas no entendían, pensaban que estábamos de paso, que en cuanto acabara la guerra mundial Franco sería derrotado y regresaríamos a España. Ja. Ja. Sólo yo sabía la verdad y no podía decirla. Mi dolor era mayor porque carecía de esperanza. A veces, me engañaba y fingía creer en el regreso, sobre todo cuando estaba entre los optimistas. Pero a solas, o con mi pequeña hija, repetía: es inútil: no regresaremos.

Me dediqué a hacer lo único que sirve para un público no embrujado: deliciosos pastelillos con ralladura de chocolate. Mi hija, que ya había crecido, me ayudaba a hacer la masa y a probar para darme el punto exacto de sabor. Siempre fue muy buena catadora. Empecé a vender los pastelillos entre los vecinos del edificio. Poco a poco me pedían más. De mi edificio

fui pasando a otros de la misma calle. Amplié mi producción y mis ventas. Tomé una ayudante y dupliqué mis entradas. Según mis predicciones éste sería un negocio estable e infalible: la gula no tiene límite.

Mi hija y yo tomamos la decisión de comer sólo pasteles. Después de todo, qué mejor y única comida que ésa. Variábamos la receta original y ante nuestro gran perol, removíamos y mezclábamos nueces, harina, azúcar, canela, clavo, huevos, leche, cacao. Ummm, riquísimo. Comer pasta cruda es un gran deleite. No existe alimento que se le iguale.

Al paso de los años y al dejar de ocurrirnos nuevas aventuras bélicas o exiliantes, mis dotes adivinatorias empezaron a anquilosarse. ¿Qué más podría predecir? ¿Acaso tenían sentido las predicciones? ¿Sirvieron alguna vez? ¿Quién le hizo caso a los profetas, a los oráculos, a los mesías, a los magos, a los hechiceros? NADIE. Porque si le hubieran hecho caso no estaríamos como estamos. No habría sucedido nada: el tiempo se hubiera detenido: la historia se hubiera paralizado: el hombre no hubiera movido un dedo, porque mover un dedo (el maldito pulgar opositor) trae consecuencias catastróficas y el principio de la destrucción.

Mis dotes empezaban a carecer de sentido. Pero, para resumir y antes de retirarme, lancé mis últimas predicciones:

—el tiempo correrá
—nuestros hijos crecerán
—y tendrán, a su vez, otros hijos
—la melancolía nos invadirá
—Franco no morirá
—el regreso no ocurrirá
—empezaremos a morir, uno tras otro
—Franco sí morirá
—nos harán homenajes
—en México y en España
—la gente se aburrirá
—medio siglo, tres cuartos de siglo, un siglo de exilio
—el exilio: ¿qué exilio?

—ah, sí, el exilio
—había una vez un exilio
—érase que se era un exilio
—en los tiempos de Mari Castaña hubo un exilio
—se derramarán lágrimas de cocodrilo
—¿quieres que te lo cuente otra vez?
—basta.

Después de esta historia, las confidentes quedaron anonadas. Para aligerar un poco la situación, la del turno escogió una historia de equívocos que se resuelve en una acogedora biblioteca dentro de un parque. He aquí lo que relató, que podría llevar por título:

Sibila y los gemelos

Debió haber cegado sus ojos y sellado su lengua.

Pero no. Pecó. Vio. Habló.

Nadie se había dado cuenta. ¿Por qué tuvo que llamar a la discordia y destruir y confundir? ¿Por qué señaló con el índice amenazador: no una vez, ni dos, sino tres y cuatro? Si hubiera quedado callada. Si no hubiera atado cabos. Si no hubiera querido ser la sibila. Porque fue la sibila y su nombre fue Sibila.

Se dedicó a observarlos: cuando llegaban a la biblioteca del parque: en el otoño: a la caída de las hojas. Cuando llegaban de dos en dos: no el mismo día: sí vestidos igual: sí buscando los mismos libros. Aunque, los que aparecían juntos no llevaban el mismo vestido ni pedían el mismo libro: la pareja se hacía desigualmente. De cada par, uno encontraba su semejante en el otro par. Pero nadie lo notaba. Sólo Sibila.

Sibila los observaba: los reconocía: los adivinaba. Se deleitaba con ellos: en silencio. Ya es una suerte, para una bibliotecaria, que llegue un par de gemelos a pedirle libros: uno con ojos azules y otro con ojos verdes y que la miren con esa mirada extendida al horizonte, sin paisaje por delante, de los niños de ocho años. Pero que llegue otro par de gemelos, uno

con ojos azules y otro con ojos verdes, con la misma mirada extendida y los mismos ocho años, es una suerte sólo reservada para quien pertenece a los dioses: la sibila. Sibila. Entre los libros, emparedada. Entre los libros, viviente. Que lee y lee: entre miradas fugaces a los otros lectores sentados ante el ventanal y con las hojas de los árboles rozando los cristales. No hay mejor profesión, piensa Sibila, que ésta de poseer una biblioteca: una biblioteca en el parque: de juegos de sombras por el tragaluz: de sonido de páginas que dan vuelta, unas primero, otras después, a veces al unísono. Sibila ama a sus lectores: los que hacen posible el silencio y el recogimiento y la sorpresa. También la predicción.

La suya es una biblioteca modelo: en medio de un parque: diríamos, casi de un bosque. Que en verano tamiza la luz del sol y en invierno deja ver las for- mas del blanco caprichoso de la nieve sobre otras formas olvidadas. Es una biblioteca soñada: que hasta cuenta con una chimenea (no faltaba más). ¿Quién que es puede vivir sin una chimenea?

Las paredes de la sala de lectura son de cristal. El piso y los muebles, de madera clara. El techo es de dos aguas. En lugar de sillas, sillones. Y hasta varias mecedoras, para quien gusta de mecerse al leer. Los libros no están a la vista: han sido colocados en el subsuelo, cómodamente y a temperatura constante. Cuando son pedidos, suben y bajan por un pequeño elevador.

En medio del parque o del bosque son varios los accesos para llegar: siempre entre arbustos de moras y rosadelfas bien podados. Desde la biblioteca, el camino parece estrecharse a la lejanía. Sibila levanta la vista del libro que está leyendo y pierde la mirada en donde apenas distingue sombras. Entonces recuerda el exacto descubrimiento que hizo de niña en la clase de dibujo: aprender las leyes de la perspectiva al pintar las vías del tren: al principio anchas y al final estrechas: porque así es como vemos: ¿qué es lo que vemos?: ¿ese camino a la biblioteca entre arbustos de moras y rosadelfas bien podados?: ¿al principio ancho, al final estrecho? Como la perspectiva sigue cumpliéndose y además le ha permitido a Sibila un recuerdo de salón de clases de infancia, pleno de sol, con un bloc de grandes hojas blancas de dibujo y ella descubriendo leyes físicas, siente

el regocijo de la época de oro recuperada.

Entonces: si podía sentir ese regocijo, ¿por qué cometió el delito que cometió? Si su vista hubiera seguido para siempre detenida en el camino a la biblioteca y no la hubiera bajado hacia el libro y olvidádose de la edad de oro recuperada, no habría ocurrido lo que ocurrió. Pero el destino aguarda y ella debería cumplirlo. Tratábase de Sibila. Por lo tanto olvidó lo que debería olvidar. Y, en cambio, trajo a su memoria la imagen de los dos pares de gemelos desiguales. Que, si hubiera vuelto a levantar la vista, hubiera vislumbrado: chiquitos, a lo lejos (de nuevo, la ley de la perspectiva), y más grandes, a lo cerca: a uno de los pares dispares.

En efecto, se acercaban Wolfgang y Juan: puntualmente: a entregar los libros de la semana pasada y a recoger los nuevos para la siguiente. Ya dentro de la biblioteca buscaron sus próximas lecturas: Wolfgang, los libros de Enid Blyton: Juan, los de Monteiro Lobato. Una vez que los libros subieron por el pequeño elevador y les fueron entregados, cada uno fue a sentarse para hojear los libros y decidir cuáles se llevarían: Wolfgang frente al ventanal: Juan ante la chimenea.

Sibila los obervaba, pero como estaba leyendo una novela de Iris Murdoch, no quería distraerse con otras faenas. Por lo que, después de un largo rato, cuando levantó la vista, los niños caminaban, empequeñeciéndose, al final del sendero de moras y rosadelfas. Bien, otra vez será, pensaba, y se enfrascaba de nuevo en la lectura de *El buen aprendiz*.

Cuando llegaba la hora de cerrar la biblioteca, Sibila tocaba una campanita de plata. Los lectores se preparaban para abandonar los libros. Marchaban en orden y los iban dejando en su lugar o bien entregaban la ficha a cambio de la cual podían llevarse los libros a sus casas. Era un apacible despedirse y un suave rumor de pies, de correr de sillas, de puerta que se abre, de leve viento que entra.

Ya sola, Sibila apagaba las luces principales y únicamente dejaba la de la entrada, para que alumbrara en la noche y sirviera de guía a algún nocturno paseante en el parque. Luego, subía la estrecha escalera de caracol que conducía a sus habitaciones. Le gustaba tanto vivir en esta especie de

buhardilla, que era como un sueño de infancia. Las anchas vigas en el techo inclinado. La ventana asimétrica. La chimenea deseada. Todo a mano y amable. La pequeña cocina. El baño con una amplia tina antigua de patas terminadas en garra. Y su gran cama con una colcha de parches bordados. Y los visillos. Y los tapetes de lana anudados a mano. Qué alegría vivir en una biblioteca y dormir en la buhardilla.

Ahí, en su buhardilla, era donde tramaba y destramaba las vidas de los lectores. Tenía un cuaderno donde anotaba los nombres y los datos que podía entresacar, al oír o al preguntar, para luego hacer con ellos las predicciones y conformar sus destinos. Hacía y deshacía vidas tranquilamente: sin remordimiento alguno. Dejaba que la luz de la luna iluminara las paginillas de su cuaderno y con tinta negra trazaba símbolos y diagramas. Lo que le preocupaba ahora era los dos pares de gemelos. Tenía que urdir perfectamente los datos que no concordaban. Aún le faltaba mucho para tener la madeja enrollada, de la cual poder ir tirando de los hilos que produjeran el estallido de las pasiones, que ella buscaba deliberadamente. Si no creaba un desenlace brusco la predicción no valía la pena. Si el mensaje era ambiguo y la interpretación maleable, podía atribuírsele a error del lector y ella quedaba a salvo. Es más, Sibila ofrecía la elección: no era su culpa que escogieran la equivocada.

Al día siguiente, Sibila sabía que por el camino de moras y rosadelfas vendría el otro par de gemelos. Los esperaba. Pacientemente. Mientras: ordenaba sus hojas: afilaba los lápices: mordía distraídamente una manzana: sacaba con la punta de los dedos, casi como sin quererlo, unas cuantas nueces de un tarro de cristal: bebía agua fresca de la fuente central del parque. Y seguía esperando. Más que esperando: acechando. Como ave de presa.

Y sí: los gemelos aparecían. Esta vez: Amadeo y Sebastián: con sus gustos disímiles: Amadeo escogía libros de Enid Blyton y Sebastián: de Monteiro Lobato. Ummm, esto tenía que apuntarlo Sibila en su cuaderno especial: cierta coincidencia en los autores. Amadeo y Sebastián se quedaban un rato leyendo antes de irse con sus libros: Amadeo ante el ventanal: Sebastián ante

la chimenea. Igualito que Wolfgang y Juan, observaba Sibila.

Sibila pudo escoger diferentes tipos de desviación en las vidas de los dos pares de gemelos. Anotaba con cuidado cada una de las posibilidades. Aunque hubiera resuelto el problema no tenía que llevarlo a la práctica, necesariamente. Pero era divertido jugar con los hilos de esa madeja que era para ella la madeja de la vida.

Regresó al archivo donde guardaba los datos personales de cada lector. Localizó los de Wolfgang y Juan, y los de Amadeo y Sebastián. Distintos apellidos y distintas direcciones. La misma edad: ocho años: ocho años fascinantes: la sabiduría en su clímax y la memoria más vívida: nunca se aprende más que en ese momento: se sabe todo lo que hay que saber. Edad de dioses. Ocho años.

¿Y si los juntara? Ellos nunca se habían visto. ¿Qué sucedería si se vieran frente a frente: el de los ojos azules con el de los ojos azules y el de los ojos verdes con el de los ojos verdes? Sibila vuelve a ver la página, en busca de la fecha exacta de nacimiento: y la fecha es exacta: exacta para los cuatro niños. Cuatro niños nacidos el mismo día y Sibila tiene la suerte de que sean lectores de su biblioteca. ¿Qué más puede desear una bibliotecaria? ¿O Sibila?

Sibila ha venido huyendo de los tiempos. Cree que vivió tanto tiempo atrás que no lo recuerda. Su memoria de la infancia pudo ocurrir tan lejanamente que no sabe si es la suya o la leída en los miles de libros que han pasado por sus manos y sus ojos y su mente. Toda la biblioteca es suya: tan suya como los millones de palabras guardadas en los millones de escritos. Ama la biblioteca: la ama con desesperación. Como si con ella fuera a cometer todo acto de pasión humana. Vida. Amor. Y. Muerte.

Inventa una historia. La historia de los gemelos. Pero no la inventa: es verdad. A continuación se desarrollará así:

Empezará a hablar con los gemelos: a preguntarles cosas y más cosas. A Amadeo y a Sebastián por un lado. A Wolfgang y a Juan por el otro. Reunirá los datos: los gemelos han sido

encontrados: la pareja se forma: pero no con el acompañante: sino con el acompañante de la otra pareja. Falta un último dato, que deja para el final: la prueba definitiva. No se atreve a preguntarlo. Lo hará un día especial. Un día en que el tono del paisaje del parque sea el tono más amado por ella. Tal vez, un gris derramado desde el cielo hasta el aire: y el roce de hoja con hoja y el tronco rugoso. En donde los colores se pierdan y sólo recuerden lo que eran. Un auténtico paisaje melancólico.

El día llega. Sibila sabe que hará la pregunta. Y la hace. A cada uno de los cuatro niños: por separado. Dime, Amadeo, en dónde naciste. En el Hospital de la Vida. Dime, Sebastián, en dónde naciste. En el Hospital de la Vida. Dime, Wolfgang, en dónde naciste. En el Hospital de la Vida. Dime, Juan, en dónde naciste. En el Hospital de la Vida.

Más claro no podía ser: cambio de niños: nacimientos iguales y separación de hijos: de hermanos. No lo sospechan. No lo imaginan. Niños felices con padres felices. Sibila lo alterará. Sibila creará el caos. Los niños serán barajados: intercambiados y vueltos a colocar. Padres que no son padres y hermanos que no son hermanos. Casas que no son sus casas: pájaro, perro y gato que no son los suyos. El rincón. La escalera. El columpio en el jardín. ¿Cómo se dividirán las cosas? ¿Las cosas? Las personas: para dos niños sus padres serán los mismos: para dos, serán nuevos. Pero cada niño tendrá diferente hermano. ¿Qué harán si durante ocho años se amaron fielmente? Ya no despertar en el mismo cuarto con el mismo hermano. Ya no repetir hasta en sueños el nombre del querido. Aprender a querer otras caras: de los padres, de los hijos, de los tíos, de los primos, de los abuelos. Como si fueran niños de orfanatorio con una familia inaugurada. ¿Qué hacer con las pasiones: dónde colocarlas? Los celos: ¿quién querrá a quién? ¿O se volverán una sola, gran familia? ¿La promiscuidad y el incesto? ¿No se llorará cada noche por el que se ha perdido? ¿No se mirará con rencor al encontrado? Si cada madre amamantó al hijo propio y al ajeno: ¿cómo separarlos ahora?

Y bien, Sibila los separará. Su índice los ha señalado. Su deleite es la profecía. Ve el futuro: cuando vendrán por el camino del parque, entre moras y rosadelfas, cumpliendo las

leyes de la perspectiva, primero un par de gemelos: Wolfgang y Amadeo: después el otro par: Juan y Sebastián. Wolfgang y Amadeo pedirán los libros de Enid Blyton y se sentarán ante el ventanal. Juan y Sebastián pedirán los libros de Monteiro Lobato y se sentarán ante la chimenea. Pero no será la paz. Ojos inquietos, unas veces azules, otras verdes, que tratarán de ver sin ser vistos. Al otro. Porque el otro es ahora verdaderamente el otro. Que no había sido buscado. Que no había sido deseado. Que, en cambio, es forzado.

La profecía de Sibila se prolonga aún más. A lo lejos: en esa perspectiva del camino del parque (o del bosque) se vislumbra el final de la historia: del árbol último cuelgan dos pequeños cuerpos de dos niños de ocho años: ¿quiénes de los cuatro serán?

Pero Sibila debe dejar de soñar: la tragedia debe ser precipitada. Ante su escritorio, levanta el auricular del teléfono: marca una serie de números una vez: y otra serie de números otra vez. Los padres han sido avisados. Sibila no seguirá leyendo libros (¿terminará el de Iris Murdoch?): verá la representación en el camino bordeado de arbustos bien podados de moras y rosadelfas. Se frota las manos con fruición.

Historia 11

Las confidentes descansan un poco. Deciden que no estaría mal, ahora que ha anochecido, ir al jardín a ver las estrellas. Se abrigan y salen. Miran el cielo con mirada antigua: esa mirada que se renueva en cada par de ojos que se eleva al cielo. Es un prodigio y es un misterio el brillo muerto de las estrellas: el engaño maravilloso de lo que ya no es. Esplendor de la muerte: lo que se ve ya no existe.

Las confidentes guardan silencio. La noche no es tan noche en el jardín. Sombras se entremezclan. Cantos de amor cuelgan de las ramas. El aire tiembla y las confidentes se estremecen. Es una paz no explicada. Como si el dolor se borrara.

Quisieran no entrar en la casa. Pero el destino de las palabras es un manto arropador. Ellas se han dado a la historia de las historias.

Una noche lleva a otra noche. Regresan porque hay una historia más que no debe ser olvidada.

—Esta es una historia de niños de hace tiempo.

—¿Que sucede en la noche?

—Si por noche entiendes también el día: día oscuro: que ni siquiera guardaba la luz de las estrellas: día oscuro: entresacado de las nieblas de la memoria.

—¿Se trata de una historia que acaba en la trasparencia?

—Si por trasparencia entiendes el sacrificio asumido.

La niña de Auschwitz

Tendríamos ocho años, pero sabíamos y entendíamos como si nuestra edad fuera del doble. O, tal vez, sería que a esa edad ya pensábamos como habríamos de hacerlo para el resto de nuestras vidas.

En la pequeña escuela de la colonia Condesa nos

enterábamos en seguida de cualquier novedad. Así que, cuando llegó Agui, corrimos a verla. Corrieron los niños y yo me quedé atrás. Cierta paralización detiene todos mis actos y una falta de espontaneidad de salir impelida con los demás. Si todos corren, yo me aparto y prefiero observar a distancia: mis movimientos son lentos: pienso antes de actuar. O no sé, aunque quisiera correr la mente no lo ordenaría. No localizo mi falla: si en la mente o si en los músculos. O si en el miedo. O si en la timidez. O si en la apatía. El caso es que no corrí cuando Agui entró en el patio. Pensé que ella se asustaría de tanto niño impaciente y que, en cambio, me vería de lejos y me eligiría a mí. Me gusta ser la elegida.

Agui no era la primera niña que escapaba de la guerra en Europa y que se refugiaba en México. Ya nos habíamos acostumbrado a los otros niños y niñas que habían ido llegando de diferentes países. De España, de Francia, de Polonia, de Checoslovaquia. México se había convertido en un punto de reunión de todas las nacionalidades. Cuando llegaba un nuevo niño todos corríamos (menos yo) a conocerlo, a saber de qué país venía y a escuchar sus historias. A oír su idioma. A tratar de entenderlo y de que él nos entendiera.

Agui era mayor que nosotros. Mucho. Tenía dieciséis años. Nos sonreía, pero con una sonrisa lejana. Como si, en realidad, no fuera a nosotros a quienes sonriera. Como si su sonrisa se dirigiera a pequeños seres olvidados y muertos. No. No nos sonreía a nosotros: de eso estaba segura.

La sonrisa caracterizaba a Agui. Siempre que la recuerdo lo que veo es su sonrisa. Y sus ojos grises. Gris pálido. Y esa sensación de un gesto fuera de lugar. ¿A quién sonreía Agui? Puede ser que no sonriera a nadie. Puede ser que fuera un rictus. Una mueca que se le había hecho costumbre. Una mueca que la protegía.

Agui me gustó desde el primer día y la quise en ese momento. En el mismo momento en que empecé a quererla empecé también, con la velocidad de un rayo que me hubiera tocado, a sentir celos. Todos los niños la rodeaban y sólo yo había permanecido a distancia. Era yo la única que la quería y era la única que no me acercaba. Ahora mi parálisis era total.

Parálisis del cuerpo. Que con mi mente le hablaba y le hacía preguntas y ella me contestaba. Así, desde lejos. Cuando ella elevaba la vista por encima de los niños y me descubría paralizada.

Luego, los niños se alejaban y quedábamos las dos con un gran espacio vacío entre nosotras, sin movernos, contemplándonos. Ella empezaba a caminar lentamente y yo más me aferraba al suelo, incapaz de hacer un mínimo movimiento. Como si mis pies y las piedras del patio fueran una sola materia, inseparable. Se acercaba a mí, con esa su manera de sonreír. Y me hablaba en su idioma, dos o tres palabras, por si yo entendiera. Entonces, se iba. No, yo no comprendía su idioma. Era inútil. No tenía con quién hablar.

Agui se esforzaría y aprendería pronto a hablar la lengua de los niños. Agui fue colocada por la directora del colegio en nuestro grupo. Nos sentíamos privilegiados. Una niña mayor entre nosotros. De dieciséis años. Era como, si de golpe, nosotros fuéramos de dieciséis años. Como si su mundo y el nuestro estuvieran a la misma altura.

Agui, con su habla fracturada, empezaba a contarnos cosas. Cosas que me cuesta trabajo recordar y, aún peor, repetir. Cosas que coloco en una noche oscura del alma. Pero que, después de todo, ella las contó: salieron entre sus palabras tartajeantes y su pronunciación debilitada. Las contaba una y otra vez. Terminaba y volvía a empezar de inmediato: sin pausa alguna: la misma historia: la misma historia. Luego, empezaba otra diferente y la repetía: de nuevo: de nuevo. Sin matizar las sílabas frágiles. Sin entonar las frases imperfectas. En un vaivén de sonidos monótonos, extraños, que la trasladaban a su idioma primero y que la hacían olvidar el que estaba aprendiendo. Nos quedábamos pendientes de su voz, por si acaso regresara a nuestro idioma. Y cuando ella ya no podía hablar y, en cambio, lloraba tan sin dolor, sólo las lágrimas escurriéndole, como un diminuto grifo de agua, también nosotros llorábamos sin saber

porqué. De pronto, imprevisible, se reía y se burlaba de nuestro llanto. Echaba a correr por el patio invitándonos a perseguirla para que olvidáramos y la historia terminara.

De la familia de Agui sobrevivieron ella y una tía. Todos fueron exterminados en Auschwitz. Uno por uno los vieron desaparecer y nunca más regresar. Agui contemplaba el humo de los hornos crematorios y se decía: ahí va papá: ahí va mamá: mi hermana mayor, Etel: la menor, Débora: tío Shmuel: tío Ari: mi abuela Jana: mi abuelo Yánkele. Y en otras volutas de humo veía al rabino Mendel, a la maestra de piano Irina Koppel, al tendero, al zapatero, al violinista, al casamentero, a Léibele, el tonto del pueblo. Todos, todos desaparecían en lo alto del cielo.

Nosotros le preguntábamos a Agui: ¿quién es Débora?: ¿quién es Irina?: ¿quién es el tonto del pueblo? Olvídalo. Olvídalo y vente a jugar a los encantados.

Entonces uno de nosotros descubría unos números tatuados en su antebrazo. ¿Qué es esto? ¿Por qué tienes esto? ¿Quién te lo hizo? Vente a jugar al avión.

Todos la rodeábamos (menos yo, que me hacía a un lado) y saltábamos a su alrededor. Ella escapaba. Parecía que se aburriera con nosotros. Si yo pudiera estar a solas con ella. Si yo pudiera decirle lo que la quería. Ella me sonreía y se iba. Buscaba a otras niñas mayores, a las de secundaria, y a una de las maestras jóvenes con quien hablaba largos ratos. Yo la acechaba y me remordían los celos. ¿Cómo acercarme a ella? ¿Cómo hacerle notar la diferencia?

Agui regresaba a sus recuerdos. Ven, me dijo un día, tú quieres escucharme, ¿verdad? No tuve que decir nada: sólo escuchar como ella quería. Se desbordó. Las palabras se amontonaban y hablaba: hablaba todo en español: como si hubiera borrado sus otras lenguas: como si ya no quisiera saber nada de ellas. Acababa de elegir la que sería su lengua final. Nunca más regresaría a esas tierras húngaras y nunca más sería prisionera. Agradeció el sonido de las palabras y me contó todo lo que pudo contarme. No en un día, sino en muchos, en los que necesitó para convertirme en su otra parte de la memoria. En

descargar visiones, paisajes, vías del tren, silbatos, marchas negras de botas pulidas, cementos grises, alambres retorcidos de púas, jadear de perros encadenados, arritmias de carcajadas: la muerte sudorosa.

Me impregnó. Me abatió. Me poseyó. Dejé de estar en mí. En las noches, en mi cama, repasaba sus historias y en pesadillas se me representaban. Me escapaba de mí. Vivía en ella. Sus ojos habían sido los míos. Su hambre. Su enfermedad. El hacinamiento en los camastros. Los desesperados olores humanos. El raspar de las cucharas en las escudillas de metal. La sed sin parar. Los empellones. Las postraciones. Lo que hiere y corta. Fuego y cenizas. Y un canto por el río. Sí. Un canto por el río. (Un pequeño niño judío obligado a cantar en la barca en que paseaban los soldados nazis.)

Sus historias eran mis historias. Eso me había pasado a mí. Y era ella quien me protegía. Quien me arrullaba. Quien me acariciaba. No sé cómo invertimos los papeles: si era yo la que debería ayudarle. Pero yo era un niña sin historias y me apropiaba las suyas. Me desesperaba: ¿por qué a mí no me pasaba nada? ¿Acaso quería que me hubiera pasado lo que a Agui? Yo no hubiera podido sobrevivir. Yo, tranquila, con mi casa, mis padres, mis hermanos.

En las noches despertaba gritando y empapada de sudor. Los nazis me habían apresado. Yo tenía una manzana en la mano. Lo único que había conseguido para comer. Me la arrebataba un soldado, le hincaba el diente y me clavaba la bayoneta en el pecho. Una madre cargaba su bebé recién nacido: un soldado simulaba querer verlo: lo cogía en brazos: lo lanzaba al aire: apuntaba y disparaba.

Agui mejoraba. Según iba contándome sus historias sus ojos brillaban, su piel se estiraba, adquiría un tono rosado. Yo me sentía opacar, entorpecer, debilitar. Había perdido el apetito. Me apoyaba en las paredes al caminar. El menor ruido me hacía saltar, como gato espantadizo. Rehuía a Agui: no soportaba el peso de sus palabras y el modo como se reponía. Su pelo crecía y se ondulaba. Perdía la delgadez y sus huesos dejaban de

adivinarse bajo unos músculos que cada día eran más ágiles. Su cuerpo engordaba poco a poco. La vida volvía a ella. Los niños ya no corrían a verla y rodearla y a pedirle que jugara con ellos. Solamente yo le permanecía fiel, adquiriéndola a ella y perdiéndome a mí. Inauguré la costumbre de esconderme en las esquinas o bajo la escalera.

Empecé a enfermar, a no poder levantarme de la cama. Eran pocos los días de la semana que asistía a clases. Ese año tuvieron que ponerme un profesor particular que me preparara para los exámenes finales. Me presenté en el colegio solamente para examinarme y eso, a duras penas. A veces, me desmayaba sobre la hoja de papel o el lápiz se resbalaba entre mis dedos: su peso era inaguantable.

En las vacaciones, mis padres me llevaron a Cuernavaca. Rentaron una casa y se dedicaron a mí en cuerpo y alma. Las mejores comidas, paseos lentos, ejercicios suaves, juegos que me distrajeran.

Fue allí donde me enteré. Los domingos buscaba la sección de los muñequitos y me la leía de cabo a rabo. Luego hojeaba otras partes del periódico, sobre todo si tenían fotos. No lo podía creer: ahí estaba Agui: espléndida: rozagante: con traje de novia y un hermoso muchacho a su lado. ¿Cómo era posible? ¿Qué milagro había ocurrido? ¿Cómo no me contó nunca esta historia: que estaba enamorada y que iba a casarse? ¿Por qué sólo me hablaba del campo de concentración?

Apesadumbrada, me hundí en la cama. Nunca más me levantaría. El peso de las historias de Agui era mi propio peso: ese peso que perdía y que se me escapaba en el aire. Me volvía de aire: sin forma precisa: trasparente: como un trozo de cristal de cuarzo arrojado y empujado por las olas de un mar que no existía. Agui se había salvado.

—Ahora entiendo el sacrificio asumido.
—La culpa que se vuelve propia.

Historia 12

Las confidentes revuelven sus memorias en busca de otras historias y siempre hallan algo que puede ser contado. Todo puede ser contado si se quiere. Contado: inventado: traicionado. ¿No es verdad que ser confidente, que ser relatora es la mayor de las infidelidades? Infidelidades a lo que se cuenta e infidelidades a quienes lo contaron.

¿Y si fuera al revés?: ¿la mayor de las fidelidades?

Cuestión de punto de vista.

Las confidentes dialogan sobre eso:

—Dime, ¿qué otra historia podrás contarme?

—Es verdad: se trata de poder contar: y no sé si podré.

Porque tengo que llegar al fondo. Sacarlo todo.

—¿Es como un acto de impudor? ¿De desnudez?

—Es un acudir a un altar atraída por fuerzas atávicas. No se trata de ropajes, sino de pieles que se arrancan.

—Como el rito de los antiguos aztecas: el desollamiento sagrado.

—Aunque el hombre no es una serpiente lista para el cambio de piel. Oirás, sin embargo, mi historia. Una historia que se llama:

Fragmentos de madre
o la imposibilidad de hacer preguntas

Lo que hice fue romper a mi madre. Como se desgarra una fotografía de alguien a quien ya no se quiere. Que ya no se quiere, pero que aún duele romper y que el sonido del papel rasgado hiere en el oído y altera el palpitar del corazón y hace un nudo en la garganta y se está a punto de llorar. O la rompí como un cristal estrellado en el suelo: un vaso seco, sin agua, que se convierte al contacto con los baldosines en fragmentos

imposibles de volver a unir. O una escultura que vi una vez en el Museo de Arte Moderno que intercalaba, en planos diferentes, trozos de espejos y cuyo reflejo de las cosas era distorsionado e incompleto.

La rompí en todas sus partes y las múltiples imágenes sólo eran muestras de un todo que nunca llegué a comprender.

La rompí: pero antes me había roto ella a mí. No sé si fue venganza o un proceso natural de destrucción y sobrevivencia. El caso es que la hice pedazos. Como parches de los que forman una colcha, pero que aquí no formaban nada: deformaban: deformaban una colcha.

La dejé morir poco a poco, mientras yo me apartaba, me alejaba. Ya ella me había muerto a mí: por lo que mi vaciamiento interno era la absoluta frialdad y la falta de sentimientos. Lo que ella excavó en mí fue el hueco que ella recibió. La sepultura para mí se convirtió en la suya. Mi muerte previa fue la suya final.

Y, sin embargo, ella debió haber soñado alguna vez. Debió haber sido niña alguna vez. O, quizá, nunca dejó de soñar ni de ser niña. ¿Cómo saberlo ahora? Porque lo que me propuse fue no interrogarla ni demostrarle interés. Y, ahora, es tarde.

Sólo en este momento me doy cuenta de que lo que yo me moría de ganas era de conocer todos sus secretos y de no parar de hablar con ella. Pero me quedé callada y no le hice ni siquiera una pregunta: una pregunta única: cualquiera.

Me quedé callada después de que ella, durante años, no cesó de contarme historias y más historias. Sobre todo historias negras de la familia. Y a mí eso me paralizó. Yo quería una familia perfecta: ejemplar: amorosa. Ella, en cambio, me exhibía monstruosidades, perversiones, delicadas anomalías. Y no se lo perdoné.

¿A qué venía contarme, cuando era niña, cómo eran sus relaciones en la cama con mi padre? Si yo los consideraba seres angélicos, intocables, situados en alguna esfera celestial. Y ella me bajaba a esta tierra y me daba detalles que sólo los obsesos íntimos suelen contar. No lo soportaba, aunque me hacía la valiente y escuchaba hasta el final. Pretendía que no me afectaba y que había quedado tan tranquila.

Ella me desmenuzaba. Parecía un experto bisturí en manos de un anatomista impecable. No dejó célula completa en mi organismo. Yo me caía a pedazos y no me daba cuenta.

Entonces, cuando ya estaba muriéndose, fue mi turno. No haría nada por ella. No podría hacer nada aunque lo hubiera querido. Porque el desmenuzamiento metódico de mi ser no fueron las células, sino el mensaje de las células. Había borrado en mí todo rastro de bondad, de compasión, de generosidad. No tenía nada que ofrecerle cuando estaba agonizando. Era como si no supiera qué era lo que podía ofrecerle, aunque sí lo supiera y no lo intentara.

Me sentía deslizándome hacia un abismo que me atraía con la más poderosa de las fuerzas. Me hundiría hasta el final y ninguna voz, por débil que fuera, me haría cambiar de rumbo. Ninguna luz, por tamizada que estuviera, me marcaría el camino. Ya que desconocía las tonalidades y los matices, las inflexiones y los claroscuros. Sólo los intransigentes opuestos y los rígidos extremos.

Así que no podría obedecer su última petición. Esa última petición de amor. Que hubiera sido tan sencilla de haber cumplido.

Ahora pienso que no fue amada. O amada a intervalos. Que dio tumbos por la vida. Que no logró nada de lo que fueron sus sueños. Quiso tanto ser ella. Ella. Una ella ella. Alguien con un papel a representar: como si hubiera sido una actriz.

De niña aprendió a ocultar sus sentimientos para crear otros nuevos, que pensaba que eran los que esperaban de ella. Estaba siempre adivinando a los demás. Fue separada de sus hermanos y enviada a una casa rica cuando la madre enviudó. Tenía que quedar bien con todos. Pero ella, ¿qué querría? Eso fue lo que nunca supe y lo que no le pregunté. Solamente escuchaba sus historias, sin preocuparme de saber lo que ella sentía ni por qué me las contaba. De sus deseos o de sus esperanzas nunca hablaba, nada más de las escuetas y desesperadas historias. ¿Con qué rellenarlas, entonces? Ella misma no me había dado la clave.

Yo no sabía si esas historias eran dolorosas o risibles, angustiantes o cotidianas. Si se habría librado o si todavía estaba atrapada por ellas. Nunca pregunté. Me consideraba con el derecho de recibirlas, de incorporármelas, porque toda ella era mía si me contaba esas cosas. Ser separada de la madre y de los hermanos y obligada a fingir que no los reconocía, cuando me lo repetía una y otra vez, era una historia ajena y no me daba cuenta de que era a mí a quien le afectaba. De que era yo la heredera y de que me pertenecía. De que si alguien debería poseer cierto grado de subjetividad ese alguien era yo.

En cambio, me convertía en una escucha tan objetiva que no advertía que esta vez no se trataba de un cuento de hadas, sino de una historia real. Y no sólo real, sino de la historia de mi madre y, por lo tanto, de la mía. Lo extraño era que yo no lo concebía de ese modo y juzgaba la historia como otra historia cualquiera.

Y bien, ella había sido separada de su familia y la obligaban a llamar papá y mamá al matrimonio que la había adoptado. Sacaba las fotografías de un álbum y me señalaba una por una. Nombraba y daba fechas, lugares, momentos. Yo los memorizaba igual que cuando me aprendía los países de Europa y sus capitales. Con la misma facilidad y sin ninguna emoción. Me hablaba de su vida como de una niña de cuentos de hadas. De cuento de hadas alternante: de la pobreza saltó a la opulencia: y de la opulencia regresó a una mayor y miserable pobreza. Y ahí se quedó. Hasta que apareció él. Y ese él era mi padre. Pero yo seguía escuchando la historia como si no me afectara, como si no fuera la de mis orígenes. Yo era diferente. Yo vivía bien, sin dilemas, sin angustias. Eso le había pasado a ellos. Unos ellos lejanos. No presentes. De otro país. De otra época. Yo vivía aquí, ahora. Yo sólo escuchaba.

Mi padre la había rescatado para una nueva vida: sin ataduras: sin horarios: de café en café: para conocer a los escritores, a los pintores, a los músicos. A veces con dinero, a veces sin él. Yendo a comprar recorte de galletas a las fábricas, porque era lo más barato que había y no tenían qué otra cosa comprar. O bebiendo varias tazas de café con leche como única comida al día. Con los zapatos rotos, recortando con cuidado un

pedazo de cartón para cubrir el agujero. Y, de pronto, saltar a la abundancia: mi padre había conseguido trabajo como empresario de un pequeño teatro de barrio y las entradas eran buenas.

Entonces iban a comer a un café de la Puerta del Sol y luego se mandaban a hacer unos excelentes pares de zapatos. Veían pasar al rey Alfonso XIII en su carroza y se divertían. Si alguien les hubiera dicho que en unos cuantos años su vida cambiaría tanto que serían enterrados en México sin regresar nunca más a España, lo hubieran considerado una broma disparatada.

Y, de nuevo, esas historias oídas por mí eran como historias leídas. De las que aparecen en libros antiguos, desgastados, y que sólo se leen en la infancia. Pero que, por eso, se graban tanto en la memoria, se confunden luego y se pierden en hilos más y más adelgazados. A punto de reventarse. A punto de reinventarse. De cualquier modo, hilos trasparentes: que traslucen purezas e impurezas. Historias leídas, pero no historias que le habían pasado a mis padres.

¿Sería su manera de contarlas lo que me volvía incrédula? ¿Por qué, a partir de ese momento, pensé que ninguna historia contada era verdad y que, en cambio, las leídas sí lo eran?

Me preocupaba el no poder comprobar. Ella misma me insistía que la palabra hablada se la lleva el viento. Que todo hay que dejarlo por escrito. ¿Entonces?

Las historias negras crecían. La guerra civil había estallado. La salida de España fue la primera fractura. Imposible de soldar. Fue ya no tener tierra. Vivir en un precario equilibrio. En una cuerda floja. La verdad es que ella murió en ese momento. Fue un caso de apego tal a su país y a su pasado que no pudo reponerse y se quedó sin aire para respirar.

Lo que mi madre empezó a hacer en mí fue ese tenaz excavamiento que me vaciaba de mí para llenarme de ella. Capas tras capas de pesada arqueología ni siquiera soplaban el polvo y me hundían en un no ser yo, sino ella.

Había perdido mi cuerpo limítrofe. Mi memoria. Sólo por su cuerpo y su memoria me sentía vivir.

¿Dónde estaba yo? En ella. No pensaba ni sentía sino por ella. Cuando se dio cuenta me moldeó a su gusto. Yo sería su

autómata para ejecutar lo que ella no ejecutó.

De pronto, renació. Habría algún sentido en su vida. Me haría a su imagen y semejanza. Como el dios de los cabalistas que creó el mundo para que la cara contemplara la cara.

Su procedimiento fue calculado. Paso por paso. Implacable. Me hizo ver la luz. Contrajo la enseñanza y la sabiduría en un acto de voluntad. Tal vez de conmiseración. No me perdonó esfuerzo ni horas al sueño para que alcanzara el desmenuzado conocimiento último. Metódicamente iba rellenándome de ideas que no habían sido concebidas en otras mentes: de conceptos dispares y de actitudes extremas. De descripciones a la potencia infinita de la exageración. Su lenguaje traspasaba el lenguaje apocalíptico.

Sobre todo, me era prohibido aceptar la mínima dosis de mediocridad. Su lucha era una lucha contra todo y todos, y así me la trasmitía. Yo no podría nunca ser igual a alguien o pensar de modo igual a los demás. Lo importante era la diferencia: el no parecerse: el no repetir: el no transigir.

No me perdonaba un lugar común, una expresión o una palabra de moda, un gesto vacío, una actitud cómoda, una posición abandonada de mi cuerpo. Todo. Todo tenía que ser consciente. En el momento de despertar empezaba el adiestramiento: ni aun a solas me era permitida una leve flaqueza: todo en orden: el camisón: las zapatillas: el reloj en la mesilla de noche.

Me iba moldeando, pero, en realidad, me iba ahuecando.

Ahora me doy cuenta de que creó el hábito del constante relatar para que yo le correspondiera. Que yo llegara del colegio y le contara, a mi vez, todo, absolutamente todo lo que había hecho durante las horas de nuestra separación.

¿Por qué quería absorberme de ese modo? Esa fue una pregunta que nunca le hice. Se había volcado en mí para vaciarme: para imprimir su marca en mi interior. Quería sacar lo que había de mí para llenarme con lo que había de ella. Me forjaba como una heredera de historias. Como si hubiéramos sido antiguas juglaresas.

Y, sin embargo, eran historias que yo detestaba oír. Por no ser fingidas y por ser de la familia. Yo me negaba a la realidad. Yo soñaba con la invención. Pero ella no me dejaba: insistía: ésta es la vida. Y mientras más me insistía, más soñaba yo con escapar a un espacio creado por mí, en el cual ella no tuviera acceso. Me era muy difícil encontrar un rincón no invadido por ella.

¿Acaso me importaba saber, aquí, en México, la locura de mi abuela en España, en otra época? ¿Las traiciones de mis tíos y primos? ¿Las estafas, los engaños, las infidelidades, los incestos? ¿Para qué, para qué me lo contaba?

Ella no quería que el retorcido cordón que nos unía se desatara y seguía enredándolo y enredándolo.

Madeja de hilos tan recia que me asfixiaba y me inmovilizaba.

Se deleitaba contándome sus relaciones con mi padre: oscuras, ingratas, contradictorias. En ocasiones lo amaba y en ocasiones era capaz de infligirle las más crueles palabras y actitudes. Poseía una mirada devastadora. Pormenorizaba cada uno de sus defectos, de sus errores, de sus fracasos, de sus cobardías. Lo despreciaba. Estoy segura que lo despreciaba. ¿Lo habría engañado con alguno de sus amigos? Eso tampoco se lo pregunté. Ella se especializaba en insinuar. Insinuaba y era imposible descubrir la verdad en la maraña que había elaborado con tanta perspicacia.

Entre miradas ambiguas, palabras a medias y palabras desnudantes fue sembrando la confusión en mí. Cuando era clara, me obligaba a retraerme. Cuando era sinuosa, no podía adivinar qué me estaba diciendo o que quería de mí.

Se las ingenió para separarme de mi padre. Llegué a tener miedo de estar a solas con él en la casa. El incesto con mi prima era una imagen obsesiva que me había inculcado. No dudaba de ella y no tenía modo de comprobarlo: había sucedido en la guerra en España. Nunca sería capaz de preguntárselo a él.

Nunca se lo pregunté.

Pulverizó la figura de mi padre. No quedaba nada para mí. Con paciencia, lo que me enseñaba mi madre no era a componer las piezas de un rompecabezas, sino a descomponerlas. No se trataba de encontrar el significado de las piezas unidas, sino la incongruente fragmentación. El juego consistía en revolver y apartar con la mano las piezas sueltas para que nunca llegaran a juntarse. Lo que erigía mi madre era la destrucción de los tiempos. A la manera de una antigua sacerdotisa.

Cuando agonizaba, no pude cumplir su última petición. Era tan sencilla: no costaba trabajo alguno. Lo dudé: pude haber sido generosa y obedecerla. Lo único que me pidió (y debió ser lo único que me pidió en toda la vida), fue que me quedase a su lado.

Yo me salí del cuarto para que se muriera sola.

Historia 13

Las historias de las confidentes ascienden por la escala de la tensión. Es la suya una ascesis de la palabra confesional. Según avanza la noche los actos propiciatorios se depuran. La búsqueda del amor es un claro en el bosque, no hallado. La palabra se ha convertido en un arma de destrucción. Han excavado en lugares del corazón y en escondrijos de la memoria. No saben si alcanzarán la comprensión. Su voluntad las impele a no callar, aunque la voluntad sangre. El dolor destila gotas y carecen del sagrado receptáculo. Lo que parecía cotidiano se trasmuta en signos de lo oculto. ¿Cuál es el camino a seguir?

Las historias no tienen fin: no pueden tener fin. Rotan sobre sí y se trasladan en un universo propio: tan carente de explicación como cualquier universo: el físico o el del Génesis. O no hay historia que valga o todas valen más allá de su sentido: en el terreno pleno de lo metafísico.

Las confidentes se esfuerzan con sus pequeñas historias: con sus fragmentos de vida: con la revelación a cuestas.

Las confidentes, sabiendo que la noche es corta, se aprestan a contar y a oír una historia más.

—Esta será una historia de duelos y quebrantos.

—Es decir, de humor.

—Si por humor abarcas los cuatro clásicos: asténico, pícnico, colérico y melancólico.

—Y bien, estoy dispuesta.

Benita y Bonita

Debió ser por la vida sexual tan tranquila y ordenada que tuvo por lo que empezó a contarle a su hija todo tipo de

perversión, anomalía, reversión e inversión.

No ejecutó actos imprevistos, súbitos o alterados. Siempre siguió las reglas. Siempre en orden. No hizo el amor bajo la mesa de la cocina, ni sobre el piso del elevador. Ni en equilibrio sobre una valla. Tampoco en la oscuridad del cine en la última fila. Mucho menos en el vestidor de un almacén. No. No. Nada de eso. Ni siquiera: a pleno sol o a plena luna: en medio de una visita: tras bambalinas o en el centro del escenario.

Entonces: ¿qué hazaña logró en su vida? Pues valerse de la perversión mental. Convirtió a su hija al mundo de la sexualidad obsesiva. Todo acto: todo gesto: toda palabra: hacían referencia a ese mundo único. Enseñó a su hija algunas reglas. En primer lugar, que la vista se dirige a alguna de las partes erógenas de las personas, sin importar sexo, edad, parentesco, ideología, ni nacionalidad. En segundo lugar, al resto de las partes. En tercer lugar, hay que sacar una conclusión de la totalidad. En cuarto lugar, calificar. En quinto lugar, aceptar o rechazar. En sexto lugar, exaltar la mente. En séptimo lugar, reconocer que la imaginación es la realidad. En octavo lugar, descubrir que todo es posible en la pasividad. En noveno lugar, situar los atributos del sexo en la razón. En décimo lugar, concluir que el sexo se aposenta en el cerebro.

Armada con tales preceptos, Benita, la hija de Bonita, exploraba los cuerpos desde una cómoda objetividad y sin peligro alguno. Deploraba la pérdida de la capilaridad que había obligado al ser humano a cubrirse con pieles ajenas a la suya. Porque al cubrirse con pieles ajenas cometió el error de creer que su verdadera piel era defectuosa o semicruda y que, por lo tanto, no debería exhibirse. Si no debería exhibirse es que algo andaba mal. Y si algo andaba mal, todo andaba mal. Se le ocurrió que las partes generadoras, por el extraño poder (pudor) que tenían y por su fragilidad, deberían ocultarse más que cualquier otra parte. Protegerse del mal de ojo y de toda forma de hechicería.

En cierto sentido, Benita había aprendido de Bonita a traspasar las pieles artificiales para llegar a las verdaderas. El

menor pliegue de la ropa, abultamiento o vacío despertaba de inmediato la imagen de unas formas reales o irreales, porque claro está, Benita aún no conocía el desnudo y sus variantes. La vaga idea que tenía del cuerpo humano era por intermedio del suyo, un cuerpo infantil, no desarrollado aún, y por el de su madre que no vacilaba en exhibirse sin ropa ante ella. No había visto a un hombre desnudo y en las pinturas y en las estatuas siempre había un lienzo o una hoja incómoda que imposibilitaban el conocimiento. Así que el cuerpo era un misterio.

Era un misterio que ella, Benita, estaba segura de poder desentrañar algún día. Si bien para su madre, Bonita, era una obsesión, por eso mismo, fue para ella el tema natural por excelencia. Mencionaba cada parte del cuerpo sin sonrojarse y sin que le creara ninguna tensión lingüística ni trasposiciones retóricas, por lo que el pan era pan y el vino, vino. Su manera de hablar era precisa y espontánea: no ocultaba pensamientos ni sentimientos. Esto se lo debía a su relación con el cuerpo que, al mismo tiempo que le era neutro, le era presente en todo momento.

Esta intimidad entre Benita y Bonita era un huerto cerrado que nadie traspasaba. Por algo, la lectura favorita que le hacía Bonita a Benita era el *Cantar de los Cantares*. Donde lo erótico se funde con lo hermético y lo bello con lo doliente. Cuando se planteaba el problema de la virginidad, Bonita le explicaba a Benita que se puede seguir siendo virgen y gozar de todas las satisfacciones sexuales (por lo de huerto cerrado, huerto sellado). Que hasta se había dado el caso de embarazos sin rompimiento del himen: desde los divinos hasta los profanos. Ahí estaba la prima María de la Luz, virgen y casada aunque ni monja ni mártir.

Pero Benita se distraía a veces o quizá no llegaba a entender lo que se le decía. O, a lo mejor, no le interesaba tanto la materia. ¿Quién ha dicho que hay que estar obsesionada por el mundo sexual aparte de su madre? (¡Freud!) Por eso, cuando se distraía le quedaban pequeños huecos que luego no sabía cómo rellenar y se daba a la libre invención. Después, en sueños, le surgían imágenes, asociaciones, posturas que, al día siguiente,

consultaba con Bonita. ¿Se puede hacer el amor con un perro pastor alemán? ¿Con un cojo? ¿Con un manco? ¿Con un cojo y manco a la vez? ¿Con un gigante? ¿Con un duende, con un gnomo o con un elfo?

Preguntas todas ellas que le eran contestadas religiosamente por Bonita. Con pelos y señales. De este modo, Benita se convertía en una auténtica enciclopedia del conocimiento sexual.

Cuando Benita y Bonita salían a la calle se dedicaban a un juego que habían inventado. Consistía en escoger hombres guapos a los cuales mirar insistentemente, pero nada más. Descubrir desde lejos a quien venía caminando en dirección contraria: clavar los ojos en él: apreciar los rasgos de su cara: luego, ir bajando la mirada por su cuerpo hasta recorrerlo todo. Lo que habían aprendido de la técnica descriptiva del *Cantar de los Cantares* lo aplicaban, sólo que al sexo masculino. Con esto se divertían y alargaban su paseo por las calles de la ciudad. Se conocían los lugares por los hombres que habían visto y solían regresar para encontrarlos de nuevo. Hacían esto mismo si viajaban en un autobús o en un tranvía. El juego progresaba mientras más rasgos y formas bellas habían descubierto. Si algo se le escapaba a Benita, Bonita se lo señalaba, y a la inversa también. Así iban conformando una de las más perfectas artes de amar, de cortejar, de seducir. Claro que a larga distancia: por lo menos de dos metros.

En sus paseos callejeros solía ocurrir que ellas fueran el objeto de observación y que, palabras pertenecientes al lenguaje amoroso, desde el obsceno hasta el disimulado, les fueran dirigidas. Ahí se establecía una fuerte discusión sobre hacia quién habían sido dirigidas. Benita y Bonita eran implacables y cada una se atribuía los requiebros escuchados. Sobre todo se detenían en uno, en el colmo de la elaboración, que cada una quería celosamente para sí. «¡Ay, si tú quisieras, yo contigo construiría mi jardín particular!» De inmediato se lo imaginaron: sí, claro, estarían desnudas en ese jardín particular que sería de altos muros, de espesa vegetación y flores olorosas, ah, y una fuente en el centro, y pájaros en los árboles. Benita desplazaba a Bonita y Bonita a Benita. Que me lo dijo a mí. Que no, a mí.

De ese modo, empezaron la rivalidad y las peleas entre madre e hija. Cuál de las dos sería mejor amante. Cuál de las dos era más bella. Cuál tenía el cuerpo más perfecto. Benita estaba en desventaja, pues a los ocho años aún no podía adivinarse cómo iba a evolucionar. Pero sabía defenderse al predecir para sí maravillas y prodigios: que, claro, por ser futuras, no podían comprobarse. Esto preocupaba a Bonita: su hija podría convertirse en un peligro para ella. ¿Y si la sobrepasaba? ¿Y si sus enseñanzas se quedaban cortas ante quien tan precozmente había empezado a conocer el arte teórico de amar? Debía infiltrarle una mayor obsesión, pues observaba que Benita no estaba afectada y que lo había tomado a juego. No, no, la cosa era seria. Así redoblaba esfuerzos y le compró, para mayor abundamiento, el *Kama Sutra*, para que se ilustrara con las páginas y páginas eróticas y aprendiera, de manera visual, las posibles formas, combinaciones, lucubraciones, fantasías, invenciones del ser humano que no se conforma con ser animal. ¿Una sola posición? No, qué va: todas las variantes habidas y por haber.

Pero Benita no se inmutaba ni sentía pánico. Pertenecía a la generación liberada. Era Bonita quien había contribuido a esa liberación. Es más, lo que había logrado era el estado perfecto: eliminar el sentimiento de culpa. El sexo es para divertirse, le decía a Benita. Entonces, ¿por qué se molestaba de la tranquilidad de Benita? Pues porque le costaba trabajo conformarse con una sola cosa: o lo bueno: o lo malo. Ahora, Bonita sentía envidia de que su hija no sufriera lo que ella había sufrido. En el fondo, Bonita se juzgaba severamente: como alguien ejecutando un acto clandestino.

Entonces, empezó a ocurrir un fenómeno a lo bumerán. Se le revirtieron sus enseñanzas. Decidió dar un paso más en la instrucción de su hija. Se dijo: le voy a hablar del homosexualismo. Comenzó con el homosexualismo masculino, para alejar un poco el tema al que quería llegar en realidad. Benita se extrañó algo al principio, mas, en seguida, encontró un símil: ah, ¿cómo los perros en la calle? Con lo cual derrotó a Bonita. Que su hija fuera alumna tan brillante ya no le estaba haciendo gracia. El bumerán casi tocaba base.

Bonita pensó que podría dar el paso siguiente al que Benita la estaba orillando. Déjame que te diga que también hay homosexualismo entre mujeres. Con lo cual Benita soltó una carcajada, pues no podía explicarse cómo sería eso. Bonita recuperó la confianza perdida y se sintió con ventaja y alevosía de nuevo. Otro día te lo diré. Para mantenerla con curiosidad.

Luego que Benita aprendió los detalles del amor femenino se quedó cavilando un buen rato. Después de todas las cosas que ya sabía, otra más no le causaba sorpresa. Era cuestión de gustos. Lo único era que se enfrentaba a una duda: ante tan amplio panorama, ¿qué habría de escoger cuando fuera grande? Bueno, esto le parecía todavía muy lejano, aparte de que se consideraba por encima del bien y del mal. En la escuela, algunas niñas empezaban a tocar el tema de marras, pero eran ignorantes y decidió no aclararles nada. Su cátedra era intrasferible. Su conocimiento, para iniciados. Su lenguaje, demasiado especializado. ¿Quién habría de entenderla si salía con palabras como *coitus interruptus, fellatio, cunilingus* y otros latinajos? Tenía un compañero que era monaguillo, pero seguramente la terminología teológica era diferente. Mejor no intentarlo. Imposible hablar con niños de su edad.

El mundo cognoscitivo de Benita se reducía al de Bonita. El aprendizaje avanzaba. Ahora Benita comprendía muchas alusiones de los cuentos de hadas (como eso de retirarse a una apartada cámara) y ciertos cortes en las películas que veía cuando la pareja iba a besarse (claro: en las películas antiguas: en las modernas: se ha borrado la imaginación). Todo le parecía demasiado ingenuo y llegaba a pensar que solamente ella (y Bonita) comprendía y podría interpretar el mundo en su entorno. Gran alianza de poderosas fuerzas.

Por su lado, Bonita estaba feliz de su obra, cuyo propósito era resaltar la teoría sobre la práctica. Pulir y repulir las exquisiteces del orgasmo mental, anular la tediosa materia sensual y exaltar el cerebro como auténtico órgano sexual: corregir un grave error de la naturaleza.

Benita estaba a punto de tomar la decisión definitiva de su vida. Lo pensó mucho y hasta en sueños lo maduraba. Finalmente lo supo. Esa noche se metió en la cama de Bonita y

le dijo: quiero hacer el amor contigo, ¿eso es lo que tú querías, verdad mamá?

De repente, el bumerán rebotó en el cuerpo de Bonita: su obra había sido completada.

Historia 14

Las confidentes hacen una pausa. Necesitan un respiro. El fin se acerca. ¿Cuál fin? El fin fin. Deciden, en este momento, hacer una confesión. Una confesión de una historia que arman entre las dos, como si cada una conociera la de la otra, o como si las dos fueran una. Como gemelas empeñadas en apropiarse sus vidas frente a un espejo engañoso y sentadas en un sofá. Es la historia de un paralelismo fuera de tiempo. La han llamado:

Paul Klee en Hyères

—Un día descubres que eres mortal. Más bien, lo sabías de siempre. Pero un día es real. Te han puesto un plazo. La enfermedad no espera. Y todo cambia a partir de ese momento. Lo primero que se te ocurre es buscar afinidades en un libro. No tienes más imaginación que la de un lector. Si algo no ha ocurrido previamente en un libro, pobre de ti. ¿Qué harás?

—Buscar un pintor de cabecera que sea tu guía en la muerte. Tu Virgilio. Lo tomarás de la mano, como Dante o como Hermann Broch.

—Lo tengo. Lo tengo. Paul Klee. Eso haré. Entonces empieza la melancolía. Si pudiera regresar a donde nací. Sin que nadie lo sepa. Yo sola: ahí donde nací. Que donde nací era paisaje de pintores: todos los pintores pasaron por Hyères. Paul Klee vivió frente al mar y vio y oyó lo que yo iba a ver y a oír cuando naciera. Los pinos y las olas. El mistral. Las gotas de lluvia golpeando la ventana entornada. El cielo gris. El invierno en la Costa Azul. Los pescadores rezagados. Las redes tendidas al sol tibio. Los inventos de la imaginación. Aún no he nacido: pero ahí está Paul Klee pintando.

—No has nacido: y ahí está Paul Klee pintando. En invierno y en verano. Pinta *Naturaleza muerta (jarro, fruta, huevo de Pascua, cortinas*) (y además, cápsula de granos, copa, cono, dado, rombo, cáliz). La apariencia no importa: sino lo que hay tras de ella. La forma no limita y el interior se extiende sobre las cosas. Lo que se desborda es el proceso de la esencia. Cada objeto aporta una semilla. El orden es geométrico y matemático: al centro, el dado muestra la cifra del tres: en total son nueve los objetos: mayores y menores: apoyados firmemente: o volando en un aire espeso. Pero sin perspectiva, cada uno es el centro de sí mismo: escenario en que todos son primeros actores: al fondo el cortinaje oscuro de grecas antiguas, marcadas con punzón.

—No había nacido, pero iba a nacer en el mismo mes decembrino de Paul Klee. Al salir el sol: antes de que soplara el viento gris. En Provenza: mientras las bombas caían en Madrid. En Madrid todo se deshacía y yo anunciaba mi primer llanto. Lejos. A salvo. Frente a esos pinos que afianzan sus raíces en la quebradiza arena del mar. Que muchos años antes había contemplado Paul Klee. Paul Klee que miraba con ojos violentos.

—Que pintaba con ojos violentos. ¿Recuerdas los colores de la *Naturaleza muerta*?

—Sí. Pero no es muerta. Por los colores no es muerta. Es viva. Y en movimiento. Flota.

—El fondo es negro: como lo es el fondo del alma. Es la oscuridad total: la ausencia de color: aquello que no se comprende: los ojos cerrados. O peor aún: despertar en la noche sin el mínimo rayo de luz. En el silencio. Y romper entonces la negrura. Y gritar. Por eso en el fondo negro están las cortinas negras que han absorbido la oscuridad plena.

—La oscuridad plena, como la infancia. Los grandes huecos negros del olvido. Paul Klee vaciaba los huecos negros de la infancia en los negros de sus cuadros. Todo lo que no quería recordar aparecía en los fondos adivinados. Como hice yo con mis recuerdos: no en negro: sino en gris. Más angustiantes: porque de un solo trazo debo reconstruir la pintura completa. Y no la encuentro. Y, entonces, empiezo a inventar. Nací en Hyères: ¿cómo recordarlo? Permanecí solamente cinco días en Hyères. Cinco días en Hyères para seguir hablando toda una

vida. Para perseguir un nombre y subrayarlo donde quiera que aparezca. Paul Klee estuvo en Hyères. Muchos más días que yo. Pero no se dio cuenta. No fue su obsesión. Pintaba. Para mí, Hyères no existe. Es un nombre. Es una palabra. Es lo que siempre contesto cuando me preguntan dónde nací. Hyères. He hecho un pequeño catálogo de quienes han estado en Hyères. He escrito un poema. Y lo nombro todos los días. Parece una oración sin sentido. Solamente cinco días en Hyères.

—Se te había olvidado Hyères: pero desde que te enfermaste lo recuerdas más. No. No lo recuerdas. La verdad es que no lo recuerdas. Es imposible que lo recuerdes: y claro lo recuerdas. De tanto verlo en fotografías. De tanto marcarlo en los mapas. De tanto preguntar. Como sabes que vas a morir quieres acercarte al principio: como si así alejaras el fin: lo borraras.

—Invento Hyères.

—Inventas Hyères. Pero también copias una y otra vez: infinitas veces: el acta de nacimiento. Con tu letra ilegible aquella otra letra legible, de rasgos grandes, acusados, de tinta sepia. Qué alegría: sí has nacido en Hyères. Nadie. Nadie en México ha nacido en Hyères. Nadie del exilio español ni de la diáspora judía ha nacido en Hyères. Nadie. ¿Quién? Tú. ¿Por qué Hyères?

—¿Por qué Hyères? ¿Porque Paul Klee estuvo pintando en Hyères? Puede ser. Primero descubrí a Paul Klee. Después, que había pintado en Hyères. Antes, mi familia había rentado una casa grande, para pasar el verano, entre los pinos y la arena. El mismo verano en que estalló la guerra civil en España. Mi madre ya no regresó y esperó el invierno para que yo naciera. Mi padre tomó el tren a Madrid.

—¿Y Paul Klee?

—Paul Klee seguía pintando, aunque ya le había aparecido la enfermedad que provocaría su muerte. Un año antes de que yo naciera le diagnosticaron escleroderma. Como a mí me lo iban a diagnosticar muchos, muchos años después. Paul Klee iba a los balnearios de Tarasp y de Montana en busca de cura para su mal. Y seguía pintando.

—Seguía pintando. Su pasión estaba en los colores. Luego del negro y del rojo sangre de buey del fondo, pintó las cortinas,

recogidas, para no cerrar totalmente la oscuridad, y sobre ellas las grecas doradas que irradiaban luces breves. Pero la verdadera luz no provenía del exterior, de la ventana que podría estar detrás, sino del interior de los objetos: de la jarra violeta, de la fruta naranja, del huevo de Pascua rosa exaltado: los tres en el centro del cuadro.

—Así que la ventana no existe: las cortinas denuncian su falta: los objetos crean su propia luminosidad.

—La luminosidad es de orden místico: eleva los objetos: giran: levitan. Cada uno encuentra su delicado punto de apoyo en la ley de gravedad que cada uno se ha creado para sí. No existen las normas: el huevo de Pascua está visto desde arriba: la fruta desde abajo: la jarra está firmemente apoyada: el cono flota: el dado parece no tener volumen: la pequeña cápsula exhibe su contorno: el rombo podría estar adherido a la base de un espacio o al techo del mismo: el cáliz es el único en desequilibrio, pero el arte de la pintura no lo deja caer: su inclinación será eterna.

—Es el absoluto individualismo: cada objeto tiene su propia armonía: las cortinas enmarcan su credibilidad. El resultado es el todo inamovible y perfecto. Pero no sólo hay la división entre unidad y totalidad, sino la división en tríos que puede ser intercambiable: la cápsula, la jarra y la copa: el cono, el dado y la fruta: el rombo, el huevo de Pascua y el cáliz. Y aún otra división: la división por colores y su reordenamiento: sobre el espacio rojo sangre de buey cada color rodeado de negro: el dorado: el violeta: el rosa exaltado en dos tonos: el naranja: el azul eléctrico: el negro sobre negro.

—Y, al final, lo que queda es, uno por uno, cada objeto del amor: y el cortinaje que los arropa.

—¿Qué pensó Paul Klee cuando supo que iba a morir?

—Que tenía que terminar, uno por uno, los cuadros que había de pintar: y ni uno más.

—¿Cómo supo cuál era el último?

—Eso no se sabe.

—Tal vez sí lo supo: en su último otoño en el lago de Morat.

—Cuando el suave aire del atardecer rizaba tan levemente la superficie del agua y encuadraba tal perfección de la naturaleza

que sólo podía indicar la presencia de la muerte.

—Y entonces pintó sus series de *Ángeles*. Los *Ángeles* que inspiraron a Walter Benjamin, otro melancólico que también rondaba Provenza y murió en la frontera con España, cuando parecía que iba a salvarse.

—Los Ángeles de la premonición: señalando los caminos de la muerte. *El Ángel Nuevo* que mira con intensidad aquello de lo que va a apartarse: sus ojos contemplativos, su boca entreabierta, sus alas extendidas. Es así como lo pintó Paul Klee. Es así como lo describió Walter Benjamin.

—*El Ángel de la Historia*. *El Ángel de la Vida y la Muerte*. Como el hombre: sin saber qué hacer con el pasado y sin ordenar el futuro: en medio del presente en absoluta indecisión.

—Pero ya entonces Paul Klee sabía que iba a morir. Preparó con cuidado sus colores finales, sus formas finales, su alma final.

—Pintó la *Profundidad del bosque:* el lugar donde cada niño quiso perderse y morir de miedo. El verde sobre verde y el negro delineador. Pequeño rincón del bosque: que se ha soñado y que es la paz recobrada. Es el bosque donde yo soñaba el encuentro del esplendor: el último límite del paraíso. Es el bosque que quise volver a hacer mío extrayéndolo de los recuerdos extremos. El bosque no penetrado: el bosque de la muerte.

—Todo lleva a la muerte.

—Aceptada.

—O no aceptada. O aceptada como la tensión entre ángeles y demonios. Como el recuento del miedo, del cambio y de la intoxicación. Después del bosque, el *Parque de los ídolos* con el recurso de la magia y de los elementos primordiales.

—Volvemos a la tierra, al fuego, al agua y al aire.

—Y a los cuentos de hadas: la serpiente se embebe la cola: nacimiento y muerte son el círculo perfecto.

—Paul Klee se acerca al broche de la cadena. Pinta *Azul-pájaro-calabaza.* Y el pájaro y la calabaza trasparentan un interior negro: el esqueleto del pájaro y las semillas de la calabaza. Ha olvidado los días de Hyères: los días claros y el sol blanco. Está seguro de que son varios los cuadros de su réquiem.

—Y los pinta en la certeza del dolor: cuando cada órgano de su cuerpo está invadido por la esclerosis: cuando, para pintar, se

amarra pinceles a los dedos ya engarrotados. Cuando aún sale a caminar a rastras, apoyado en el bastón. Cuando la piel ha estirado la cara y carece de expresión. Cuando las aguas termales no le sirven de nada. Cuando no hay alivio alguno.

—Y lo sabe. Como yo lo he sabido. Pero sigue pintando. No cesará de pintar hasta el día de su muerte. Y las combinaciones de colores y formas y la imaginación seguirán sorprendiendo. El éxtasis y lo incorpóreo definen un mensaje oscuro, de poderes elevados sobre la terrenalidad. La *Canción de amor bajo la luna nueva* es una canción que no va a ser escuchada: la voz se dirige hacia la tierra y no hacia el cielo. Es un hito de desesperación. Es mi desesperación y mi acercamiento a la tierra. La tierra que llama. La tierra depurada. Gris y azul. Cristal que refleja a cristal. Y, sin embargo, luna nueva. Para, después, poder pintar el *Abrazo*: el abrazo único: con los menos trazos posibles: un cuerpo desnudo de toda carne: una cara toda ojos: en rasgos color tierra: cada gama de la tierra: las manchas de la tierra en el dorso de la mano y en el lienzo expuesto. El fondo en tonos pálidos pacifica el abrazo de la muerte.

—Luego Paul Klee pinta otro cuadro más: *Vegetación sobre la roca*. Flores, frutas, semillas en germinación sobre la roca. O plasmadas para siempre con el trazo delicado del fósil. El movimiento atrapado es la vida que se escapa. Para el pintor es este cuadro y estos colores entre el naranja, el violeta, el verde sobre negro, la explicación de su metáfora.

—No de su metáfora: sí de su muerte. De una muerte que avanza cuesta arriba, como la que conducía a su casa. Como las montañas puras ante su ventana. «Este es ahora mi Matterhorn», como él decía. Y se esforzaba en subir la vereda.

—Y luego aún, el *Vitral*, donde recupera los tonos fuertes, definidos: los rojos, los naranjas, los rosas, los violetas, los verdes. El Vitral abierto a la última experiencia mística: a la trasparencia: al aire. Paul Klee ha descubierto que «donde hay un principio, no habrá nunca la infinidad».

El *Cautivo*, con el azul y el blanco de la muerte fría, queda encerrado en su pintura: el tránsito a la muerte es tanto el fin como el principio. El *Cautivo* habrá de obtener la liberación. Yo no me siento cautiva. El tiempo no pasa. También yo escojo el

azul y el blanco. El mar y la nieve: los paisajes que no contemplo. Hyères se difumina. Hyères se difuminó. ¿Qué fueron cinco días en Hyères?

—Después de Hyères, Paul Klee pintó otras naturalezas muertas. Pero la última que habría de pintar ni la firmó ni la fechó. Hubiera sido como firmar su sentencia. Su réquiem quedó terminado. Podía ya ingresar en el hospital. En Orselina-Locarno. Y descansar de verdad en la cama blanca. Tranquilamente.

—Para ser trasladado después a su última cama en la clínica de Santa Inés en Muralto y morir ahí el 29 de junio de 1940. (Los ángeles y las flechas que pintó lo elevaban en lienzos para siempre blancos.) (Ese día, yo, niña, en el pueblo cubano e idílico de Caimito del Guayabal, antes de llegar a México.) Con la guerra en Europa y los millones y millones de muertos. Cincuenta millones de muertos. Que Paul Klee no lo supo. Pero que yo sí supe y que siento: sí: siento hoy: sea la fecha que sea: hoy: hoy siento la muerte de cincuenta millones de seres humanos: no enfermos como Paul Klee: como yo: sino sanos y llenos de vida. Y pienso en mi condena: conocida y exacta: repetición de un rito: bajo la sábana blanca. Llegará el momento.

Historia 15

—Se nos agotan las historias, dice una de las confidentes.

—No te preocupes, siempre habrá otra esperando a ser contada.

—Te tomo la palabra: cuenta tu historia ahora.

—Sí. Será otra historia salida de un sueño. De un sueño que se sueña o se desea. De un principio ideal. De cómo empezar, ya no a contar, sino a escribir historias. Será, por eso, nuestra última historia. Empezaré:

El campanero de Stepenholmer

Nunca hubiera imaginado lo que iba a ocurrir este verano. Las veces anteriores que había estado en la isla de Stepenholmer habían trascurrido en absoluta calma. Llegaba con mi cargamento de libros para leer y de cuadernos para escribir. Solía alquilar la misma casa. Una pequeña cabaña en lo alto del acantilado, azotada por los vientos boreales. Los primeros días de mi llegada me gustaba contemplar el mar desde lo alto y trataba de escuchar el oleaje. Sólo después bajaba por el estrecho sendero, lleno de rocas, hacia la playa. El descenso era difícil y me apoyaba en mi bastón para no caer. Cuando llegaba a la arena no podía evitar la misma sorpresa de sentir el olor y el rumor marinos de la primera vez que conociera el mar. El vértigo que me acompañaba me hacía cerrar los ojos y apretar con fuerza la empuñadura del bastón. Pero la felicidad era mayor y la sensación de caída iba, poco a poco, atenuándose. Podía ya abrir los ojos y aligerar los músculos de la mano.

Me quedaba horas frente al mar: salpicándome levemente: absorbiéndolo: empapándome por dentro. Como si fuera la última vez que lo tuviera frente a mí. Con esa irrecuperable

sensación del tiempo que no existe y del tiempo que ha finalizado. Para luego recordar que el gozo durará lo que dure el verano y que lo escrito en este rincón del mundo habrá recibido buena parte de la sensación que me envolvía en ese particular momento.

Así se habían sucedido unos hechos a otros las dos veces anteriores. Esta era la tercera y yo esperaba el mismo desencadenamiento: la misma rutina establecida: el mismo deleite y fusión entre paisaje y actividad. La misma soledad para poder ir deshebrando el hilo de la memoria que me permitiera atrapar los recuerdos de mi infancia: la historia de mis padres: las preguntas que aún no podía responder: los vacíos de la mente: los rellenos de la invención. El esfuerzo desmedido que significaría enfrentarme a mí para escribir sobre mi parte más dolorosa y el deseo de una confesión pública. Esa lucha entre contar y no contar, rebuscar y no rebuscar entre aguas revueltas, se me aclararía en la pequeña cabaña sobre el acantilado de la isla de Stepenholmer. Había llegado el momento en que la obra que deseaba escribir era el recuento final de mi vida. Los temas que había utilizado hasta entonces habían sido temas prestados: de otras personas: de otros libros. Aun los que me atañían habían sido expuestos como ajenos. Y ahora mi necesidad era volver a las fuentes primeras: a la explicación del origen.

Por eso ansiaba tanto el refugio y el apartamiento de este verano preciso.

Cuando abrí la puerta de la cabaña casi intuí que las cosas no iban a ser como yo quería. Cierta oscuridad que no era sólo debida a que los postigos de las ventanas estuvieran cerrados. Agua derramada en el piso. Restos de una melodía que pareciera flotar aún en el aire. Una presencia intangible. En fin, nada. Mi imaginación siempre asustadiza. Los temores infundados que me acompañan constantemente. Los silencios que se me pueblan de sonidos inexplicables. Cada ruido que sólo yo oigo y que se me convierte en una historia de terror, de muerte violenta. En fin,

nada. Me acallo a mí misma. Me tranquilizo. No es nada. Son ruidos familiares. Son inventos.

Entonces, abro los postigos. Dejo que el sol entre a raudales. Pleno. La cabaña se calienta, se airea. Limpio el polvo. Sacudo las sábanas que cubren los muebles. Todo está en orden. Se anuncia bien el principio. He olvidado los temores. Coloco los libros en la mesa cerca de la cama. Alineo mis cuadernos de escribir. Saco los lápices recién afilados y pongo la goma de borrar al lado. Todo está listo. Qué buen verano.

Descanso un rato. Me dejo envolver por el aire fresco. Respiro profundo y mis pulmones me lo agradecen. Me purifico. Me desperezo y decido que tengo que bajar al pueblo para comprar comida. Unas cuantas cosas. Las indispensables. Pero en cantidad suficiente para no tener que apartarme de la cabaña con frecuencia. Para no distraerme.

De regreso, y resuelto ya este asunto, me siento ante la mesa y escojo el cuaderno en el que voy a escribir. Son tres los cuadernos que utilizo: en uno anoto los sueños de cada noche: en otro, los sucesos o, más bien, las reflexiones de cada día: y en el último, la obra que estoy escribiendo. Empiezo por el diario (ideario), que lo uso como ejercicio de calentamiento: es fácil ir recordando lo que he hecho en el día y anotarlo de manera concisa. El somniario es un poco más complicado, aunque, en general, he descrito antes, en el momento de despertar, las imágenes sobresalientes, para no olvidarlas y desarrollarlas después. Luego no me resta sino pasar a mi obra. Estoy ya dispuesta a hacerlo, cuando me distraigo y me pongo a contemplar la vista desde la ventana. El cielo está nublándose y el aire ha cambiado de dirección. ¿Se desatará una tormenta? Me levanto de la mesa, salgo de la cabaña y me dirijo hacia el acantilado. Quiero ver si el mar está picado. Parece que sí: las olas se elevan y se rizan más estrechamente. El color del mar ha cambiado y refleja el gris del cielo. De pronto, un movimiento en la playa atrae mi atención: hay alguien caminando. Qué raro. A este lugar no suele venir nadie. Es un hombre. Un hombre joven. ¿Qué hará ahí? Espero que se vaya pronto. No quiero a nadie en lo que son mis dominios durante el verano. Como si me hubiera adivinado eleva la vista hacia mí, hace un gesto con la

mano e inicia su retirada. Por lo menos, es discreto. Yo también me retiro y regreso a escribir.

Para empezar esta mi obra difícil hay que ir desbrozando el camino. Partiré de un hecho central, pivote de todo lo demás. Bien establecido el eje, podré retroceder en los tiempos y en los lugares. O podré anunciar un hecho consecutivo para más adelante. Pero siempre regresaré al centro, que será la irradiación equidistante del círculo.

Elijo la acción pivote: un momento de extrema tragedia: que irá suavizándose por el peso de lo cotidiano y por la erosión del sarcasmo. Es verdad que no me importa llegar al fondo de mí y reabrir cualquier herida que pudiera estar cicatrizada. Es más: no creo en las cicatrices.

Escribir se me convierte en la práctica de un bisturí de cirujano. El derramamiento de sangre será mínimo si la mano no tiembla y el corte es perfecto. Sobre todo, adoro la limpieza. Y la objetividad. Por eso, me estudio a mí: como a cualquier otro personaje. Por eso, también he logrado la observación tranquila de cada palabra: extendida sobre la mesa de operaciones: clavada con alfileres: desglosada hasta su último significado. Después de todo, no hay que escandalizarse: es un juego pasional.

Ya no lo dudo: contaré mi historia esta vez: punto por punto. Lo cual se me convierte en pecado deleitoso. En no pecado. En virtud. En deber.

Todo hubiera marchado muy bien. Pero algo estaba esperando para apartarme. Al regreso de cada paseo por la playa se repetía la sensación del primer día: una presencia reciente que se me esfumaba: algo que no estaba como yo lo había dejado: un oxígeno que había sido compartido: un olor ajeno.

El hombre del primer día seguía apareciéndose a lo lejos y escapando en cuanto me vislumbraba. Fui acostumbrándome a esa figura desdibujada, a ese rostro que no podía identificar. Iba convirtiéndose en parte del paisaje: de la arena cambiante o de la espuma inatrapable. Llegó un momento en que contaba con él: era lo habitual. Lo que me hubiera extrañado sería que no apareciera y que no se esfumara.

Una mañana cambié la ruta de mis caminatas. Emprendí la dirección de un monasterio que me habían dicho que había, tierra adentro, hacia el oriente del acantilado. Caminé un buen rato, ayudándome de mi bastón y provista de un sombrero para protegerme de los rayos del sol. Descubrí un estrecho sendero, a duras penas para una persona, casi cubierto por altas espigas, que seguramente era el que conducía al monasterio. Continué en mis vagabundeos hasta que surgió ante mí la solidez de un antiguo convento, impecable, pulido, sin una piedra fuera de lugar, como si hubiera sido recién terminado de construir. Los portones de madera reluciente. Los anchos clavos de cobre brillante. El aldabón aún vibrando, como si alguien lo hubiera tocado apenas antes de mi llegada. Una sensación de vida y, al mismo tiempo, la certeza de que no había nadie.

Empujé el portón, de goznes bien aceitados, sin que crujiera, sin que me fuera difícil abrirlo. Ante mi vista se extendió un patio de olmos y de rosales alrededor de un pozo. El sol iluminaba los verdes, casi trasparentándolos, creando un contraste de frescor en las partes en que una sombra espesa impedía su paso. Un leve viento marero agitaba los rosales y difundía su suave perfume. Un silencio de paz. Una luz de conocimiento. Una no perturbada calma. Un banco de piedra grisácea me invitaba a sentarme: a que descansara: a que escuchara la no oída música del cántico de las cosas.

Este patio era el patio de la perfección espiritual. El lugar que había sido escogido por unos antiguos monjes no para olvidar la terrenalidad, sino para más cerca vivir a Dios entre los hechos de la creación. Era el patio de la belleza circular: la orden dada desde una voz de lo alto que eligió lo más sencillo como lo excelso: una sola palabra como la totalidad del lenguaje: el unísono como la polifonía: la línea como la geometría. Era el hallazgo de la esencia. La simple esencia. La llave del mundo que descubre que el mundo no tiene llave: que el mundo es así: como la rosa. O como la camisa del hombre feliz: que nunca existió.

Pero el patio era el preámbulo. El aperitivo necesario para empezar a salivar. La imaginación que despierta ante el nombre de los platillos y el olor que viene de la cocina. Si así es el patio,

¿qué habrá tras de sus arcos de capitel corintio?

Me interno por un ancho pasillo de baldosas de mármol que da a una puerta que tengo que abrir, porque hay algo que me dice que tengo que abrirla. Y al mismo tiempo que tengo que abrirla, esa sensación de una presencia invisible surge de nuevo. Alguien que yo no veo me ve. Y se me acerca y habrá de impedir que yo abra la puerta. Y que cuando yo abra la puerta, que suba por la escalera. Escalera de caracol. Alta. Tan alta. Que no podré subirla. Pero me esfuerzo y empujo la puerta y comienzo el ascenso. Los elevados escalones. La estrechez del caracol. Mis piernas débiles. Cada vez más débiles. Cada vez más débiles. Y el bastón que ahora es un peso y no una ayuda. No podré llegar arriba. Alguien me atrapará sin yo saber porqué. Me atrapará por las piernas y me arrastrará escalones abajo. Que no ocurra. Que no ocurra. Que pueda yo llegar arriba. Aunque me desplome y deba permanecer horas sin moverme. Que pueda llegar arriba y saber lo que hay.

Y llego. Llego arriba. El jadeo que escucho a mis espaldas no me ha rozado. Alcanzo la salvación.

El más maravilloso mecanismo: lo que contemplo es el más maravilloso mecanismo de la invención. El campanario: el juego de todas las campanas: de distinto metal y de distinto tamaño. Los engranajes empotrados en el suelo dando vueltas sin cesar: con mínimos espacios milimétricos donde apenas el aire cabe y el silencio pasa. Hay esparcida agua sobre el piso.

Entonces comprendo quién es quien me seguía. Quién es quien me acechaba en la playa y dejaba señas en la cabaña. La presencia del silencio sólo podía ser la presencia del campanero. Del campanero de la isla de Stepenholmer. El campanero que no habla. El campanero mudo. El campanero que no oye. El campanero sordo.

Para nadie tocaba las campanas el campanero. Ni siquiera para avisar a los barcos de pesca en noches de tormenta. Ni para prevenir una catástrofe. Ni para anunciar una boda o un entierro.

Solamente pulía las campanas. Las pulía y las repulía. Y

aceitaba los engranajes y revisaba tuercas y tornillos. Todo en orden. Todo en orden. Un espejo reluciente era su reino. Un cristal reflejo de todos los colores. Un mapa del cielo. Las estrellas en la tierra.

Hasta que necesitó un testigo. Un testigo de la perfección: de la unicidad de la obra de amor.

Esperé al campanero. Para verlo cara a cara. Para saber cómo era esa figura que sólo conocía difuminada en la playa.

Cuando entró sonreía. Y así lo recuerdo siempre.

Echó a volar las campanas. Su tañido rebotó de punta a punta de la isla. Ese fue el verano del milagro.

Las confidentes

Las confidentes, en el borde del alba, no tienen ya hora para dormir. Sus historias han sido su despertar. Saben que, a partir de este momento, guardarán silencio. Recrearán una nueva vida.

Si empezaron por contar historias porque habían hecho un largo viaje por mar, a resultas de una guerra, y el modo de entretenerse eran sus relatos, deberán empacar sus pocas pertenencias y embarcarse, de nuevo, en busca de otras tierras y de otras historias que contar.

Si lo que han decidido es escribir un libro con sus historias, desembarcarán en la isla de Stepenholmer, hallarán la pequeña cabaña y, si tienen suerte, el campanero les hará señas y encontrarán el camino de las altas espigas que conduce al reino del sonido de las campanas.

Las confidentes se despiden con un beso al rayar el día.

Acerca del autor

ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN (Hyères, Francia, 1936), poeta, narradora, ensayista. Introdujo la novela neohistórica y la mística sefardí en la literatura mexicana, así como temas del exilio español. Su estilo es libre, trasgresor, irónico. Ha ganado los premios Xavier Villaurrutia, José Fuentes Mares, Magda Donato, Woman of Valor Award, Manuel Levinsky, Universidad Nacional de México, Protagonista de la Literatura Mexicana, Orden de Isabel la Católica, entre otros, y fue la primera recipiendaria del Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz de la FIL de Guadalajara en 1993 por *Dulcinea encantada* (Tusquets Editores). Ha sido traducida a varios idiomas e incluida en antologías internacionales, y su obra es objeto de tesis y libros. Algunos títulos de su autoría son: *Morada interior*, *La guerra del Unicornio*, *La lengua florida*, *El sefardí romántico*, *El siglo del desencanto*, *Hacia Malinalco*, *Rompeolas: poesía reunida*, *Arritmias*, *Cosas veredes* y *Las confidentes* (Tusquets Editores).

© 1997, 1998, 2017, Angelina Muñiz-Huberman
Miembro Artístico del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Ilustración de portada: Les deux sæurs, 1843. Théodore Chassériau. Museo de Louvre
Fotografía de la autora: © Alberto Huberman

Reservados todos los derechos de esta edición

© 2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en colección Andanzas: noviembre de 1997
Segunda edición en colección Andanzas: junio de 1998
Tercera edición en colección Andanzas: marzo de 2017
ISBN: 978-607-07-3932-3

Primera edición en formato epub: marzo de 2017
ISBN: 978-607-07-3973-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

TUSQUETS EDITORES

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE